



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR.—D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Florida Blanca, núm. 5.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para más pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Álvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Bequer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Río, Fernandez y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejos Pita, Félix Pizuela, García Gutiérrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, José Feliú, José Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Lorente, Labaila (D. Jacinto), Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poyé, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodríguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcázar, Sanmartín y Aguirre (D. José F.), Teodoro Lorente, Trueba, Torres Mena (D. J.), Varea, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

SUMARIO.

Revista general.—Ultramar.—Los hombres de la revolución, por D. Antonio Llaberia.—Directorio del partido republicano federal.—Un cadáver sobre el trono. Leyenda del siglo XIV, por D. Andrés Avilino de Orihuela.—Las paradojas de la ciencia. Lumen. Relato de ultra-tierra, por Camilo Eilmarion.—Una verdadera economía, por D. José M. Piernas.—El sitio de Berlín.—El trabajo de los niños, de el Diario de Cádiz.—La peregrinación de Childe-Harold, por lord Byron, traducción de D. Gabián Serrano.—El pasado y el presente, por D. A. A.—La trata de chinos.—Anécdota histórica, de Las Provincias.—Joyas y alhajas, ó sea: su historia en relacion con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por D. J. F. y Y.—Leyenda pastoral (poesía) por D. Andrés Avilino de Orihuela.—Meditación (poesía) por don Silveria Espinosa de Reaun.—Anuncios.

LA AMÉRICA.
MADRID 13 DE AGOSTO DE 1871.

REVISTA GENERAL.

I.

La falta de actividad política con que suelen distinguirse ordinariamente los interregnos parlamentarios no es, ciertamente, un rasgo que se haya mostrado en lo que va trascurrido desde la suspensión de las Cortes últimamente verificada.

La formación del ministerio que con tan felices auspicios ha formado el señor Ruiz Zorrilla y los actos diversos con que ha empezado á dar cumplimiento á los puntos que abraza el programa que dió á conocer, ha mantenido viva la pública atención; dando lugar á multiplicadas y contrarias apreciaciones, según haya sido la comunión política que de ellos se haya ocupado.

Mo haremos mención de los apasionamientos opositoristas de carlistas y moderados que, faltos de base en que apoyar sus acusaciones, han buscado en la justificada tardanza y necesaria calma con que el programa ministerial ha de cumplirse, la razón de sus ataques y el justificativo de su actitud. Enemigos ambos partidos de cuantas reformas se anunciaron, no han dejado de ofrecer espectáculo raro con sus reconveniones porque aquellas no se plantearan; como si las partes de un programa no necesitaran para cumplirse mayor espacio, cuantos son más notables y trascendentales, hubieran querido las oposiciones ver las que forman el programa que nos ocupa, llevadas desde luego á la práctica sin la meditación que asegurara su acierto y sin la serenidad que las acompañara de toda la eficacia que desde luego hicieron esperar.

Bien se comprende la razón de tan extraño proceder; bien se explica que los órganos moderados representantes de un partido que tiene como la mayor de las manchas de su historia, la confusión

de principios, la relajación de vínculos políticos, y los excesos de su administración; y que un partido como el carlista, en cuya bandera está formulada en principios la negación absoluta de todo progreso, hayan buscado ahora en las muestras de su impaciencia por ver la reforma liberal llevada á cabo, la ocasión de continuar dirigiendo á los hombres del poder continuadores de la tradición revolucionaria, sus ataques de siempre y las reconveniones con que dan desahogo al despecho de sus intereses contrariados. Las garantías de orden, de libertad y de buen gobierno que los propósitos del ministerio han dado al país, no podían aparecer como ilusorias ni perder el carácter de perfección que las distinguen más que siendo realizadas con la precipitación que esos partidos reclaman. Así los efectos de tan notable causa hubieran desaparecido, así los enemigos jurados de nuestra prosperidad hubieran conseguido que el programa ministerial se desautorizara, ofreciéndoles motivos para declamar, según saben hacerlo, contra la reforma liberal, y presentando los hombres que intentan realizarla, como impotentes para conseguir el bien público é indignos de la confianza con que la nación ha querido honrarlos.

Pero el ministerio, que en la esfera del poder se presentó desde el primer momento tan conocedor de sus deberes, tan resuelto al cumplimiento de su misión política, tan fuertemente asistido del valor de sus ideas y del apoyo general, ni por las declamaciones de la injusticia ni por los extremos de falsas impaciencias se ha dejado preocupar, punto por punto y con toda la serenidad necesaria, ha empezado á cumplir los ofrecimientos y anuncios del 25 de Julio, sujetando las diferentes medidas que han empezado á realizarse al estudio que cada una de ellas ha requerido, y dispuestas á que por la misma vía lleguen á obtener aplicación las muchas é importantes que aun quedan por realizar.

La cuestión de economías, verdadera clave de los actuales Gobiernos, verdadero punto de empeño en que se han fijado todos los partidos, y sobre que versaban los clamores de todas las clases, ha sido lo que primeramente ha dado al actual Gobierno ocasión de mostrar al país la necesidad de sus propósitos y la lealtad de sus ofrecimientos. No puede el desapasionamiento, ni puede la imparcialidad, acusar de inactivo al Gobierno, que en el breve espacio de tiempo que el actual lleva de existencia, ha dejado terminadas las importantes economías en todos los ramos y departamentos, que el país ya á estas horas conoce y que no debemos nosotros enumerar por ser esta tarea en que con natural ventaja nos ha precedido la prensa diaria.

Pero el objeto especial de nuestras crónicas quincenales queda satisfecho con solo tomar nota del suceso; no con que enumeremos sus varios detalles; sirva, pues, la realización de las economías tan resueltamente verificadas, no como base de los cálculos numéricos que requieren mayor espacio, sino como término que nos apoyemos para hacer notar cuán justamente el país concibió esperanzas y con cuanto fundamento las conserva ante la marcha decidida y leal del ministerio que preside el Sr. Ruiz Zorrilla.

II.

Un notable documento, la circular del ministerio de la Gobernación á los gobernadores de provincia, reclama de nosotros atención y exámen por ser muchos é importantes los extremos que abraza con referencia á la política que el ministerio se propone seguir y á la representación de que en el poder se considera fundamentalmente asistido.

La ascension al poder del actual ministerio es un hecho notable que nunca en el largo reinado que en nuestra patria ha obtenido el régimen constitucional habia podido pronunciar el país: la entrada en las esferas gubernativas del partido progresista por vías completamente legales y sin la asistencia de medios violentos á que le obligaban el desconocimiento de su derecho, cometido por el antojo y la culpable ceguera de los poderes que ya para siempre han caído.

Hoy, pues, se presenta por vez primera el partido progresista en las esferas oficiales á ser juzgado por sus actos y á merecer ó enagenarse el aprecio público por la verdad, por el acierto, por la consecuencia con que realice ó deje de realizar su constante empeño; hoy, que las regiones donde los Gobiernos se mueven hallanse desembarazadas de obstáculos y libres de bastardas influencias con que se desnaturalizaban principios y se neutralizaba el efecto de las más saludables causas, pueden los hombres del progresismo aplicar libremente sus ideas, llegando en línea recta al logro de sus halagüeños resultados.

Hé aquí la observación con que empieza su circular el Sr. Ruiz Zorrilla, haciendo, por decirlo así, la presentación de su partido, y aceptando noblemente en nombre de este último la responsabilidad de todos los actos que en el poder ejecute, así como de todas las consecuencias á que por ellos se vea conducida la política de la revolución.

La circular compóñese de dos partes principales: una en que breve pero completamente se hace una declaración de principio que se señala el Gobierno por norma constante y segura de su proceder. Otra en que se desarrolla todo un plan de gobierno, cuyo solo anuncio ha fortalecido las esperanzas y provocado el

aplauzo de todos los ánimos sinceramente liberales y patrióticos.

La libertad, principio fundamental de las ideas del Gobierno, se define para su aplicación práctica, por lo que en la Constitución y en las leyes que de ella se derivan ha establecido una representación nacional, verdadero asiento del sentido público, y fiel intérprete de las aspiraciones de nuestra España; aquí busca el Sr. Ruiz Zorrilla la fórmula del derecho que se propone realizar, y no consideramos nosotros que pueda ser más amplia base moverse hoy un Gabinete, ni tener un país, por muchos, por impacientes y por exagerados que sean sus partidos políticos, tener más extenso círculo de acción donde procurar el cumplimiento de sus aspiraciones y el triunfo de sus peculiares principios. La dependencia de la ley, la sujeción á sus preceptos que se establece en la circular como medio de que el derecho se realice, no puede significar, como algunos han considerado, una detención y mucho menos un retroceso en la senda por donde la nación avanza camino de su perfeccionamiento. Leyes han existido en España, fruto menguado de repudiadas doctrinas, que no podían imponer su observancia al ciudadano, sin que éste vulnerara su derecho y extinguiera en su ánimo las naturales aspiraciones de todo ser necesitado de libertad y de progreso; pero esto no sucede en el actual estado; todos los derechos se hallan reconocidos, la actividad del hombre lejos de verse comprimida, contempla ante sí un ancho campo donde verificar sus fecundísimos trabajos; la libertad está garantida y la idea lejos de esconderse, se siente atraída por la luz que difunde nuestra actual legislación. Tales son los principios establecidos, tales los elementos de progreso incesante que en las mismas leyes se encuentran, que no puede á la verdad un Gobierno hacer más sincera protesta de liberalismo y de espíritu revolucionario que señalar á su conducta los límites legales que en la circular que nos ocupa se señalan.

Mayor detención en su estudio necesita el documento á que nos estamos refiriendo; línea por línea, palabra por palabra, debiéramos en él buscar, seguros de encontrarla, la base del aplauso sincero que á su autor tributamos.

No dejaremos, empero, de echar una ojeada, siquiera rápida, á la segunda parte de la circular en que se desarrolla, como hemos dicho, un plan completo de administración, tanto más notable y digno de encomio, cuanto en él se concede privilegiada atención á los intereses de la provincia y del municipio, tan sacrificados hasta la época revolucionaria por las torpes medidas de Gobiernos centralizadores.

Propónese el Sr. Zorrilla que nazcan



estrechos y cariñosos vínculos entre las corporaciones municipales y provinciales y el poder central, representado por los gobernadores; reconoce los derechos indisputables de aquellos cuerpos, y encaminándose a una política en este sentido expansiva y descentralizadora, consigna su aprobación y respeto a las leyes orgánicas de 20 de Agosto de 1870, principio y base de la buena administración local.

Ni quedan en la circular olvidados los nobles y saludables consejos que han de variar por entero las prácticas administrativas, despartando en los funcionarios públicos los sentimientos de imparcialidad, los hábitos de diligencia y la virtud de la moralidad.

Reducido nuestro trabajo por la reducción del espacio de que disponemos, ponemos punto al estudio y a las consideraciones que hemos venido haciendo; muchas nos quedan por expresar, pero abandonándolas forzadamente, solo nos es dudo llegar al término de este asunto, por la felicitación cordial que unimos a las que ha recibido el Sr. Zorrilla de todos los hombres imparciales y de todos los partidos justos.

III.

Otra circular ha visto la luz pública, acompañada de cierta importancia, por que procedente de un partido cuyo estado habitual era la agitación y cuyo sistema ha sido hasta aquí el de la más ciega intransigencia, viene a revelar un cambio en ese estado abriendo al federalismo un nuevo camino y presentándole a la nación, como asistido de un criterio que jamás había podido demostrar.

Ciertamente que la última circular del directorio republicano, no se ha librado de ostentar los mismos caracteres con que se han distinguido todas las manifestaciones de esta comunión. Siempre se ha acusado con justicia a los federales por la confusión de sus ideas y por la desilencia que estos mantenían entre sus afiliados; de lo mismo puede acusarse hoy que nuevamente han hecho declaraciones públicas. La misma oscilación en los conceptos, la misma presión de diferentes criterios, el mismo afán por satisfacer inclinaciones opuestas, todo cuanto ha distinguido hasta aquí los actos del partido federal se observa en la circular que el Directorio acaba de dar a luz. Si su conducta y los consejos que a sus adictos dirige llegan a definirse a vueltas de mil contradicciones, no así sucede con sus creencias que siguen encerradas en el círculo vicioso en que siempre las hemos visto.

Resulta de aquí que la circular tiene importancia verdadera para el país y para el Gobierno, puesto que en ella se ofrece a este último cierto apoyo indirecto que arguye la adopción de una actitud tranquila y sensata por parte de los federales; pero no la tiene sino muy dañosa para estos, y de que en punto a principios referentes a un dogma republicano, no se ha hecho ninguna, ni se ha ilustrado al partido, acerca de los puntos que son causas de su desunión, y por consiguiente de su importancia para producir el bien público.

IV.

La cuestión del poder temporal del Papa, que hace tiempo esperaba declaraciones del Poder Ejecutivo francés, ha precipitado a M. Thiers del pedestal en que le colocó la confianza pública, y han acabado con su popularidad las medidas antiliberales a que se ve muy inclinado el célebre diplomático.

M. Thiers ya no es hoy más que un gobernante desprestigiado. Francia es liberal, y no podía mirar sin repugnancia la conducta reaccionaria de su primer hombre de Estado. La protección otorgada a Roma es el mayor atentado contra el derecho moderno; es la protesta de afecto al poder tiránico y despreciable que sueña con encadenar al mundo a los pies del vaticano.

Hé aquí por qué Thiers va quedándose solo en el poder; Julio Favre le ha abandonado, no queriendo complicidad en la obra liberticida; pronto la Francia nos dará testimonio de que la república ni es la paz ni es la libertad.

La impopularidad de Thiers y de su Gobierno, demuéstrales bien el resultado del escrutinio verificado el 30 de Julio.

El Gobierno ha triunfado en las elecciones municipales, pero por un corto número de votos, y no puede llamarse

triunfo haber sacado en segundas elecciones 29 consejeros municipales de 48 que se elegían, puesto que los restantes pertenecen a los diversos partidos que se agitan en la capital de Francia.

Este es el resultado que ha producido Thiers con su política: hizo unas elecciones brillantes y un empréstito de magníficos resultados, cuando llamó a la Francia liberal para que secundase sus proyectos de constituir y normalizar al país; pero ha hecho hoy unas elecciones desiguales, desde el momento que se ha apartado de la política que inauguró a su entrada en París, entregándose en los brazos de los elementos reaccionarios y dejándose llevar de sus añejas preocupaciones y simpatías romanas.

La discusión sobre los consejos generales, ya terminada, ha producido un resultado bien triste. No hay tranquilidad, no hay sosiego, porque no se ha dado una solución lógica a los referidos consejos.

En vano la Francia ha levantado su voz potente para hacer ver cual era su opinión en esta y otras ocasiones; el Poder ejecutivo, por una mala interpretación política, ha creído que la energía debe ser la salvaguardia de los buenos Gobiernos, y ha usado de ella en tales términos, que dá el nombre de medidas preventivas a lo que debiera llamarse coacción.

No es ya la Francia que gobierna Thiers la del 2 de Julio de este año; es la que establece la previa censura; la que prohíbe periódicos; es la que autoriza el anónimo para que se cometa el abuso de las denuncias; es la que permite un Gobierno teocrático en su Cámara, la que reconoce al papa rey, y por medios indirectos proclama a Roma hoy día como ciudad eterna y perteneciente a una iglesia determinada, atendiendo a preocupaciones añejas que no se hallan de acuerdo con las libertades modernas; es, en fin, la que ha demostrado cuan olgado caben en la forma republicana, todos los errores del régimen imperialista.

El Gobierno inglés continúa ocupado en la discusión del voto secreto en las elecciones, que difícilmente acabará en la presente legislatura. Un miembro de la Cámara de los Comunes presentó una proposición para que se aplazase hasta el otoño, y entonces se votara definitivamente el proyecto. El ministerio, por el órgano de M. Gladstone, se negó a tomar sobre sí la responsabilidad de lo que pudiera acordarse, declarando que lo dejaba a la mayoría de la Cámara.

ULTRAMAR.

DOS PALABRAS SOBRE EL PLANTEAMIENTO DE LA NUEVA LEY HIPOTECARIA EN LA ISLA DE CUBA.

I.

Hace algunos meses, siendo ministro de Ultramar el Sr. Moret, hubo de llamar poderosamente la atención del Gobierno lo imperfecto y defectuoso del sistema hipotecario que desde fecha muy remota regía en nuestras Antillas. Y si bien es cierto que inmediatamente después de publicada en la Península la ley de 8 de Febrero de 1861, se comprendió la necesidad y conveniencia de hacer extensiva dicha ley a nuestras posesiones de allende los mares, resultó, que por causas que no nos proponemos discutir, por tenerlas ya juzgadas y condenadas, hubo de verse indefinidamente aplazada la realización de tal pensamiento por todas las diversas administraciones que en nuestro país han turnado en el poder desde la época que dejamos anotada. ¿Fue por olvido? ¿Faltóles la necesaria decisión para abordar de frente y con valentía cuestión tan delicada como trascendental?

Pasaron meses, pasaron años, y cuando parecía completamente abandonado el asunto de que hemos hecho mención, encargóse el Sr. Moret de la cartera de Ultramar, y convencido de la utilidad que semejante ley, definitivamente planteada, reportaría a nuestras Antillas, no titubeó en iniciar, más aun, en dar el primer paso en la fecunda vía de mejoras que entraña el proyecto de ley de que nos vamos a ocupar.

Animado el Sr. Moret de los mejores deseos, y queriendo proceder con la debida circunspección llevó, con fecha 12 de Setiembre próximo pasado, a la firma de S. A. el regente del reino, un pro-

yecto de decreto que vió la luz pública en la *Gaceta de la Habana* el día 25 de Noviembre último, abordando resueltamente esa cuestión, cuya trascendencia y resultados han de ser muy provechosos y fecundos para los países que deben utilizarse de las palpables y convenientes reformas que en el repetido decreto se enumeran. Reconocemos, y nos complace hacerlo constar, la bondad del pensamiento, la noble intención que guió al señor ministro citado al formular su proyecto de ley; y por eso abrigamos el convencimiento de que nuestros hermanos de Ultramar han de agradecer y estimar mucho esa disposición gubernativa; pero al mismo tiempo, y este es el objeto que ha puesto la pluma en nuestras manos, creemos que no debe olvidarse ni un instante la crítica y anómala situación que atraviesa la mayor de nuestras Antillas, que no es, a la verdad, la más a propósito ni oportuna para plantear y establecer la ley de que más arriba hacemos mención.

A los inconvenientes que surgen y embarazan siempre los primeros pasos de toda innovación ó reforma radical, agréguese el actual penosísimo estado de la isla de Cuba, muy digno de ser atendido y concienzosamente estudiado; y fácilmente se comprenderá lo necesario, lo útil, lo indispensable que sería aplazar el establecimiento de la nueva ley hipotecaria hasta la fecha al parecer, no muy lejana por fortuna, en que quede completa y totalmente sofocada la insurrección que continúa desgarrando bárbaramente el seno de aquella Antilla.

No se le ocultaban al Sr. Moret las dificultades de momento que ofrecía el planteamiento de su proyecto; y al efecto, después de un razonado preámbulo, ordenaba la creación de unas juntas informativas que debían, sin dejarlo de la mano, y con incesante actividad y constancia, reunirse, discutir y remitir al Gobierno superior el resultado de sus trabajos; manifestando clara y explícitamente «las modificaciones accidentales ó de forma que sería conveniente introducir en la citada ley para acomodar su aplicación a las condiciones de las localidades en que ha de regir.»

¿Háñese formado esas juntas informativas? Ningun dato positivo tenemos sobre el particular, y por consiguiente nos es imposible contestar a tal pregunta; sin embargo, nos inclinamos a dudarlo, pues comprendemos, y nos parece muy natural, que mientras la tea incendiaria de los sublevados reduce a cenizas muchas y valiosas propiedades, mientras permanecen olvidados los instrumentos agrícolas y abandonados los campos, regados con demasiada frecuencia por desgracia con la generosa sangre de nuestros valientes soldados y de los nobles hijos de España que allí defienden la integridad nacional; mientras tan lamentables sucesos y tan desgarradoras escenas conmueven los ánimos de aquellos leales habitantes, llenando de pesadumbre el corazón de cuantos abrigan en su seno algún generoso y humanitario sentimiento; creemos, y como nosotros pensarán muchos de nuestros hermanos de Ultramar, creemos que debe ser asunto preferente y de reconocida urgencia, el acabar de una vez para siempre con la hídra revolucionaria que con imponderable furia devasta y convierte en páramos desiertos, campañas que siempre fueron la admiración y envidia del mundo; opinamos que primero, y antes que todo, debe ser liberada a Cuba de los que, por irrisión sin duda, se apellidan sus *libertadores*. Y cuando llegue el deseado y felicísimo día en que uzca purísimo y vivificante el sol de los trópicos alumbrando el restablecimiento de la paz, el retorno de la apetecida tranquilidad; cuando vueltos de su obcecación y convencidos de su funesto error, vuelvan, hijos pródigos de una madre amante y cariñosa, los ojos hacia España, y únicamente de ella esperen su ventura cuantos vieron la luz primera en aquella privilegiada región; entonces, y solo entonces, nos parecerá muy oportuna y propicia ocasión para plantear y establecer definitivamente el excelente proyecto del Sr. Moret; pues como dejamos consignado más arriba, entraña mejoras y reformas muy necesarias y altamente provechosas.

II.

No dudamos que tan luego como desaparezcan las tristísimas circunstancias

que todos conocemos, y que en mal día entorpecen completamente la marcha natural de todos los asuntos en Cuba, se constituirán las juntas informativas de que habla el decreto ya varias veces nombrado; y como los individuos que han de formar esas juntas, además de su acendrado patriotismo y noble desinterés habrán de reunir un conocimiento exactísimo y perfecto de aquel país, harán presente al gobierno superior, un gran caudal de datos y con irrefutables argumentos, que antes de establecer en Cuba la ley hipotecaria vigente en la Península debe primero resolverse por ser cuestión latente y de gravísima trascendencia, el árduo y difícilísimo problema de la esclavitud, que como nadie ignora constituye uno de los más graves problemas que hay que resolver en aquella provincia, bajo la inspiración del criterio revolucionario. Tampoco se ocultará a los ilustrados individuos de las mencionadas juntas, que en la isla de Cuba, y si no en toda, a lo menos en el partido de Cinco Villas, las haciendas no están aun divididas; pues podríamos citar casos numerosos de propietarios que poseen 50 ó 100 caballerías de tierra, cuyo valor intrínseco es muy subido, cuando su parte de posesión en la hacienda solo le correspondían de cuatro a ocho caballerías de tierra. Urge, pues, ocuparse del debido deslinde, y efectuado que sea, y hecho el correspondiente reparto, entonces podrán los propietarios inscribir legalmente en el registro sus propiedades. Además de esos inconvenientes, debe tenerse muy en cuenta, que en el día, muchas que antes eran valiosas fincas, son hoy informe montón de humeantes ruinas, abandonadas por sus dueños, algunos refugiados en el extranjero y muchos domiciliados en España, a donde han venido en busca de la necesaria tranquilidad y sosiego que allí no podían encontrar. Las fincas que en este caso se hallan no son pocas, y esas sería muy difícil, mejor dicho, sería imposible inscribir las; pues nos consta que algunos propietarios, ni apoderados, ni encargados han dejado allí para que los representen.

Envuelve también el decreto del señor Moret una reforma que por su importancia merece relatarse particularmente. Según el decreto, los que hasta ahora han venido ejerciendo el cargo de anotadores de hipotecas, cuya inmensa mayoría son personas que compraron al Estado sus oficios a perpetuidad, y lo han desempeñado con entera probidad y rectitud, han de cesar en sus destinos si no reúnen las circunstancias que se mencionan en la nueva ley, recibiendo del Gobierno la correspondiente indemnización. Los que en tal caso se hallan son muchos, casi todos, y de ahí resultará, que no pudiendo continuar desempeñando sus oficios, tendrá el Estado que satisfacer, de momento, cuantiosas sumas para no causar mayores perjuicios al que cesando en su destino se vería, en caso de demorarse la indemnización, privado de su legítimo capital y de su legal producido.

Si no sea nuestro ánimo prejuzgar la cuestión, nos parece que el actual estado de nuestra Hacienda pública no permitiría sufragar tan crecidos y apremiantes desembolsos. Y como fácilmente se comprenderá, de demorarse esa justísima indemnización, se causaría, como ya hemos dicho un notable perjuicio a los que lealmente han servido al Estado en sus destinos.

Y para terminar, haremos presente que últimamente se ha establecido en Cuba una ley sobre derechos hipotecarios, en la que se especifica el orden que debe observarse para efectuar el pago en las oficinas de Hacienda.

Satisfecho el importe de esos derechos debe presentarse en un término dado el testimonio de escritura de compra, venta y la carta de pago, en la notaría de hipotecas para su inscripción en el registro; de modo, que siguiendo ese sistema, dentro de un tiempo no muy lejano, se hallarían suscritas en la oficina de hipotecas todas las propiedades de Cuba; en cuyo caso, y si la experiencia demostrara ser así más conveniente, tal vez podría evitarse por ahora el establecimiento en la mayor de nuestras Antillas de la ley hipotecaria vigente en la Península; y además, el Erario no tendría que hacer los desembolsos indispensables para indemnizar a los anotadores de hipotecas, que podrían continuar en sus actuales destinos.

Hacemos estas ligerísimas indicaciones esperando que serán justamente atendidas por las juntas informativas que deben formarse, si es que aun no existen, pues creemos que sus ilustrados individuos, inspirándose solamente en el bien del país, después de maduras y detenidas reflexiones y con perfecto conocimiento de su elevado é importante cometido, propondrán al Gobierno superior las medidas más convenientes, las reformas más ventajosas y urgentes que deben llevarse á cabo en aquella valiosa provincia española, de la que nos separa la inmensidad del mar; pero estrecha é insolublemente ligada á nosotros por la inquebrantable coyunda del patriotismo, por los fuertes eslabones del interés, y sobre todo por los tiernísimos lazos del más puro y fraternal cariño.

J. C. y M.

LOS HOMBRES DE LA REVOLUCION.

RETRATOS A LA PLUMA.

III.

Hemos procurado, y logrado quizá, colocarnos en un terreno completamente imparcial; pero tales y tan importantes acontecimientos se suceden, que aunque nuestra imparcialidad continúa siendo la misma, alguien puede pensar que en nuestros juicios influyen las impresiones de momento.

Por este motivo hemos retardado hasta hoy bosquejar el tercer retrato de nuestra galería: no desconfiábamos de nosotros mismos; pero estaba en lo posible que nuestros lectores nos creyesen influidos por las circunstancias.

Nada hemos perdido por esperar; muy al contrario, asunto nos ha de dar para el tercer bosquejo el Sr. Sagasta, y hoy se hace á este importante patricio de nuestra revolución toda la justicia que á los hombres de gobierno se debe, y que tan solo fuera del Gobierno se les hace: hoy el fondo de nuestro cuadro será el tranquilo hogar del ciudadano, y más resaltará el retrato que si nos viésemos precisados á rodearle de esa luminosa atmósfera del poder, que impide apreciar los detalles y dar carácter de vaguedad al contorno.

Abrió esta galería el general Prim; siguió después el Sr. Olózaga, y juato es que detrás de la acción revolucionaria, personificada en el primero, y del pensamiento reformista del segundo, venga el Gobierno reformado, la revolución hecha poder; y hé aquí por qué el Sr. Sagasta reclama de nosotros la justicia de considerarle como á tal; hé aquí por qué nosotros le colocamos hoy en nuestra galería.

Hemos escrito una frase: «La revolución hecha poder», que al ser comentada nos da el retrato del hombre que hoy nos ocupa. No queremos hablar de la fuerza impulsiva del primer momento, del desordenado empuje que es la primera manifestación de las fuerzas revolucionarias, sino de la revolución dirigiéndose á sí misma, legislando, adaptándose á la nación en que se manifiesta; en una palabra, de la revolución que crea una sociedad y sabe detenerse en el momento en que da cima á su obra.

Hé aquí lo que ha hecho el Sr. Sagasta.

Quizá encontremos entre nuestros lectores quien alimente alguna duda sobre lo que decimos de detenerse la revolución; y como no somos amigos de prodigar las tintas oscuras ni en los bosquejos, séanos permitido iluminar el punto donde podría verse una sombra que fuese el nacimiento de la negra noche.

A la luz del día, que entra á raudales, pensamos y describimos: si algún defecto nuestros cuadros tiene, quiera Dios que sea por sobra de luz.

La revolución avanza siempre; tan infatigable es, que no conoce el cansancio; tan ambiciosa, que poco le parece cuanto obtiene: la revolución es una; diversos nombres recibe según los tiempos ó los países en que se manifiesta; pero es un error dar un plural á lo que, al igual de la idea de Dios, no puede tenerlo.

Sin embargo, se detiene, porque sus manifestaciones son periódicas, y el intervalo que los periodos separa es el momento en que la planta de la revolución se afirma en un terreno todavía no explorado, y una vez encontrada la base de sus recientes conquistas, da comienzo á un nuevo periodo, dando un nuevo paso.

Este momento solemne en que la reacción se presenta armada de todas armas, en que se libra la gran batalla entre los intereses de ayer y los nuevos intereses, la libertad ha dado á España en el señor Sagasta un campeón decidido, un hombre de gobierno.

Hé aquí cómo se detienen las revoluciones.

Esta es la idea que en el Sr. Sagasta ha presidido: veamos al hombre.

La constancia en la tarea de gobernar, el valor de oponerse á todo lo injusto, por más popularidad que alcance de momento la injusticia, son las dos cualidades que en el hombre de que hablamos descuellan.

Hemos tenido ocasión de observarle en momentos solemnes, en Setiembre de 1869, cuando conjurados contra él todos los elementos componentes de nuestra política, se le negaban las más rudimentarias nociones de la ciencia del Gobierno, se le atacaba sin piedad, y desencadenada la fuerza del fanatismo, se lanzaba rugiendo sobre su personalidad, que imponente y avasalladora se dibujaba sobre el oscuro fondo de una lucha reñida. Oímos entonces su voz sonar pausada; vimos su serena mirada fijarse con toda la majestad del juez sobre los que pretendían ser acusadores; estaba tranquilo y convencido, y contra su tranquilidad nada podía el más envenenado insulto; contra su convicción se estrellaba la acusación fulminada con más apariencia de justicia.

Oímosle después explicar su conducta, y oímos también llamar cinismo á su franqueza, crueldad á su valor cívico, impavidez á su energía, y lo vimos tan tranquilo escuchando el vocerío del despecho, como tranquilo le habíamos visto cuando aun faltaba algo para terminar su obra.

Después se le ha hecho justicia, y la satisfacción que se le ha dado ha sido recibida con la serenidad con que había sido acogido el insulto.

Le ha sido encargada la parte más difícil de la obra, el encauzamiento de las fuerzas revolucionarias: ha tenido que luchar sin descanso contra las fuerzas disolventes, poderosas por su locura; pero lo árduo de su empresa ha dado más precio á su victoria, que ha consistido en encerrar lo que jamás conoció sujeción ni valla en el círculo de una solución práctica, logrando que las más disolventes fuerzas se amalgamasen y fuesen la fuerza motriz que da impulso á la máquina del Estado.

Si un lema necesitase quien tiene como á lema todo el programa de una revolución, «Siempre igual» sería la leyenda que este hombre dejase á sus descendientes, pues su más preclaro timbre es la igualdad de ánimo con que en él el hombre de Estado ha superado al emigrado político. No es necesario que en este rápido bosquejo nos ocupemos de las primeras peripecias de su vida: hemos querido juzgarle tal como es, y este hombre recibió su sér de una revolución; todo lo anterior á ella desaparece ante el hombre de gobierno, y éste á su vez encuentra un digno rival en el hombre de partido.

En este concepto el Sr. Sagasta acaba de dar una muestra que difícilmente podrá olvidarse; parece como que la revolución ha querido dar á España todos los altos ejemplos que los pueblos necesitan para ser grandes y libres.

Defensor el Sr. Sagasta de la conveniencia de la conciliación, la sostuvo con esa inquebrantable energía que emplea en todas sus empresas; pero oyó la voz del partido y cedió al mandato con la franqueza y la consecuencia que raras veces se encuentran en las esferas del poder. No ofreció su apoyo; los que de él necesitan para trabajar en pró de la libertad no necesitan que el ofrecimiento se repita.

El Sr. Sagasta, amigo del general Prim, sabe apreciar la gloria que el conde de Reus alcanzó entregando la corona de un rey y quedándose con la gloria del depósito: el Sr. Sagasta, pues, ha entregado el poder, honrándose más que con él con el título de progresista.

Mientras el hombre de Estado vive, la justicia del pueblo no pronuncia jamás la última palabra para juzgar la azarosa vida del gobernante. ¡Feliz del que oiga el juicio que pronunciará la España de mañana al recordar un hombre que ha-

biendo formado el ejército, solo creía merecer un puesto en la vanguardia!

ANTONIO LLAVERIA.

DIRECTORIO

DEL PARTIDO REPUBLICANO FEDERAL.

Circular.

Ciudadano presidente del comité de....

Madrid 4 de Agosto de 1871.

Dificultades interiores nos han obligado á guardar silencio. De los individuos que eligió la Asamblea para componer este Directorio, unos han dejado á Madrid, otros han dimitido formalmente su cargo. No levantáramos ni aun la voz, si no lo exigiesen por una parte los intereses generales del país, por otra el mandato de la Asamblea, que, como si previera los obstáculos con que debíamos tropezar, acordó que la representáramos cualesquiera que fuésemos en número.

La situación creada en Setiembre de 1868 acaba de atravesar una penosa crisis. La coalición de radicales y unionistas está definitivamente rota. El partido progresista es hoy dueño del poder como en 1840.

¿Lo será mucho tiempo? Hoy el partido progresista no es, como en 1840, el partido del pueblo; hoy no lleva, como entonces, á su cabeza generales que por sus victorias arrastren el ejército. Cuenta solo con los demócratas, oficiales sin soldados, temibles por lo turbulentos. Tiene por adversarios los partidos antidinásticos todos, incluidos los unionistas, gente apta para llevar la nación del freno, indócil y mala para tascarlo.

No: no es probable que los progresistas estén mucho tiempo en el poder, como busquen su fuerza en sus auxiliares y en sus adeptos. Podrían buscarla en la satisfacción de los deseos del país; pero ¡es tan ruda tarea para sus hombros! En política de ningún modo se desarma mejor á los enemigos que adelantándose á las esperanzas de los pueblos y conciliando el orden y el progreso; lo difícil es realizarlo.

España tiene hoy, como en todos tiempos, hambre y sed de justicia, y los privilegios abundan. De todas las Iglesias, solo la católica vive á expensas del Estado. La obligación de defender la patria con las armas en la mano, mereced á las redecaciones, pesa exclusivamente sobre los hijos del pueblo. Clases ricas y opulentas dejan de contribuir á las cargas públicas en proporción á su fortuna. Hay categorías de tribunales y diversidad de procedimientos para las diversas categorías de empleados. El poder ejecutivo es patrimonio de una familia. Tenemos todavía esclavos en las colonias.

¿Qué importa que los derechos individuales estén escritos de una manera absoluta en la Constitución del Estado? El de emitir las ideas, el de reunirse, el de asociarse están mutilados en el Código; el de elegir, falseado; la libertad civil, la honra del ciudadano, al antojo de hombres sin pudor y sin conciencia. Admite aun los tribunales la denuncia secreta. Secreta es todavía una parte del juicio criminal; en secreto se reciben las declaraciones contra el acusado, que tal vez sufra en tanto la incomunicación, resto en no pocas ocasiones del antiguo tormento. Está mal definida y asegurada la libertad, y la soberanía nacional puesta á los pies de una dinastía que puede suspender y disolver las Cortes, disponer del ejército y la Armada y darnos por sí la paz ó llevarnos á la guerra.

Mentira son aun la autonomía de los pueblos y la de las provincias; mentira la independencia de la administración y la política. Con los destinos del Estado se sigue recomponiendo los servicios prestados á los partidos vencedores. Son á causa de esto inseguros los empleos é imposibles de todo punto, así la moralidad del que los desempeña como el rápido curso y la acertada resolución de los negocios. Para colmo de mal sobre todo lo que tiene algún roce con los intereses públicos, se instruyen largos y voluminosos expedientes; la administración es así complicada y costosa, y el movimiento industrial tardío y difícil.

¿Qué no cabe decir de la Hacienda? Han crecido incesantemente las contribuciones, y ha sido constante el déficit. Aumentaron en proporción mayor los gastos; hubo necesidad de cubrir los saldos, y á pesar de los inmensos productos de los bienes nacionales fué subiendo la cifra de la Deuda. Ni ha mejorado ese estado de cosas después de la revolución de Setiembre. El déficit del último presupuesto es de 1.000 millones de reales; y la Deuda, que en Junio de 1868 era de 23.000 millones, asciende hoy á más de 27.000, sin contar la del Tesoro. Vamos á crear nuevos billetes y nuevos títulos de renta al 3 por 100, y para el presupuesto del año 1871 al 72 estamos amenazados de un nuevo déficit.

¿Qué es, por otra parte, nuestra legislación civil? Un caos. ¿Qué nuestros procedimientos? Una mezcla informe del juicio oral y del juicio escrito, que etereiza los procesos y sigue haciendo de los pleitos el terror de las familias. La responsabilidad judicial es todavía ilusoria; la reparación del daño causado al inocente, nula; la recta interpretación de las leyes, punto ménos que imposible.

No habíamos de las cuestiones sociales. En vez de mirárlas con serena calma y abordarlas de frente, se las esquiva, porque se las teme, sin considerar que no hay en la historia ejemplo de una clase políticamente emancipada que no haya traído consigo una revolución social, ó, lo que es lo mismo, una nueva definición del derecho. Se declara contra la Comuna; se da la voz de

alerta contra la Internacional, hechos y cosas aun desconocidos, y nada se hace ni se piensa para atemperar las leyes civiles á las necesidades de la época y mejorar la condición social de las clases jornaleras.

Para remedio de tan grandes males, repetimos la pregunta, ¿basta las fuerzas del partido progresista? No tocará de seguro ese partido las cuestiones sociales, que desconoce y teme al par de los conservadores. No es tampoco probable que se decida á difundir la luz sobre el caos de nuestra legislación; tarea de las más árduas y difíciles. Monárquico, no podrá el poder ejecutivo en consonancia con el principio de la soberanía del pueblo, ni reconocerá la autonomía económica y política del municipio ni la provincia. Bando débil y de escasa confianza en la fuerza de las ideas, no sabrá separar la Iglesia del Estado ni reducirá ese ejército de 100.000 hombres que devora lo mejor de nuestras rentas, y es, tal como está organizado, un constante peligro para la paz y la libertad de la patria.

¿Querrá decir esto que nosotros los republicanos debemos combatirle sin piedad ni tregua como á sus antecesores en el mando? Se ha comprometido á conservar el orden dentro de la Constitución de 1869; á exigir de gobernantes y gobernados el mismo respeto á las leyes. Quiere separar la administración de la política, y cerrar la puerta de las oficinas del Estado á los ciudadanos ineptos, aunque hayan hecho en aras de la libertad grandes sacrificios. Se propone establecer desde luego el jurado. Ve en el ministerio de Fomento la hacienda del porvenir, y quiere, por lo tanto, acelerar el desarrollo de los intereses materiales. Se obliga á volver á toda costa los presupuestos, cualesquiera que sean las reducciones que deban hacerse en los gastos, y los sacrificios que hayan de exigirse para aumento de los ingresos. Está, finalmente, por la paz con todos los pueblos y por estrechar nuestras relaciones con Portugal y las repúblicas de América. Programa incompleto y hasta cierto punto ilógico; pero programa que, de ser cumplido, sobre mejorar el estado del país, nos deja abierto el campo para la propaganda de nuestras ideas, la mejor organización del partido y el más fácil advenimiento de la república federal, único sistema de Gobierno que puede realizar la libertad para todos los seres humanos, y curar de raíz los males de la nación española. Así las cosas, ¿cuál debe ser nuestra conducta?

Nosotros hemos de estar hoy, como ayer, en la oposición, sin plegar ni por un solo momento nuestra bandera, sin transigir en ninguna ocasión ni por causa alguna con la monarquía, sin dejar de difundir ni un instante por villas y aldeas nuestros principios, sin perder coyuntura para ponerlos en práctica ni perdonar esfuerzo para conseguirlo. Atrincherados en nuestras doctrinas, nosotros no podemos ménos de ser los constantes impugnadores de la centralización y el privilegio, los eternos enemigos del principio monárquico.

Peró ¿habríamos de tratar con igual rigor á los que nos diesen condiciones de vida y de progreso y á los que pugnasen por quitárnoslas? Levados de una política pesimista, que es la peor y la más inmoral de las políticas, ¿habríamos de trabajar por el triunfo de los conservadores? Amantes de los adelantos, ¿habríamos de atravesarnos como un obstáculo en el camino de las reformas?

Nuestra conducta está hoy, como siempre, determinada por la nobleza de nuestros mismos principios y nuestro propio decoro. Vivir y desenvolvemos á la luz de la libertad, mientras la libertad exista, es nuestro deber como partido. Aplaudir y facilitar el bien, cualquiera que sean las manos que traten de verificarlo, es nuestro deber como hombres. Recordar el bien que se deja de hacer; aspirar con todas nuestras fuerzas á realizarle; combatir sin tregua el error y el mal aun en los mismos que intentan destruirlos por medios ineficaces; presentar siempre nuestras doctrinas enfrente de las del Gobierno, es, además de un deber, la esperanza y la seguridad de nuestro triunfo. Dejar expedito el camino de las reformas sin salir de nuestro campo ni abandonar nuestros baluartes, tal creemos que debe ser nuestra conducta.

Aún cumpliendo el partido progresista su programa, cosa bastante difícil, distará de llenar los deseos del país ni de dejar cerrado el paso á la oposición y á la lucha. Hemos dicho ya lo que por su índole y la naturaleza de sus ideas ha de dejar intacto. ¿Cómo llevará á cabo las reformas que promete? ¿Establecerá el jurado sobre sus verdaderas bases? ¿Nivelará los presupuestos, más por la reducción de los gastos que por el aumento de los ingresos? Ya que cree ver en el ministerio de Fomento la hacienda del porvenir, ¿buscará en la rebaja de los gastos del clero y del ejército los medios para el desarrollo de las obras públicas? Si solo por la fuerza y no por la libertad pretende someter á los insurrectos de Cuba, y han de correr los gastos de la guerra á cargo del Tesoro, ¿ha de poder cubrir el déficit del actual presupuesto queriendo llevar aif de un golpe material y tropas bastantes para acabar con los rebeldes? ¿No habrá de reparar por otro lado las injusticias que con nosotros cometieron los anteriores Gobiernos?

Dejarle expedito el camino de las reformas no es ni ponernos á su lado, ni renunciar á la censura de sus actos, ni abdicar ninguno de nuestros principios; es tan solo dejarle de suscitarnos las dificultades que crea para los Gobiernos toda oposición sistemática. Los partidos reaccionarios no han de dejar de suscitárselas y armarle asechanzas aun para la realización de esas incom-

pletas reformas; algunos estén ya tal vez aguzando en la sombra sus espadas para derribarle.

No vayamos á incurrir de nuevo en el error de 1843: no vayamos á facilitar por una coalición insensata, hija de un ciego despecho, la victoria de nuestros comunes enemigos, dejando aherrojada quizá por años nuestra desdichada España. No entrando en coalición con los demás partidos, sino contemplando impasibles sus contiendas para terciar á tiempo en ellas y hacerlas redundar siempre en beneficio del país y en provecho de nuestra causa, creemos que podemos y debemos llenar la noble tarea que nos está confiada.

La impaciencia es siempre peligrosa; el empeño de cerrar los ojos sobre la realidad un crimen. No nos hagamos ilusiones: podrá venir mañana la hora de la acción; pero no ha concluido, como algunos suponen, el período de la propaganda. Cerca de un siglo lleva en Francia la publicación de las ideas republicanas. Poder en 1792, han logrado levantar la nación hasta el punto de resistir el arrollador empuje de las demás naciones y desbordarse sobre el territorio de sus enemigos. Poder en 1848, han hecho estremecer sobre sus cimientos los tronos todos de Europa. Dista, sin embargo, de ser republicana toda la nación francesa. Nos lo dicen harto elocuentemente las dificultades con que está luchando para sostenerse la actual república.

Ilusión de las ilusiones creer que en España están ya suficientemente difundidas nuestras ideas. Contrariar la tradición y desarraigar las preocupaciones y los hábitos de siglos no es obra de dos ni de tres años, horas para la vida de los pueblos. Aun siendo Gobierno cuánto más ahora deberíamos trabajar incesantemente por llevar hasta las más apartadas aldeas la luz de los principios federales. Así, este Directorio no puede menos de aplaudir de todo corazón los esfuerzos de comités como los de Valladolid y Oviedo, que han nombrado comisiones para ir esparciendo nuestras doctrinas por sus provincias.

¿Es esto decir tampoco que de la propaganda debemos esperar todo, ni que esté lejos de nosotros el triunfo de la república? Acabamos de indicarlo. En un país donde la libertad cuenta aun poderosos enemigos, que, lejos de doblegar la cerviz al imperio de las leyes, confían el éxito de su causa á la sola fuerza de las armas; en un país donde hay una dinastía nueva y sin arraigo y tres ó cuatro pretendientes á la corona, dispuestos siempre á recibirla sobre el ensangrentado pavés de soldados corrompidos por esperanzas ó ganados por el oro; en un país donde se ha consolidado el trono de ninguna nueva familia de reyes sino después de bañado en sangre, no es posible esperar que reinen mucho tiempo la paz ni el orden, ni desconfiar de ver enseñoreada la república sobre las ruinas amontonadas por las mismas discordias de la monarquía.

La monarquía es al fin la tradición, y la república la idea nueva; y las ideas nuevas, aun siendo minoría, nos lo enseña la historia, se imponen á las mayorías, y llevan á cabo las grandes revoluciones y los grandes movimientos.

Mas para esto es preciso, no solo saber esperar, sino tambien no perder de vista que la hora de las revoluciones no la determina nunca la sola voluntad de los partidos, sino el malestar de los pueblos. Así vemos fracasar vastas conspiraciones fraguadas en las tinieblas, y por circunstancias, al parecer insignificantes, cambiar no pocas veces la faz de los imperios. Para esas horas críticas conviene vivir apercibidos y reservar sus fuerzas. Consumirlas en luchas inoportunas, empeñarse en apelar á la guerra cuando la libertad no ha muerto; prescindir del estado de la nación y querer á todas horas alzarse en armas, es una grande inconsecuencia y un lamentable suicidio.

Así, este Directorio no vacila en condenar hoy por hoy todo movimiento á mano armada. Aconseja al partido que emprenda con mayor energía que nunca la propaganda de sus ideas. Desea verle organizado y apercibido para terciar, según las circunstancias, en las discordias, tal vez no lejanas, de los partidos manáquicos. Rechaza toda coalición con los bandos reaccionarios. Se atrincherona de nuevo en los principios, y quiere ser hoy, como ayer, una oposición intransigente. Acepta el bien y el progreso de cualesquiera mano que vengan, y está dispuesto á prestar sus fuerzas para realizarlos. Se niega desde luego á todo acto que pueda conducir á la pérdida de la libertad y á la servidumbre de la patria.

No se hace este Directorio ilusiones sobre el partido progresista. Teme que no ha de llevar á cabo ni aun esas prometidas reformas; pero no quiere servirle de pretexto para dejar de hacerlas, ni por su conducta atraer sobre la frente del partido la responsabilidad de los males que pueda ocasionar su pronta ruina. ¿Deja de cumplir su programa? Ningun pacto nos liga con él; ningún lazo nos une. Suya será la vergüenza. Nosotros, atrincherados en nuestro campo, usaremos de nuestro derecho.

Tales son las opiniones de este Directorio y tal la norma de su conducta.

Salud y república federal.—Francisco Pi y Margall.—Emilio Castelar.—Roque Bárcia.—Por acuerdo del Directorio, Ricardo Lopez Vazquez, secretario.

UN CADÁVER SOBRE EL TRONO.

LEYENDA DEL SIGLO XIV.

POR DON ANDRÉS AVELINO DE ORIBUELA.

(Continuación.)

Esto diciendo, doña Inés se arrojaba de hino-

jos á los pies del rey; sed indulgente como sois poderoso, señor, porque sufro y soy desgraciada; vos que me acusáis, añadid prorumpiendo en abundoso llanto, no podeis imagináros cuáto he luchado conmigo misma por complacer á vos y á mis hermanos: el destierro, la ausencia, la soledad, el aislamiento, y hasta la muerte, todo lo he querido ensayar, empero siempre me he sentido descender, á pesar mio, por la enorme pendiente que bien hubiera querido dominar; es demasiado horrible y tormentosa la agonía de un amor que desea una misma apagar en fuerza de un deber; vos acaso ignorais su poderío, cómo nos destroza con sus bárbaras fruiciones y cómo solo es posible arrancarle con el último pedazo de nuestro corazón.

—Pues bien, interrumpió Don Alfonso amostazado, cambiando de tono y poniéndose en pie; yo quería auxiliar vuestra inexperiencia con mis consejos, más ya que no os sentis con fuerzas bastantes para vencer esa vergonzosa debilidad, que mi voluntad soberana no se cumple á ciegas, podeis contar con que es llegada vuestra última hora.

Doña Inés se creyó por un momento como embargada por una horrible pesadilla; abandonó la humilde posición que habia tomado, dió algunos pasos por la cámara en que estaba, corrió á un ángulo del salón, tendió una mirada de sobresalto y desconsuelo sobre dos infantiles cabezas que, recostadas dentro de una cuna, dormían pacíficamente con el sueño de los ángeles, volvió la vista sin separarse de ese sitio y leyó en la siniestra mirada de Don Alfonso la misma amenaza que clara y distintamente acababa de resonar en sus oídos.

Intenciones tuvo de llamar á los criados en su auxilio, pero temerosa de que se hiciese pública tan extraordinaria escena, y de que llegase á conocimiento de su amante, á quien idolatraba con todo el entusiasmo de su alma, por cuyo porvenir voluntariamente habria dado toda la sangre de sus venas, resolvió á entrar en lucha cuerpo á cuerpo con su verdugo.

A fondo conocia el carácter del rey, orgulloso y colérico en demasía; habiale tratado de cerca durante su permanencia en el augustó alcázar de Lisboa, sin poder persuadirse que él fuese capaz de asesinar á una débil mujer, cuyo único delito era amar y ser amada por D. Pedro. Sin embargo, la actitud que aquel habia tomado era por demás amenazadora; con la mano derecha apretaba convulsivamente el pomo de su daga, y en sus pupilas chispeantes reflejaba la cólera más reconcentrada próxima á desbordarse.

Tan preocupada permanecia doña Inés de la crítica situación en que se veía, y tan fijos tenia Don Alfonso los ojos sobre ella, que ninguno de los dos advirtió, que hácia un ángulo de la misma estancia, habia girado sobre sus goznes una puerta oculta por la tapicería, dando paso á un hombre que desde allí habia echado una mirada indagadora, quedándose en acecho y como petrificado.

—¡Piedad, piedad! exclamó en tono suplicante la atribulada doña Inés, juntando sus trémulas manos en la actitud más humilde: llena de desconsuelo, iba á prorrumpir en nueva frase, pero no pudo porque el rey, cada vez más colérico y enfurecido la denotó diciendo:

—¡Silencio, vibra, ni una palabra más!... Habiéis causado la muerte de Doña Constancia, habéis impuesto el escándalo en mi corte, mancillado la honra mia y la de mi hijo, y aun queréis servir de barrera á su felicidad; si porque la princesa á la que he ofrecido su mano os señala como el solo obstáculo á esa unión. Enhorabuena, yo mismo quiero destruir esa barrera, deshacer ese obstáculo...

—Señor, tendreis que ser el verdugo tambien de dos criaturas que son muy inocentes de la culpa de sus padres...

—¡Sus padres!... ¿Qué quereis decir? preguntó el rey lleno de asidero.

Doña Inés, corriendo inmediatamente las cortinas que cubrian la cuna donde estaban sus hijos reposando á sus anchas, enseñó al rey los dos frutos de su ilícita unión.

—¡Y esos niños? interrrogó el rey lleno de sorpresa.

—Esos niños son carne de vuestra carne, hijos míos y del príncipe Don Pedro, el verdadero símbolo de la unión de nuestras dos almas. ¿Comprendeis todo ahora?

—Os comprendo, ángel caído, Madona de Satan...

D. Alfonso se quedó por un instante perplejo, atónito y reflexivo; cuando estuvo repuesto de la sorpresa que experimentaba, sus ojos parecían los de una hiena en el momento de lanzarse sobre su presa, de un verdadero tigre acosado.

Entretanto la desconsolada mujer ocultaba enteramente el rostro entre sus manos; sus labios sufrían una contracción violenta, y no pudiendo por más tiempo soportar la amargura que se difundía por todo su cuerpo y le ganaba el corazón, se inclinó como hácia adelante hasta que sus rodillas chocaron con las losas del pavimento.

—¿Con que os atreveis á mostrarme el fruto de vuestra inmoralidad? ¿Teneis el arrojo de presentarme el testimonio de vuestras faltas y de vuestros impúdicos desórdenes?... Pues que os habeis colocado á través del camino de la vida de Don Pedro, como una serpiente, y amenazais su existencia con vuestra pozoña, preciso es que yo divida en menudos pedazos la serpiente antes que permitir consume su obra de maldición.

Aun no habia terminado la frase Don Alfonso, cuando su daga desnuda brillaba por encima de

la cabeza de doña Inés; un instante más y la habria sepultado en el pecho de la infortunada: empero una mano vigorosa se interpuso á tiempo, como por encanto, con la rapidez del rayo interrumpió el golpe en el momento que iba á ser descargado.

La daga cayó por tierra: Don Alfonso tiró contra el agresor, en extremo maravillado; pero al volver el rostro, lleno de ira para atravesar con su acero al inoportuno, se encontró cara á cara con su hijo el príncipe D. Pedro.

IV.

El juramento.

—¡Yo te he visto llorar! ¡Nunca te viera Y no en mi triste sueño!
La imagen del dolor me apareciera!
Con palidez de muerte te semblaba
Trémula, ansiosa, y cual paloma herida
Mirada suplicante,
Al nebuloso cielo levantabas:
¡Ay cuán hermosa de aflicción transida
Ante mis tristes ojos te mostrabas!

A. ARNAO.

—El rey está de muy mal talante con Don Pedro, y precisa, puesto que tu tienes ocasión de ver al príncipe hoy, que le hables detenidamente del asunto en cuestión para que en breve tome una resolución sobre nuestro proyecto.

—Fernando, es verdad que nuestra hermana doña Inés, no cuenta en el mundo con más apoyo que el que podemos prestarla y desde que ha caído de la gracia de Don Alfonso, ves claramente lo que sufrí en el retiro, que ella misma se ha impuesto; sin embargo...

—Alvaro, te repito que es necesario saber la resolución del príncipe, y lo más pronto será lo mejor. Nosotros ocupamos una posición en extremo delicada entre los cortesanos, y no sería extraño que el orden de los sucesos nos condujese á concluir por ser expulsados del reino; en cuanto á lo demás, yo he llegado á traslucir que Don Alfonso se propone resueltamente enlazar á su hijo con Doña Blanca de Castilla.

—¡Bah, bah, bah! ¿Sería posible y hacer de tamaña locura? ¡Alianza con el rey de Castilla? Exagerada pretensión...

—Precisamente es lo que nuestro rey desea. —Pues tal enlace forzoso es que lo evitemos á toda costa.

—De eso se trata: manos á la obra; porque nuestro honor, por lo ménos, así lo exige.

—Y Don Pedro, Fernando, ¿crees tú que tenga toda la energía necesaria para contrarrestar los planes de su padre y salir airoso en la demanda?

—Páreceme que ha llegado á vacilar: la respuesta debe darla mañana: no obstante yo me propongo, con la mayor astucia, sacarle de esa perplejidad en que lo han colocado las exigencias de Don Alfonso.

—¡Ay de él, como se atreve á burlar nuestras esperanzas!

—La audiencia va á comenzar, retirémonos hácia aquella galería.

—Yo cuento, Alvaro, con que no perderás la oportunidad que tienes de ver hoy y de departir á solas con Don Pedro.

—Puedes estar tranquilo y contar con ello.

—Si por accidente mis dudas se confirman, vendrás á verme en este mismo salón al sonar la última campanada de las diez.

—No faltaré.

—Vámonos de aquí.

—Vámonos.

El diálogo que acabamos de trazar, lo habian tenido los hermanos de doña Inés en el salón de embajadores del palacio del rey, dos días después del encuentro de éste con el príncipe don Pedro en el palacio de Coimbra.

Don Fernando y D. Alvaro gozaban de algun valimiento en la corte, merced á los secretos amores del príncipe con su hermana.

El rey Don Alfonso comenzaba á manifestarse hostil á los favoritos de su hijo; sin embargo, aun no se habia declarado terminantemente en abierta oposición con ellos, para ejercer más de lleno sobre su hijo la influencia moral de que queria en buen hora revestir la resolución que iba á adoptar y comunicar.

Propofase este monarca enlazar á Don Pedro, como sabemos, con la hija del rey de Castilla, hermosa mujer, llena de amabilidad y de dulzura, si bien muy mimada en extremo, algo caprichosa y con muchas infuflas cuando se trataba de hacer su gusto: el rey habia ajustado, por medio de mensajeros de confianza, las capitulaciones matrimoniales, y la infanta doña Blanca aguardaba ansiosa una respuesta satisfactoria y decisiva sobre su suerte futura.

El solo obstáculo que al proyectado enlace se oponia por parte del rey de Castilla, lo era los amores de doña Inés de Castro con el príncipe, amores que se habian hecho difanos en las cortes de Portugal y España, y el orgulloso padre de la infanta, de suyo susceptible, suspicaz y escrupuloso, negábase á aceptar la alianza propuesta por Don Alfonso, mientras que éste no demostrase á las claras el positivo rompimiento de su hijo con doña Inés, á la que todos acusaban ser el motivo de la prematura muerte de doña Constancia.

Andaban así las cosas, si bien en gracia de la verdad debemos consignar en esta crónica, que doña Inés estaba de todo punto inocente de las calumnias que á su espalda se zurcian y de los cargos proditorios que sobre ella pesaban; pues si en efecto más de un motivo dió para algunas desazones y desaguisados, de los que fueron trascendentales á doña Constancia por lo exacerbada que fué en ella la pasión de los celos que la agitaban en los últimos días de su vida,

nunca fueron de tal trascendencia que de un modo directo la precipitaran en el sepulcro.

V.

Un pergamino.

To be, or no to be, that is the question.
SHAKESPEARE.

Don Fernando y D. Alvaro fueron exactos á la cita que se habian dado.

El primero estaba lleno de inquietud y de desasosiego, queria á su hermana hasta la idolatría; sospechaba mucho que el príncipe, por complacer á su padre abandonase á doña Inés en la crítica situación á que la habian reducido, y ardia en deseos de salir victorioso en sus planes de familia; el segundo no la amaba ménos por cierto; pero más cauteloso y astuto, en la categoría de valido del príncipe, conocia más á fondo el carácter de Don Pedro; era él el confidente de sus más íntimos secretos, y estaba persuadido en demasía que era por demás intenso y verdadero el amor que éste profesaba á doña Inés; en más de una ocasión le habia oido decir, que arrojando por todos los obstáculos la llevara al altar, y que el matrimonio seria el premio de tantos sacrificios; y tan dulce esperanza, sin embargo de que tenia en mucha estima el honor de su nombre, obligábase á parecer tolerante y hasta consecuente con su malaventurado protector.

Además, ambos debíanle á Don Pedro la fortuna y elevada posición que ocupaban en la corte, y un sentimiento de generosa gratitud, al que no podia hacer traición ligábanles hasta impedirles adoptar una resolución extrema.

Por otra parte, doña Inés, procediendo en medio de todo con la mayor cordura, supo hacerse fuerte y ocultarles la violenta y desagradable escena en que se vió con el padre de su amador; muy bien hecho, porque á saber ellos que la vida de su hermana se vió amenazada y corriendo inminente riesgo, acaso no habrían respetado los lazos de cariño y cordialidad que les unieran con el rey y con su hijo.

Disipábase el sonido de la última campanada de las diez, dado por uno de los relojes del palacio, nota melancólica y pausada que las demás péndulas repetían á su turno en todas las espaciosas galerías y salones, cuando D. Alvaro y D. Fernando encontrándose de nuevo en el lugar de la cita convenida, tornaron á reanudar la plática que antes comenzaron sobre los proyectos que abrigaba el rey Don Alfonso.

—¿Has visto á D. Pedro? preguntó D. Fernando impaciente, y como queriendo leer en el semblante de su hermano una respuesta decisiva y desvanecedora de las dudas en que fluctuaba.

—Justamente hace media hora que nos acabamos de separar en la mejor armonía.

—¿Su resolución, Alvaro?

—Oponerse, con toda la energía de su alma á las proposiciones que haya de hacerle el rey su padre, como no sean las de enlazar con nuestra hermana.

—Bien por Dios; cáspita, te aseguro hermano, á fuer de caballero, que con esa respuesta me arrancas de encima la losa de un sepulcro. Sin embargo, andemos avisados y cuerdos, todo debemos temerlo del carácter duro y despachable del rey, y á decir verdad, hemos de desplegar toda la astucia de un italiano para deshacer el lazo que pueda tendérsenos y salir salvos y gananciosos en la partida empeñada, jugando el todo por el todo.

—D. Pedro está con nosotros y podemos contar con él como si ya fuese nuestro hermano, y ó somos unos malandrines y babiecas, ó hemos de poder muy poco, ó en breve echamos por tierra cuantos castillos en el aire haya podido forjar Don Alfonso contra los sagrados derechos de nuestra hermana.

—¿La prueba de ese aserto?

—Aquí la tienes.

Entonces, sacando Don Alvaro de su cartera un pergamino, del que pendia estampado en plomo el sello del príncipe, le desenvolvió y pasadamente leyó á su hermano, fijando más las siguientes palabras, escritas como lo demás de puño y letra de Don Pedro: «Primero he de perder la cabeza que hacer traición á este empeño; juro, por mi honor, contraer matrimonio únicamente con Doña Inés de Castro, alma de mi existencia.»

—Enhorabuena, exclamó Don Fernando regocijado de júbilo y mostrando en su semblante la satisfactoria alegría que experimentaba. ¡Alvaro, dame los brazos!

Así que ambos hermanos se estrecharon cordialmente, preguntó Don Fernando:

—¿Cómo has logrado tan importante documento?

—Tú sabes en lo que me estima el príncipe, bien; además, me ha recomendado que lo entregue personalmente á nuestra hermana.

A la sazón acababa el rey de dar audiencia pública, y atravesaba la galería en que estaban los interlocutores que acabamos de mencionar, interrumpiéndoles; con su aprecio evitó que estos continuasen la conversación empeñada.

Alfonso IV tendió una mirada de reojo, significativa, que ellos comprendieron admirablemente; inclináronse con respecto y desaparecieron.

(Concluirá.)

LAS PARADOJAS DE LA CIENCIA.

Lúmen.

RELATO DE ULTRA-TIERRA (1).

por

CAMILLO ELLIMMARION

II.]

Sitiens.—Paréceme en efecto que ese sentimiento de imposibilidad debía colorear singularmente vuestra contemplación. Porque, en fin, esa es una visión que conocemos radicalmente ilusoria y cuya realidad no podemos admitir, ni aun viéndola.

Lúmen.—Sí, amigo mío, imposible. ¿Comprendeis ahora en que estado me encontraba yo, al ver con mis propios ojos realizada aquella paradoja? Una expresión popular dice algunas veces «que no quiere creer a sus ojos» esa era exactamente mi posición: me era imposible negar lo que veía é imposible creerlo.

Sitiens.—Pero ¿no era por ventura una concepción de vuestro espíritu, una creación de vuestra fantasía, una reminiscencia de vuestra memoria? ¿Teneis la certidumbre de que aquello era una realidad y no un reflejo extravagante del recuerdo?

Lúmen.—Esa fué la primera reflexión que ocurrió á mi espíritu. Pero era para mí tan evidente que tenía á la vista el París de año 93 y los sucesos del 21 de Enero, que no pude dudar mucho tiempo. Y además, esa explicación estaba de antemano refutada por el hecho de haberme precedido los ancianos en la misma observación, que veían, analizaban, y se comunicaban la acción presente, sin conocer en modo alguno la historia de la tierra, sin saber que yo conocía esa historia. Por otra parte, teníamos á la vista un hecho presente y no un hecho pasado.

Sitiens.—Pues entonces, si lo pasado puede fundirse así en lo presente; si la realidad y la visión se unen de ese modo; si personajes muertos hace mucho tiempo pueden aun ser vistos moviéndose en su escena; si las construcciones modernas y las metamorfosis de una ciudad como París pueden desaparecer y dejar ver en su lugar la ciudad de otro tiempo; si, en fin, el presente puede desvanecer ante la resurrección de lo pasado, ¿en qué certidumbre podremos de hoy más tener confianza? ¿Qué será de la ciencia y de la observación? ¿Qué de las teorías y de las deducciones? ¿En qué se fundan los conocimientos que más sólidos nos parecen? O si estas cosas son ciertas ¿no debemos desde hoy dudar de todo ó creer en todo?

Lúmen.—Esas consideraciones y otras muchas me han absorbido y atormentado, amigo mío; pero no han impedido que fuera realidad lo que observaba. Cuando hebe adquirido la certidumbre de que teníamos presente ante la vista el año de 1793, pensé en seguida que la ciencia misma, en lugar de combatir aquella verdad (porque dos verdades no pueden oponerse una á otra) debía darme su explicación. Interrogué á la física, y esperé su respuesta.

Sitiens.—¿Cómo! ¿El hecho sería real?

Lúmen.—No solo real, sino además comprensible y demostrable. Examiné, primero, la posición de la tierra en la constelación del serpentario de que os he hablado. Al orientarme relativamente á la estrella polar y al zodiaco, noté que las constelaciones no eran diferentes de las que se ven desde la tierra, y que aparte algunas estrellas particulares, su posición era sensiblemente la misma. *Orion* reinaba aun en el Sur; la *Osa mayor*, detenida en su curso circular, señalaba todavía el Norte. Ateniéndome á las coordenadas de los movimientos aparentes, en adelante suspendidos, determiné entonces que el punto en que veía la tierra debía señalar la décimaséptima hora de ascensión directa, es decir, próximamente la línea del grado 256. (Yo carecía de instrumentos para tomar una medida exacta.) Observé, en segundo lugar, que se encontraba hacia el grado 44 distante del polo Sur. Estas averiguaciones tenían por objeto hacerme conocer la estrella en donde estaba entonces. Me hicieron llegar á esta conclusión: que yo

debía estar en un astro situado hacia el grado 76 de ascensión recta y hacia el grado 46 de declinación boreal. Por otra parte, las palabras del anciano me habían hecho saber que el astro en que nos encontrábamos no estaba muy lejos de nuestro sol, puesto que éste era uno de los astros vecinos. Con ayuda de estos datos pude fácilmente recordar qué estrella concordaba con las posiciones determinadas. Una sola correspondía á ellas; la estrella de primera magnitud alfa del *Cochero*, nombrada también *Capella* ó *la Cabra*. No había la menor incertidumbre en este punto. Así, yo entonces estaba seguramente en un mundo dependiente del sistema de esta estrella. Entonces, traté de recordar cuál era la parálaje de aquella estrella. Recordé en seguida que un astrónomo ruso, amigo mío, la había calculado, y que confirmando su cálculo, se estimaba la parálaje en 0'046. Adelantaba rápidamente hacia la solución del misterio, y mi corazón palpitaba de alegría. Todo geómetra sabe que la parálaje indica matemáticamente la distancia, en unidades de la magnitud que se emplea. Yo iba, pues, á conocer la distancia que separa aquella estrella de la tierra: bastaba para esto buscar el número que corresponde á 0'056. Nada más fácil: ese número es evidentemente 4.484.000. Aplicado al rayo de la órbita terrestre, y expresado en millones de leguas, ese número es de 170.392.000. Así, del astro en que me encontraba, para ir á la tierra, había una distancia de 170 trillones, 392 millones de leguas. Lo principal estaba hecho, y el problema estaba en sus tres cuartas partes resuelto: ved aquí ahora el punto capital, sobre el cual llamo toda vuestra atención, porque en él reside la explicación de la más extraña de las realidades. Vos sabéis que la luz no recorre instantáneamente la distancia de un lugar á otro, sino sucesivamente. Tampoco habéis dejado de notar que al arrojar una piedra en un depósito de agua mansa, alrededor del punto se suceden una serie de ondulaciones. Así se trasmite el sonido en el aire cuando pasa de un punto á otro. Así se trasmite la luz en el espacio: se trasmite de estación en estación, por ondulaciones sucesivas. La luz de una estrella emplea, pues, cierto tiempo en llegar á la tierra, y esto depende naturalmente de la distancia que separa á la estrella de la tierra. Ahora bien; vos sabéis que la luz camina con una velocidad de 77.000 leguas por segundo. Estando, pues, la estrella *Capella* alejada de la tierra por la distancia mencionada, es fácil calcular, á razón de 77.000 leguas por segundo, cuánto tiempo necesita la luz para recorrer este intervalo. Hecho el cálculo, da 71 años, ocho meses y 24 días. El rayo luminoso que parte de *Capella* para llegar á la tierra, necesita, pues, una marcha no interrumpida de 71 años, 8 meses 24 días. De igual modo, el rayo luminoso que sale de la tierra dirigiéndose á la estrella, no llega si no después del mismo tiempo.

Sitiens.—Si el rayo luminoso que nos viene de esa estrella emplea cerca de 72 años en llegarnos, ¿nos trae, según eso, la claridad de ese astro tal cual era hace cerca de 72 años, en el momento de su partida?

Lúmen.—Lo habéis comprendido perfectamente. Y ese es precisamente el hecho que importa comprender.

Sitiens.—Así, en otros términos, el rayo luminoso es como un correo que nos trae noticias del estado del país que lo envía, y que si emplea cerca de 72 años en llegarnos, nos da el estado de ese país en el momento de la partida, es decir, cerca de 72 años antes del momento en que nos llega.

Lúmen.—Habeis adivinado el misterio. Vuestra comparación me prueba que habéis alzado la última punta del velo. Mas para hablar con mayor exactitud, el rayo luminoso puede compararse á un correo que nos trajera, no noticias escritas, sino la fotografía, ó más rigurosamente aun, el aspecto mismo del país de donde saliera. Nosotros vemos ese aspecto, tal cual era en el momento en que partieron los rayos luminosos que cada uno de sus puntos nos envía, y por los cuales se nos dá á conocer. Nada es más sencillo ni más incontestable. Cuando, pues, examinamos por el telescopio la superficie de un astro, no vemos todavía esa superficie tal cual es en el momento mismo en que lo observamos, sino tal cual era en

el momento en que fué emitida por esa superficie la luz que de él nos llega.

Sitiens.—De suerte, que si una estrella cuya luz emplea, por ejemplo, diez años en llegar hasta nosotros, fuera hoy súbitamente aniquilada, la veríamos aun durante diez años, puesto que su último rayo no nos llegaría sino dentro de diez años.

Lúmen.—Eso es precisamente. En una palabra, los rayos de luz que las estrellas nos envían, no llegandoos instantáneamente, sino empleando cierto tiempo en recorrer la distancia que de ellas nos separa, no nos muestran esas estrellas tales cuales son en el momento en que partieron los rayos de luz que nos transmiten su aspecto. Hay, pues, en esto una sorprendente transformación del pasado en presente. Para el astro observado, es lo pasado, lo ya desaparecido; para el observador, lo presente, lo actual. El pasado del astro es rigurosa y positivamente el presente del observador. Como el aspecto de los mundos cambia de un año á otro, de una estación á otra, y casi de un día al día siguiente, se puede representar este aspecto como escapándose en el espacio y adelantándose hacia el infinito para revelarse á los ojos de los contempladores lejanos. Cada aspecto es seguido por otro, y así sucesivamente: es como una serie de ondulaciones que llevan á lo lejos el pasado de los mundos, convertido en presente para los observadores escalonados á su paso. Lo que creemos ver actualmente en los astros ha pasado ya, y lo que en ellos acontece actualmente, todavía no lo vemos. Identificáos, amigo mío, con esta representación de un hecho real, porque importa que os figureis exactamente esa marcha de la luz, y que comprendáis en la verdadera naturaleza esta verdad indisputable. Trayéndonos por medio de la luz el aspecto de las cosas, nos las muestra, no cuales son en la actualidad, sino como eran anteriormente, según el intervalo de tiempo necesario para que su claridad recorra la distancia que nos separa de esas cosas.

Sitiens.—Maestro, he seguido atentamente vuestras explicaciones, y ahora comprendo perfectamente cómo, encontrádoos en la estrella *Capella*, no veáis la tierra tal cual era en Octubre de 1864, fecha de vuestra muerte, sino tal cual estaba en Enero de 1793, puesto que la luz emplea setenta y un años y ocho meses en atravesar el abismo que separa la tierra de esa estrella. Y comprendo con la misma lucidez que esto no era ni una visión, ni un fenómeno de memoria, ni un acto maravilloso ó sobrenatural, sino un hecho actual, positivo, natural é innegable, y que efectivamente, lo que hacia mucho tiempo había pasado para la tierra no era más que actual para el observador colocado á esa distancia.

Mas permitidme que os someta una cuestión incidental. Para que, yendo de la tierra, fuerais testigo de este hecho, era preciso que franqueárais la distancia con una celeridad mayor que la de la misma luz.

Lúmen.—De eso ya os he hablado al decir que había creído recorrer esa distancia con la rapidez del pensamiento, y que en el mismo día de mi muerte me encontraba en esa estrella, que tanto amaba y admiraba yo durante mi mansión en el globo terrestre.

Sitiens.—Reflexionando en ello, fenómeno muy singular es, en efecto, el de ver así, actualmente, presente lo pasado, no verlo tampoco sino de esta manera sorprendente, y verse en la imposibilidad de ver los astros tales cuales son en el momento en que se los examina, sino como eran más ó menos tiempo antes.

Lúmen.—El legítimo asombro que sentís, en la contemplación de esta verdad, no es,—me atrevo á asegurarlo, amigo mío,—más que el preludio del que ahora vá á dominaros. Sin duda parece á primera vista muy extraordinario que, alejándose bastante lejos en el espacio, se pueda de este modo asistir realmente á los acontecimientos de las edades desaparecidas y remontar el río del pasado. Pero no es esa todavía la extraña y positiva extravagancia que tengo que comunicaros, y que vá á pareceros aun más fantástica, si quereis seguir escuchando el relato del día que siguió á mi muerte.

Sitiens.—Hablad, os lo suplico: estoy anhelante de escucharos.

Lúmen.—Después de haber separado

mis miradas de las escenas sangrientas de la plaza de la Revolución, me sentí atraído hacia una habitación de un estilo ya antiguo, que ocupaba el solar que está enfrente de Nuestra Señora.

Delante de la puerta había un grupo de cinco personas. Estaban medio tendidas sobre los bancos de césped, descubierta la cabeza al sol. Como se pusieron muy pronto á andar por la plaza, reconocí en uno de ellos á mi padre, más joven de lo que lo había conocido; á mi madre, más joven todavía; y á uno de mis primos que murió en el mismo año que mi padre, hace cuarenta. A primera vista, es difícil reconocer las personas, porque en lugar de verlas de frente, no se las ve sino desde arriba y como de un piso superior. No fué pequeña la sorpresa de semejante encuentro. Entonces recordé haber oído decir en mi infancia que mis padres habitaban antes de mi nacimiento en la plaza de Nuestra Señora. Más profundamente sorprendido de lo que puedo decir, sentí mi vista fatigada y cesé de distinguir nada, como si se hubieran extendido sobre París densos vapores. Creí por un momento que me arrebataba un torbellino. Por lo demás, como lo habéis comprendido, ya carecía yo de la noción de tiempo. Cuando volví á ver distintamente los objetos, vi un tropel de muchachos corriendo por la plaza del Panteón. Parecióme que aquellos escolares salían de clase, porque estaban agobiados por sus libros, y, al parecer, volvían brincando y gesticulando á su casa respectiva. Dos de ellos me interesaron particularmente, porque parecían acalorados por alguna disputa, y comenzaban á darse un combate particular. Un tercero adelantó para separarlos, pero recibió un golpe en la espalda que lo hizo rodar por el suelo. En el mismo momento vi, acudiendo hacia el niño, á una mujer: era mi madre. ¡Ah! nunca, en mis setenta y dos años de existencia terrestre, entre todas las peripecias, entre todos los pasmos, entre todos los golpes imprevistos, entre todas las extravagancias de que esa existencia estuvo sembrada, entre todos los sucesos, sorpresas y azares de la vida, nunca experimenté conmoción semejante á la que sentí cuando reconocí que aquel niño era... ¡yo mismo!

Sitiens.—¿Vos mismo!

Lúmen.—¡Yo mismo! Con mis rubios cabellos ensortijados, mi camisa, bordada de manos de aquella madre que acababa de sacuirme, mi blusita azul celeste, y mis mangas siempre ajadas. Yo era, yo era, sin duda, el que estaba allí; el mismo niño cuya imagen medio borrada habéis visto en la miniatura que estaba sobre mi chimenea. Llegó mi madre, me cogió en sus brazos, riñendo á mis compañeros, después me condujo por la mano á nuestra casa, situada entonces en la abertura actual de la calle de Ulm. Después vi que, habiendo recorrido la casa, nos encontramos ambos con una numerosa compañía en el jardín.

Sitiens.—Maestro, perdonadme una reflexión crítica. Os confieso que me parece imposible que uno pueda verse así á sí mismo! Vos no podeis ser dos personas. Puesto que teniais setenta y dos años, vuestro estado de infancia había pasado, desaparecido, desvaneciéndose hacia mucho tiempo. Vos no podeis ver una cosa que no existe. Al menos, yo no puedo comprender que siendo viejo os viérais á vos mismo en la edad de la infancia.

Lúmen.—¿Qué razón os impide admitir ese punto con el mismo título que los precedentes?

Sitiens.—La de que uno no puede verse doble, á un tiempo niño y anciano.

Lúmen.—No reflexionais bastante, amigo mío. Habéis comprendido bastante bien el hecho general para admitirlo; pero no habéis observado suficientemente que este último hecho particular entra absolutamente en el primero. Admitís que el espacio de la tierra emplea setenta y dos años en llegar hasta mí, ¿no es eso? ¿Que los acontecimientos no me llegan sino en ese intervalo de tiempo, después de su actualidad; en una palabra, que veo el mundo tal cual era en aquella época? Admitís también que, viendo las calles de esta época, veo al mismo tiempo los niños que corrian entonces por las calles: ¿queda esto admitido?

Sitiens.—Enteramente.

Lúmen.—Pues entonces, puesto que

(1) Véase el número anterior.

veo ese tropel de niños, y puesto que entonces formaba yo parte de aquel tropel, ¿por qué queréis que no me vea á mi propio lo mismo que veo á los demás?

Sitiens.—Pero si vos no estáis ya entre aquel tropel!

Lúmen.—Otra vez lo repito: tampoco ese tropel existe ya. Pero lo veo tal cual existía en el instante en que partió el rayo luminoso que me llega hoy. Y puesto que distingo los quince ó diez y ocho niños que lo componen, no hay razón para que desaparezca el niño que era yo, porque sea yo mismo quien lo miré: otros observadores lo verían en compañía de sus camaradas: ¿por qué queréis que haya una excepción cuando soy yo quien lo miro? Los veo á todos, y á mi con ellos.

Sitiens.—Yo no había apercibido enteramente. Es evidente que, al ver un tropel de muchachos de que formais parte, no podéis dejar de verlos á vos mismo, también como veis á los demás.

Lúmen.—¿Comprendéis ahora la extraña sorpresa que debió causaros semejante vista? Aquel niño era yo mismo, en carne y hueso. Era yo á la edad de seis años. Yo me veía, tan perfectamente, como me veía la compañía del jardín que jugaba conmigo. Aquello no era un espejismo, ni una visión, ni un espectro, ni una reminiscencia, ni una imagen: era la misma realidad, era positivamente mi persona, era mi pensamiento, era mi cuerpo. Yo estaba allí ante mis propios ojos. Si mis demás sentidos hubieran tenido la perfección de mi vista, percibirían que hubiera podido palparme ú oírme. Yo saltaba por aquel jardín, y corría alrededor de los balaustrados que cercaban aquella fuente. Algun tiempo después, mi abuelo me sentó en sus rodillas y me hizo leer en un gran libro. ¡Renuncio, renuncio á describir aquellas impresiones! Os dejo el cuidado de experimentarlas por vos mismo, si os habeis identificado lo bastante con la realidad física de este hecho, y me limito á declarar que nunca cayó sobre mi alma sorpresa semejante á aquella. Una reflexión, más que ninguna, me aturdira. Yo me decía: ese niño, sin duda ninguna, soy yo mismo. Está realmente vivo. Crece, y debe vivir aun setenta y dos años. Yo soy él y él es yo. Y por otra parte, yo, que estoy aquí con setenta y dos años terrestres; yo, que pienso y que veo estas cosas, también soy yo mismo, y tan yo como ese niño. ¡Soy dos! ¡Abajo, allá en la tierra; arriba, aquí en el espacio. Dos personas completas, una misma, y muy distintas. Los ancianos de la montaña podrían ver ese niño en el jardín, como lo veo yo, y verme también aquí. ¡Soy dos, soy dos! Esto es incontestable. Mi alma está en ese niño; está también en mí: es la misma alma, mi única alma; y anima, sin embargo, estos dos seres: ¡Extraña realidad!... Y no puedo decir que me engaño, que estoy alucinado, que una ilusión óptica me engaña. Por medio de la naturaleza y de la ciencia, me veo á la vez niño y anciano, y allí y aquí... Allí negligente, alborozado; aquí pensativo y conmovido.

Sitiens.—¡Extraño es, en verdad!

Lúmen.—Y positivo. Buscad en la creación entera á ver si encontráis una paradoja más formidable que esa. ¿Qué más añadiré á mi relato? Así me seguí, creciendo en la vasta ciudad parisiense. Me vi en 1804 entrando en el colegio y haciendo mis primeras armas en el momento en que el primer cónsul se coronaba con la dignidad imperial. Reconocí aquella frente dominadora y pensativa de Napoleón, un día en que pasaba una revista en el Campo de Marte. No recuerdo haberlo visto durante mi vida y estaba satisfecho al verlo pasar por mi campo actual de observación. En 1810 volví á verme en la promoción de la escuela política, y me vi hablando en cátedra con el mejor de los discípulos, Francisco Arago. Este joven era ya del Instituto, y reemplazaba á Monge en la escuela, á causa del jesuitismo de Binet, de quien se había quejado el emperador. De aquel modo, me encontraba en el seno de los brillantes años de mi adolescencia, y de los proyectos de viaje de exploración científica en compañía de Arago y de Humboldt, viajes que solo éste se decidió á emprender. Más tarde, me apercibí subiendo rápidamente la calle de los Mártires y pasando clandestinamente bajo los molinos de viento de Montmartre. Y veía también á mi

querida Berta, acudiendo á recibirme bajo las lilas en flor. Dulces horas de soledad para los dos, confidencias del corazón, silencios del alma, trasportes del amor, correspondencias de la tarde, os ofrecisteis á mi asombrada vista, no ya como un recuerdo lejano y velado, sino en vuestra actualidad absoluta! Asistía de nuevo al combate de los aliados sobre la colina, á su descenso á la capital, á la caída de la estatua de la plaza Vendôme, arrastrada por las calles con gritos de alegría, al campamento de los ingleses y de los prusianos en los Campos Eliseos, á la devastación del Louvre, al viaje de Grand, á la vuelta de Luis XVIII. El pabellón de la isla de Elba flotó á mis ojos, y más tarde, buscando en el Atlántico la isla solitaria en donde el águila estaba encadenada, con las alas rotas, vi al emperador soñando al pie de un sicomoro. Así pasaron los años ante mí. Al mismo tiempo que seguía mi propia persona, en mi matrimonio, en mis empresas, en mi vida de relación, en mis viajes, en mis estudios, asistía al desarrollo de la historia contemporánea. A la restauración de Luis XVIII sucedió el Gobierno efímero de Carlos X. Las jornadas de Julio de 1830 me enseñaron sus barricadas, y no lejos del trono del duque de Orleans, vi aparecer la columna de la Bastilla. Estos diez y ocho años pasaron rápidamente. Un día me apercibí en el Luxemburgo, en la época en que se abrió esta magnífica avenida que tanto quiero, y que un decreto reciente amenazaba. Volví á ver á Arago en el Observatorio, y la muchedumbre silenciosa que por la noche se agrupaba á las puertas del nuevo anfiteatro. Reconocí la Sorbone de Cousin y de Guisot. Después se apretó mi corazón al ver pasar el entierro de mi amada madre. La singular revolución del 48 me sorprendió tan vivamente como cuando fui testigo de ella. Reconocí en la plaza de la Bolsa á Lamoricière, enterrado el año pasado, y en los Campos Eliseos á Cavaignac, muerto hace cinco ó seis años. Desde mi estación celeste fui observador del 2 de Diciembre, como lo había sido en la tierra desde mi torre solitaria, y sucesivamente desfilaron así acontecimientos que ya me habían conmovido, y otros que no me eran conocidos.

Sitiens.—¿Pasaron rápidamente ante vos esos sucesos?

Lúmen.—No sabré apreciar la medida del tiempo; pero todo este panorama retrospectivo se sucedió seguramente en menos de un día... tal vez en algunas horas.

Sitiens.—Pues entonces, nada entiendo. Perdonad á vuestro antiguo amigo esta indiscreta interrupción; mas según lo que yo me había imaginado, parecíame que eran exactamente ellos mismos los acontecimientos que veais y no un vano simulacro. Pero, en virtud del tiempo necesario al trayecto de la luz, esos sucesos estaban en retardo respecto al instante de su realización. Si, pues, han pasado ante vuestros ojos 72 años terrestres, debieron emplear exactamente 72 años en presentarseos, y no algunas horas. Si el año de 1793 no se os aparecía sino en el de 1864, en cambio, el de 1864 no debería, por consecuencia, aparecerseos más que en el de 1936.

Lúmen.—Es fundada vuestra nueva objeción, y me prueba que habeis comprendido bien la teoría de este hecho. Os agradezco que me la hayais formulado; ahora voy á explicaros cómo no me fué necesario esperar otros 72 años para ver otra vez mi vida, y cómo, bajo la impulsión de una fuerza inconsciente, he vuelto efectivamente á verla en menos de un día. Al continuar siguiendo á mi existencia, llegué á los últimos años, notables por la transformación radical que París ha experimentado; vi nuestros últimos años, y os vi á vos, á mi familia, y mis conocidos, y finalmente, llegó el momento en que me vi acostado en mi lecho de muerte y en donde asistía á la última escena. Esto es decir que yo había vuelto á la tierra. Atraída por la contemplación que la absorbía, mi alma había olvidado pronto la montaña de los ancianos, y Capella. Como le sucede á veces cuando sueña, el alma volaba hacia el objeto de sus miradas. No me apercibí de ello al principio, porque la extraña visión cautivaba todas mis facultades. Yo no puedo decirlo porque ley ni porqué poder pueden las almas traspor-

tarse tan rápidamente de un lugar á otro; pero la verdad es que yo había vuelto á la tierra, en menos de un día, y que penetré en mi alcoba en el momento mismo de mi entierro. Puesto que en este viaje de retorno iba yo delante de los rayos luminosos, y acortaba sin cesar la distancia que me separaba de la tierra, la luz tenía cada vez menos camino que recorrer, y estrechaba, por tanto, la sucesión de los acontecimientos. Llegándome á medio camino los rayos luminosos de solo 36 años, no me enseñaban ya la tierra de 72, sino 36 años antes. A las tres cuartas partes de camino, los aspectos solo tenían un retardo de 18 años. A mitad del último cuarto, me llegaban solo 9 años después de haber pasado, y así sucesivamente: de modo que la serie entera de mi existencia se condensó en menos de un día, por efecto del rápido retorno de mi alma yendo delante de los rayos luminosos.

Sitiens.—No es esta combinación el fenómeno menos extraño.

Lúmen.—¿Se os ha ocurrido alguna nueva objeción al escucharme?

Sitiens.—Esa era la última, ó por lo ménos, me preocupaba tanto, que ha impedido que otras se formulen.

Lúmen.—Pues hay una, astronómica, que recogeré en seguida para no dejar ninguna nube. Esta objeción depende del movimiento de la tierra. No solamente debió el movimiento diurno del globo impedir que apercibiera claramente la sucesión de los hechos, sino que, siendo este movimiento desmesuradamente acelerado por la rapidez de mi retorno hacia la tierra, y trascurriendo 72 años en menos de un día, me hice la reflexión de que era sorprendente que no me apercibiera de ello. Pero sea que yo mismo siguiera la rotación del globo y que yo girara en el espacio, permaneciendo constantemente encima de la Francia; lo que me parece que no puede imaginarse, sea que la misma rapidez de los movimientos les hiciera insensibles, ó sea, en fin, que una causa desconocida para mí salvara la dificultad, tuve que ceder á la evidencia y consignar que había asistido sin trabajo á la rápida sucesión de los acontecimientos del siglo, y de mi propia vida.

Sitiens.—No se me había escapado esa dificultad; pero la había salvado pensando que habeis girado en el espacio, lo mismo que un globo aerostático es arrastrado por la rotación del globo terrestre. Es cierto que la inconcebible rapidez con que debisteis ser llevado es bastante para causar un vértigo; pero yo, no obstante, me limitaba á esta hipótesis, pensando en vuestras palabras: «que los espíritus recorren el espacio con la rapidez y la ligereza del pensamiento,» y notando que vuestra vista como vuestra inconsciente aproximación á la tierra, eran debidas á la intensidad de vuestra atención sobre el punto del globo en donde os veais, es admisible que os hayais mantenido constantemente por encima de ese punto.

Lúmen.—Respecto á esto, nada os afirmo, porque estaba en estado de inconsciencia. Todo lo que puedo decir, es que la atención indecible que me encadenaba soberana é imperiosamente á la tierra, obró efectivamente como una cadena que me hubiera sujetado, ó si lo preferís, como esa fuerza aun misteriosa de la atracción de los astros, en cuya virtud los astros pequeños caerían directamente sobre los mayores, si no estuvieran retenidos en sus órbitas por la fuerza centrífuga.

Sitiens.—Pensando en ese efecto de la concentración del pensamiento hacia un solo punto y de la atracción real que experimenta hacia ese punto, creo notar que ese es el resorte principal del mecanismo de los sueños.

Lúmen.—Habeis dicho verdad, amigo mío, y puede afirmárselo quien, como yo, he hecho durante muchos años el asunto especial de sus observaciones y estudios. Cuando el alma, libre ya de las atenciones, de las preocupaciones y de las tendencias corporales, vé en sueño un objeto que la encanta y hacia el cual se siente atraída, todo lo que rodea á ese objeto desaparece, queda aislado, y se hace el centro de un mundo de creaciones: el alma lo posee enteramente y sin reserva, lo contempla, lo coge, lo hace suyo: el universo entero se borra de la memoria para dejar una dominación absoluta al objeto de la contemplación del

alma, y,—como me ha sucedido en mi súbito retorno á la tierra—no vé más que ese objeto, acompañado de las ideas y de las imágenes que engendra y hace sucesivamente aparecer.

Sitiens.—Segun eso, vuestro rápido viaje á Capella, así como vuestro no ménos rápido retorno á la tierra, tenían por causa esa ley psicológica, y procedisteis aun más libremente que en sueños, porque vuestra alma no estaba ya detenida por el peso del organismo. Recuerdo, en efecto, que en nuestras conversaciones anteriores me hablasteis á menudo de la fuerza de la voluntad.—Decíais, pues, que habeis vuelto á vuestro lecho de muerte antes de que sepultaran vuestros restos.

Lúmen.—Había vuelto, y bendecía la pesadumbre sincera de mi familia; calmaba los dolores de vuestra amistad herida, me esforzaba por inspirar á mis hijos la certidumbre de que aquella envoltura mortal ya no era yo, y que habitaba la esfera de los espíritus, el espacio celeste, infinito, inexplorable. Asistí al entierro, y conocí á mis amigos verdaderos y á los que afectaban serlo. Cuando la losa del sepulcro separó la tierra de los muertos, de la tierra de los vivos, di un último adiós á mi pobre cuerpo adormecido, y como el sol se recogiera á su lecho de púrpura con franjas de oro, permanecí en la atmósfera hasta el caer de la noche, abismado en la contemplación de los bellos espectáculos que ofrece la región aérea. La aurora boreal desplegaba por encima del polo su argentada cinta; llovían de Casiopea millares de exhalaciones, y la luna creciente de profundos córtices se inclinaba al Oeste, semejante á la popa de una nave. Vi á la centelleante Capella mirándome con su pura y vivísima mirada, y distinguí y vi las coronas que la rodean, príncipes celestes de una divinidad. Entonces olvidé otra vez la tierra, la luna, el sol, los cometas, este sistema planetario, para entregarme sin reserva á la seducción de la mágica mirada de Capella, y me sentí impulsado hacia ella por la acción de mi deseo, con una rapidez mayor que la de las chispas eléctricas. Después de un tiempo cuya duración no puedo determinar, llegué al mismo anillo y á la montaña misma á donde había abordado la vispera, y vi á los ancianos, ocupados en seguir la historia de la Tierra, con un retardo de 71 años y 8 meses. Miraban la villa de Lyon en 23 de Enero de 1793. ¿Os confesaré la causa de la atracción misteriosa de Capella sobre mí? ¡Oh maravilla! hay en la creación lazos indisolubles que no se rompen como los lazos mortales; hay correspondencias íntimas que subsisten entre las almas á pesar de la separación de las distancias. Por la tarde del segundo día—y cuando la luna, teñida de esmeralda se circunscribe en el tercer anillo de oro (esta es la medida sideral del tiempo) me sorprendí siguiendo una alameda envuelta en flores y en perfumes. Por ella caminaba, divagando, cuando vi venir hacia mí... ¡á mi adorada Berta! Tenía la edad madura de su muerte, y á pesar de su nuevo aspecto, aun se distinguían en ella los rasgos de la reflexión y de la prudencia que una vida ejemplar había inscrito en su frente. No me detendré á describir el gozo de nuestra reunión: no es este buen lugar, y acaso un día nos sea dado hablar de los efectos ultra-terrestres que suceden á los nuestros. Solo quiero ligar este encuentro con el asunto de nuestra tesis, añadiendo que muy pronto buscamos juntos la Tierra, nuestra patria adoptiva, en donde habíamos pasado días de paz y de ventura. Gustábanos volver nuestras miradas hacia este punto luminoso, en el cual nos permitía nuestra condición actual reconocer un mundo; gustábanos unir el pasado de nuestra memoria al presente que nos llegaba en alas de la luz; y en el éxtasis en que nos sumergía esta singularidad, tan nueva para nosotros, intentábamnos ardientemente ver reaparecer ante nosotros los acontecimientos de nuestra juventud. Así fué como volvimos á ver como años actuales los sitios queridos de nuestro primer amor; el pabellón Montmartre, el jardín florido, los ancianos padres puestos de codos cerca del hogar de la velada, y hablando en voz baja cerca de las olmedillas á los dos enamorados. Para encontrar aquellos años, bastábanos adelantarnos juntos en el espacio, en dirección á la tierra, hasta la re-

gion en que estos aspectos, conducidos por la luz, quedaban fotografiados.

Os he revelado, amigo mío, la extraña observación que os había prometido. Ya se anuncia la aurora, y la estrella de Lucifer palidece ante el alba rosada. Me vuelvo a las constelaciones...

Sitiens.—Una palabra más, ¡oh Lúmen! antes de terminar este coloquio. Decís que los aspectos de la tierra no se transmiten sino sucesivamente en el espacio. Según esto, ¿habrá un presente perpetuo para las miradas escalonadas en ese espacio, hasta un límite, solo circunscrito por la potencia de la vista espiritual?

Lúmen.—Sí, amigo mío. Situemos, por ejemplo, un primer observador a la distancia de la luna; éste percibirá los hechos al segundo y medio de haberse realizado. Coloquemos otro a doble distancia: los hechos se le presentarán con un retardo de tres segundos. Otro los verá seis segundos después de su realización. A distancia doble de la precedente, hay ya once segundos: así sucesivamente. A la distancia del sol, hay ocho minutos y trece segundos de retardo. Desde ciertos planetas, hay muchas horas. Más lejos, se llega a días enteros; más lejos todavía, a meses, más a años. En *alfa* (del Centauro) no se ven las cosas terrestres si no tres años y ocho meses después de no existir. Hay estrellas suficientemente distantes para que la luz no les llegue sino después de muchos siglos, y hasta de millares de años...

Sitiens.—De suerte que para ser testigo de un acontecimiento histórico o geológico de los tiempos pasados, bastaría a esas miradas penetrantes alejarse lo bastante.

Lúmen.—También hay nebulosas a donde no llega la luz sino después de un viaje de muchos millones de años...

Sitiens.—Y el que tuviera el deseo de ver el diluvio, el paraíso terrenal, las épocas anti-diluvianas, el mundo primitivo de los animales y las plantas, y hasta la creación de la tierra, no tendría que hacer sino alejarse bastante profundamente en la inmensidad...

Lúmen.—Os he dicho, amigo mío, que la llegada del sol al hemisferio pone en fuga a los espíritus. Otra conversacion nos permitirá algún día profundizar más este asunto que no he hecho más que bosquejar. Las estrellas me llaman, y ya han desaparecido. Adios, Sitiens, adios.

CAMILO ELIMMARIÓN.

UNA VERDADERA ECONOMÍA. (1)

Está próxima a realizarse, quizá se negocia en estos momentos, la emision de 600 millones de reales en deuda consolidada, para que autorice al Gobierno la ley de compensacion de los presupuestos, y una vez más nuestro espíritu se subleva ante ese funesto error de contraer los empréstitos a *capital nominal*.

No es de este momento recordar los móviles bastardos que inspiraron esa malhadada invencion; pero siempre es tiempo de hacer notar sus desastrosos efectos, y buena es la ocasion que se presenta para impedir que cada día sean mayores.

Hora es ya de que pueblos y Gobiernos se fijen en el ruinoso sistema que siguen para sus préstamos y no cometan más el absurdo inconcebible de recibir una suma y obligarse a devolver otra mucho más considerable. Así se ha formado nuestra deuda, así debemos hoy más de treinta mil millones de reales, cuando nuestro Tesoro apenas habrá recibido una tercera parte de esa cantidad enorme que nos abruma con su peso!

¿Por qué se ha de continuar en los empréstitos públicos un sistema que nadie aceptaría en los privados? ¿Por qué han de ser una *mentira* los títulos de la deuda pública y no verdaderos recibos como

(1) Por el grande interés que entrañan al presente las cuestiones económicas, y por la preferente atención con que se mira esta espionosa materia de trascendentes resultados para el país, no hemos vacilado en dar cabida en *La América* al siguiente artículo que se nos ha remitido, sin que por eso nos hagamos solidarios de las apreciaciones que en él se emiten, como sucede siempre que al pie de los artículos que publicamos, llevan la firma de su autor.

los particulares? Abandónese, pues, de una vez tan fatal rutina, contrátense los empréstitos a *capital real* y no se entregará a los acreedores del Estado un título por mayor cantidad que la que dan al Gobierno. De otro modo, no se concibe el porvenir de la Hacienda, ni la redencion de las naciones agobiadas por la deuda pública.

Pero vengamos al caso concreto que nos hace escribir estas reflexiones; vengamos a la emision de los 600 millones y comparemos los resultados que ofrece, según se haga por uno u otro procedimiento.

Admitiendo que continúe el alza iniciada en los valores públicos, suponiendo todavía que la emision favorezca la subida, tendremos que el tipo máximo a que podrá negociarse el empréstito, haciéndole en treses, será el de 28 por 100, ó sea con un interés anual de cerca de 11 por 100. Es decir, que para obtener 600 millones efectivos será necesario emitir unos *dos mil doscientos millones* y pagar anualmente sesenta y seis por intereses.

Figurémonos ahora que se escucha la voz de la razon, que se rechaza ese vicioso sistema de los empréstitos nominales y que la emision se hace creando una nueva clase de Deuda con interés de 10 por 100: entonces los títulos se colocarian casi a la par y se conseguirian los 600 millones sin emitir más que 660 y sin que el presupuesto hubiese de satisfacer más de 66 al año por los cupones como en el caso anterior.

De suerte que la comparacion da el siguiente resultado:

Intereses.	
3 por 100 de 2.200 millones...	66.000.000
10 por 100 de 660 millones...	66.000.000
	Igual.
Capitales.	
Emision al 3 por 100.....	2.200.000.000
Emision al 10 por 100.....	660.000.000
Diferencia.....	1.540.000.000

Hé aquí por *de pronto* un economía de *mil quinientos cuarenta millones* en el capital de la Deuda, suma a que no llegará nunca, descontando sueldos, despidiendo subalternos, ni aun suprimiendo muchos centros administrativos. Y no se diga que esos millones son *nominales*, porque si hemos de pensar en reducir la Deuda (luego veremos que no hay otro camino para la salvacion de la Hacienda), esos millones irán haciéndose *reales*, y la subida del crédito, en vez de aliviar, gravará más el Erario. Buen ejemplo tenemos de los efectos que produce la amortizacion en lo sucedido con las deudas del personal, material del Tesoro y demás que han querido irse extinguiendo.

Pero la ventaja del sistema que proponemos está, más que en esa economía muy atendible, sin duda, en que puede servir de base a un plan completo de Hacienda.

«Nivelar el presupuesto, cueste lo que costare, decía el Sr. Ruiz Zorrilla en las Cámaras, tal es el pensamiento del Gobierno.» Perfectamente, todos estamos de acuerdo, en que la nivelacion es una necesidad imperiosa, ineludible, en que es forzoso elegir, y pronto, entre *nivelacion ó bancarota*; pero ¿y luego? El arreglo de los presupuestos, no es *fin*, sino *medio*; la nivelacion no puede considerarse como *término*, sino como *punto de partida* para las reformas económicas.

Concedamos que se llega al nivel entre los gastos y los ingresos, y a fe que no es poco conceder, porque la empresa es árdua y merecerá bien de la patria el Gobierno actual, si consigue darle cima; ¿pero se habrá resuelto ya el problema? ¿Cuál será entonces nuestra situacion? Es necesario no hacerse ilusiones sobre este punto; habremos adelantado mucho, pero nos faltará cuando menos otro tanto; habremos contenido los cimientos, nos faltará, sin embargo, el edificio. Tendremos un presupuesto de 2.400.000.000; mas como la mitad de esta suma la absorben los intereses de la Deuda, nos quedan unos *mil millones para todos los servicios del Estado*; ¿y es posible un Gobierno de ese precio? La necesidad puede imponer una situacion semejante; pero no habrá poder capaz de mantenerla, de convertirla en normal y permanente. ¿Qué remedio queda? Es inútil esperar sobrantes de ingresos en mucho tiempo, por que su elevacion ha de ser lenta, di-

ficil y en pequeñas proporciones, y el aumento que pueda obtenerse en los recursos habrá que destinario a reparar las grandes brechas que han de abrir en la administracion las economías que se preparan y que de nuevo aplaudimos; pero que tambien, afirmamos otra vez, solo pueden considerarse temporales.

La Deuda, hé ahí la herida que nos sangra: la disminucion de su capital y sus intereses, tal es el único remedio de nuestro estado económico.

No teniendo sobrantes en el presupuesto de ingresos, ni esperanzas de que los haya, hemos de renunciar a la *amortizacion* por imposible, y sin necesidad de juzgar los inconvenientes que la condenan. La *conversion* es el solo camino practicable, es decir, la sustitucion de una Deuda onerosa por otra que no lo sea tanto, la reduccion ya del capital, ya de los intereses por medio de emisiones nuevas que reemplacen a las antiguas, aprovechando para ello los momentos favorables al crédito del Estado.

Ahora bien, hé aquí justificado nuestro pensamiento acerca de la emision que se anuncia; si se crease una deuda consolidada al 10 por 100, la nivelacion del presupuesto, la solvencia del Tesoro, elevando el crédito, harian que el Gobierno encontrase dinero al nueve, tal vez al ocho, y que un simple cambio de títulos de la librería de un 2 por 100 de la carga que vá a imponerse. De otro modo, ¿cuando veremos disminuir los 66 millones que se sumarán al presupuesto de gastos? Hoy con el consolidado al 3 por 100 las conversiones son imposibles, no hay que esperar el verdadero alivio que hace falta; mañana aquella mejora traería otra, y una pequeña ventaja concedida a los poseedores de treses los llevaría a aceptar otra conversion a ese mismo tipo de 8 por 100, con lo cual se realizaba la baja de casi una *tercera parte* de capital en nuestra deuda perpetua.

Si lo que es necesario combatir es la Deuda, si la única arma eficaz es la conversion, y esto creemos que no se nos conteste, nuestro proyecto hace a aquello vulnerable por dos puntos diferentes; la existencia de esas dos clases de Deuda permitiría lograr un doble efecto: operando sobre el 3 por 100 se disminuiría el capital; operando sobre el 10 se reducirían los intereses. Y volvemos a decirlo, únicamente manejando esa lima de dos caras con brazo potente y hábil podría llegarse a romper la cadena que nos ahoga.

Antes de llegar aquí, tal vez muchos lectores se habrán encogido de hombros, exclamando: «¿Y la unificacion de la Deuda? ¿Abandonaremos ese ideal de los financieros, ese afán de todos los ministros de Hacienda? ¿Renunciaremos a tantos sacrificios hechos para conseguir que la Deuda pública devengue toda ella un interés igual? Si, replicaremos sin vacilacion alguna a los unitarios a toda costa. Sabemos las ventajas que tiene la unidad de la Deuda, sabemos que remedia el agiotaje a que da lugar la diversidad de los títulos, que simplifica tambien considerablemente la administracion y la contabilidad; pero esas ventajas no son decisivas, y antes bien se convierten en graves daños cuando el tipo que se adopta para la unificacion es tan absurdo como el de 3 por 100 que rige en nuestro país.

Y, sobre todo, antes de desechar nuestra propuesta, véase si todos los inconvenientes que presenta, sumados a los beneficios de esa unidad que rompe, valen más que aquella *economía* inmediata que asegura de los *mil quinientos cuarenta millones*, siquiera hoy sean nominales; y ese horizonte despeja lo, esa vía espedida que abre para el porvenir de nuestra Hacienda.

Enunciamos una idea elemental, sencillísima, y por eso la exponemos rápida y desaliadamente; la ampliaremos, sin embargo, en caso necesario, y entretanto la sometemos a la competente apreciacion del señor ministro del ramo y al ilustrado juicio de nuestros colegas de la prensa.

JOSÉ M. PIERNAS.

EL SITIO DE BERLIN.

Subía la avenida de los Campos Eliseos con mi amigo el Dr. V., preguntando a los muros agujereados por la bala, y a las aceras señaladas por la metralla, la historia del París de estos últimos meses, cuando poco antes de llegar al Arco de la Estrella, el doctor se detuvo, y señá-

lándome una de las grandes casas inmediatas, ¿Veis, me dijo, aquellas cuatro ventanas cerradas? En los primeros días del mes de Agosto del año último (1870), fui llamado a esa casa para ver a un enfermo de apoplejía fulminante. Era el coronel Jouve, coracero del primer imperio, viejo obcecado de gloria y bonapartismo, que desde el principio de la guerra vino a habitar a esa casa para asistir al regreso triunfal de las tropas francesas... ¡Pobre iluso! La nueva de la derrota de Wissemburgo la supo despues de comer. Al leer el nombre de Napoleón, cayó como herido por el rayo.

Al entrar en la casa encontré al antiguo coracero tendido en el suelo. A su lado su nieta de rodillas y anegada en llanto. Parecian el uno cerca de la otra dos hermosas medallas griegas, la una antigua, borrada, la otra nueva, resplandeciente.

El dolor de aquella jóven me conmovió. Hija y nieta de soldado, tenía a su padre en el estado mayor del mariscal Mac-Mahon, y la imagen de aquel anciano tendida a su lado, evocaba en su mente el recuerdo de otra imagen no ménos terrible. Procuré tranquilizarla, pero yo no tenía esperanza alguna. Aquel ataque a los ochenta años era casi mortal. Durante tres días el enfermo permaneció en estado de inmovilidad y estupor... En esto llegó a París la noticia de la batalla de Reischoffen. Hasta la noche todos creímos en una gran victoria, veinte mil prusianos muertos, el príncipe real prisionero... No sé por qué milagro, un eco de aquella alegría general llegó hasta la parálisis de nuestro pobre anciano, pero al acercarme al lecho no me pareció el mismo hombre. Tenía la vista clara, la lengua ménos pesada, y sonríndome y tartamudeando me dijo «¡Vic...to...ria!...» «¡Sí, coronel, gran victoria!...» Y a media que le contaba detalles del gran éxito de Mac-Mahon, sus facciones se animaban más y más...

Cuando salía, la jóven me esperaba pálida, de pie delante de la puerta y sollozando. «¡Se ha salvado!» la dije. La pobre niña no tuvo valor para responderme. Acababa de saberse el verdadero parte de Reischoffen. Mac-Mahon en fuga, el ejército derrotado... Nos miramos consternados. Ella desconsolada pensando en su padre. Yo temblando acordándome del anciano, que no podría resistir este nuevo desastre... ¿Y qué hacer?... ¿Dejarle su alegría, las ilusiones que le habian vuelto a la vida... Pero esto era mentir... «Meatiré,» me dijo la hercúlea jóven, y enjugando sus lágrimas y conteniendo su dolor, entró en la alcoba de su abuelo.

Difícil era la empresa que acometía. Los primeros días la desempeñé fácilmente. El coronel tenía la cabeza muy débil y se dejaba engañar como un niño. Pero restableciéndose, sus ideas se hacian más claras.

Era preciso tenerle al corriente del movimiento de las tropas, y redactarle boletines militares. Daba lástima ver a la hermosa jóven inclinada día y noche sobre el mapa de Alemania, colocando alfileres y banjeritas, y esforzándose en combinar una campaña gloriosa; Bazaine próximo a caer sobre Berlín, Frossart en la Baviera, Mac-Mahon en la costa del Báltico. Yo le ayudaba con mi parecer; pero quien mejor nos servía era el abuelo en esta invasion imaginaria. ¡Había conquistado tantas veces la Alemania durante el primer imperio!

Ahora van a marchar... decía, y sus previsiones se realizaban, lo cual no dejaba de enorgullecerele. Por desgracia, aunque asaltábamos muchas ciudades y ganábamos grandes batallas, nunca íbamos bastante aprisa para su deseo. ¡El viejo era insaciable!... Todos los días al hacer mi visita, me anunciaban un nuevo hecho de armas: «¡Doctor, hemos tomado a Maguncia!» me dijo la jóven saliendo a mi encuentro, y al mismo tiempo oía al anciano exclamar: «¡Esto marcha! ¡Esto marcha!...» Dentro de ocho días entraríamos en Berlín. En aquel momento los prusianos se encontraban a ocho jornadas de París... El primer día del sitio fui a la visita con el corazón lleno de angustia. El anciano estaba sentado en el lecho, orgulloso, lleno de alegría. «¡Con que ya han principiado el sitio!» me dijo. Me quedé estupefacto. «¿Cómo, coronel, ¿ya sabéis?—» «Sí, doctor, exclamó la jóven, es la gran noticia de hoy. El sitio de Berlín ha principiado.» El pobre anciano no podía oír tronar el cañon de los fuertes, ni ver el aspecto siniestro de las calles de París.

Desde este día, nuestras falsas operaciones militares se simplificaron mucho. Tomar a Berlín no era más que cuestion de paciencia. De vez en cuando, si se inquietaba mucho, le leíamos una carta de su hijo, imaginaria, por supuesto, porque despues de la derrota de Sedan, fué conducido prisionero a una fortaleza de Alemania. Imposible es figurarse la desesperacion de la hermosa jóven, sin noticias de su padre, sabiendo que estaba prisionero, careciendo de todo, enfermo tal vez. Ya las fuerzas le faltaban para seguir fingiendo; pero el viejo se inquietaba, no dormía, y en seguida llegaba carta de Alemania, y se la leía alegremente reteniendo las lágrimas. El coronel escuchaba con extrema atencion, sonreía, aprobaba, criticaba y daba explicaciones.

Pero lo notable era las respuestas que enviaba a su hijo: «No olvidéis nunca que eres francés, le decía. Sé generoso para esas pobres gentes. Procura hacer la invasion lo más soportable que puedas...» Y seguía recomendándole el respeto a las propiedades, la galantería para con las damas, en fin, le dirigía un verdadero código de honor militar para uso de los conquistadores.

En esto el sitio avanzaba, el de París, no el de Berlín!... Eran los días de mayor frío, de

hombardo, de epidemia, de hambre. Pero gracias á nuestros cuidados, á nuestros esfuerzos, á la infatigable ternura que se multiplicaba en derredor suyo, no se turbó un instante la tranquilidad del anciano. Hasta el último momento se le pudo proporcionar pan blanco y carne fresca. No era dable imaginar espectáculo más conmovedor que la comida tan inocentemente egoísta de aquel anciano: sentado en el lecho, tranquilo, risueño, la servilleta anudada al cuello, y á su lado la joven, demacrada por las privaciones, ayudándole á comer lo que entonces eran manjares prohibidos. Animado por tan buena comida y el templado ambiente de la habitación, sintiendo fuera rugir el viento frío del invierno y la nieve azotando los cristales, el antiguo cocero recordaba sus campañas del Norte, y nos contaba por la centésima vez la siniestra retirada de Rusia, donde no tenían por toda comida más que galleta helada y carne de caballo. ¡Comprendes, querida mía? Comamos caballo. ¡Pobre joven! Bien que lo comprendía. Hacia dos meses que no comía otra cosa... A medida que la convalecencia se acercaba, nuestra tarea era más difícil. El letargo de sus sentidos y la pesadez de sus miembros, que tan bien nos habían servido hasta entonces, empezaban á disiparse. Ya por dos ó tres veces el terrible cañoneo le había hecho estremecer, y fué preciso inventar una última victoria de Bazine sobre Berlin, para suponer que aquel estrépito eran las salvas de honor que se disparaban en los Inválidos.

Una noche al entrar en la casa, se acercó la joven turbada y me dijo: «Mañana entran.» El coronel debió oír estas dos palabras, pero nosotros nos referíamos á los prusianos, y él pensaba en los franceses, en la entrada triunfal que esperaba hacia tanto tiempo. Mac-Mahon marchando sobre una alfombra de flores, su hijo al lado del mariscal, y él el anciano asomado al balcón en traje de gran gala, como en Lutzen, saludando á las banderas acrobáticas y á las águilas, negras por la pólvora... ¡Pobre coronel! Creyó que queríamos impedirle asistir al desfile de las tropas francesas, para evitarle tan gran emoción, así que se guardó bien de hablar á nadie; pero al día siguiente, á la hora en que los batallones prusianos penetraban en la gran vía, que de la Puerta Maillot conduce á las Tullerías, el balcón se abrió muy despacio y el coronel apareció con su casco, su gran coraza y todo su glorioso y antiguo uniforme de cocero de Milland. Aun ignoro que esfuerzo de voluntad, que exceso de vida le colocaron en pie, y ataviado. Lo cierto es que se encontraba allí, extrañando ver las calles tan solitarias, las casas y las ventanas cerradas, por todas partes banderas, pero tan extrañas, blancas con cruces rojas y nadie para recibir á las tropas. Por un momento debió creer que se engañaba... ¡Pero no! Detrás del Arco de Triunfo, se sentía un rumor confuso, una línea negra avanzaba lentamente. Después se vieron brillar las puntas de los cascos, los tambores de Jena batían marcha, y acompañada del choque de los sables, y el paso de las secciones, una música dejó oír la marcha triunfal de Schubert!

Entonces se oyó un grito terrible «¡A las armas!... ¡A las armas!... Los prusianos.» Y los cuatro hulanos que formaban la vanguardia, vieron á un anciano que asomado al balcón, vaciló, extendió los brazos y cayó. Esta vez, el coronel Jouve había muerto.

EL TRABAJO DE LOS NIÑOS. (1)

Hasta ahora los hijos son una carga para las familias que viven en las poblaciones, porque los padres tienen que mantenerlos hasta que se hallen en estado de ser útiles. Pero si algo producen desde pequeños su producto es mezquino, y comunmente á expensas de su salud y educación. Obligados los padres á optar entre las pequeñas utilidades que los niños acarrearán y la falta de educación, la ley terrible de la propia conservación les hace abrazar el primer partido.

En el campo, si tiene el último inconveniente, cuenta al menos con algunas ventajas en el primer caso; porque el campesino, desde que puede andar, y hacer uso de sus miembros, principia á ser útil á la familia.

El problema que hay que resolver es: proporcionar instrucción á los niños, sin que desatiendan sus trabajos.

Esto no puede conseguirse sino estableciendo escuelas en los campos. Pudieran ser ambulantes; pero además de lo tarda é incompleta que es la instrucción individual, tienen los inconvenientes del tiempo que pierde el maestro en ir de un punto á otro, el rigor de las estaciones y otras muchas impresiones.

Es necesario, pues, optar por la enseñanza fija en el centro del grupo más considerable de los caseríos.

Aun sería muy conveniente el establecimiento de colonias rurales de niños, de los que no tienen padres ni familia.

(1) Extracto de una obra inédita sobre la agricultura de nuestra provincia.

Esto, que á primera vista parece una utopía, se ha visto realizado en Suiza.

Sobre una montaña que domina á Maykirch, se estableció una pequeña colonia agrícola, formada de once niños huérfanos y abandonados, bajo la dirección de un instructor todavía joven, que era á la vez maestro de educación, director de las labores campestres, de los talleres, arquitecto, cocinero y padre espiritual del culto protestante.

Animados por la fe y el amor al trabajo, aquellos niños acarrearán los materiales necesarios para la edificación de la casa: ayudaron á construirla: la rodearon de una zanja profunda para librarla de los animales dañinos: plantaron sus orillas de árboles: labraron la tierra, que sembraron de patatas y otras plantas útiles: pusieron frutales.

El conde de Capo de Istria les envió una vaca, que les suministraba leche y estiércol. M. Felleberg les dió los instrumentos de construcción y de labranza.

La mayor parte de sus vestidos eran de telas tejidas por ellos: el resto lo recibían del pueblo inmediato, Hofwil, donde residía M. Felleberg.

La casa se compone de una cocina á la entrada, con una gran chimenea circular y varias escarpas en el muro, para colgar y secar la ropa.

Sobre la pieza de la cocina hay una sala que ocupa el ancho del piso bajo y la mitad del largo.

En medio está una gran mesa con diez cajones rodeada de bancos.

Un cierto número de libros están colocados en unas mesas pequeñas y fijas en la pared. Esta es la biblioteca.

En el testero hay un tablero negro para las operaciones aritméticas y otras relativas al cultivo, etc.

En un gran armario se guardan las prendas de vestido que han de relevar á las que están en uso, según las estaciones.

La sala está iluminada por tres ventanas; pero la luz se modifica por la techumbre, que según el uso del país tiene un arrojado de muchos pies sobre el plomo de la pared exterior de la fachada.

Una cuarta ventana cae sobre una especie de canaranchon destinado á leñera, pajar y útiles de labranza. Esta pieza está al abrigo de los vientos y del agua, por la figura indicada del techo.

En el fondo de la casa está el dormitorio, que consiste en doce lechos de paja, separados por tabiques paralelos en todo alrededor del muro. El pavimento es de tablas.

Esta pieza no recibe más luz que la necesaria para no tropezar con los objetos. Al mismo tiempo sirve de almacén de los útiles de hierro, á fin de preservarles de la humedad.

A uno de los costados del edificio se halla el establo de la vaca, abrigado por arriba por el granero y pajar, y abierto por cerca del techo, para facilitar la circulación del aire. En el mismo establo y con la debida separación, está el dormitorio de los puercos.

Cerca del establo se ve una fuente que suministra el agua para el consumo de la casa: sirve de abrevadero para los animales y riego del jardín.

Vista la casa del lado mas iluminado, se parece á una colmena y tiene varias ventanas guarnecidas de rejas. Los tres lados restantes están protegidos de todas las intemperies por el inmenso arrojado de la techumbre.

Estando el suelo del emplazamiento un poco inclinado del lado del Sud, Sudeste y Sudoeste, descubre á los ojos del viajero la vista de toda la cadena de montañas del Oberland, aquel inmenso panorama compuesto de neveras, de frondosos bosques, de campos y praderas de un verde deslumbrador, y surcado por las cristalinas aguas de l'Aar.

Aquellos sitios, en otro tiempo hollados solamente por los animales monteses que acudían á buscar su alimento, sirven hoy de mansion á los nidos arrancados á la corrupción de las ciudades, que cantan las maravillas de la naturaleza y los beneficios de la Providencia, que recompensa su trabajo.

La música representa un gran papel en la pequeña colonia; todas las tareas se ejecutan al son de coros, compuestos por el instructor.

Cuando los trabajos no se hacen en común, se señala á cada niño la tarea que ha de ejecutar diaria ó semanalmente.

Uno de ellos queda en la casa para atender á la limpieza, preparar la comida y alimentar los animales. Este servicio se hace por turno.

El cultivo del jardín se considera como un ejercicio recreativo.

En el mismo caso está la instrucción, que ocupa un lugar secundario después del trabajo. Y aun así, durante las lecciones, que en su mayor parte son orales, los niños ejecutan algunos trabajos industriales, relacionados con el cultivo y la vida campestre. La instrucción es aplicable á dichos trabajos y á los de agricultura: de este modo el trabajo y la instrucción se prestan mutuo apoyo.

Después de comer y continuando sentados en derredor de la mesa, el instructor propone varias cuestiones sobre agricultura é industria rural, y los niños emiten por turno y libremente su opinión sobre ellas.

Estos problemas se repiten en el mismo sitio del trabajo en los ratos de descanso. En uno y otro caso el instructor rectifica los errores ó aplaude el acierto.

El producto que más se cultiva es el de la patata, sin excluir por esto los frutales y otras plantas útiles.

Aquellos campos de tubérculos plantados por los niños, tienen una regularidad matemática, solo comparable á la exactitud con que las abejas construyen las celdillas de sus panales.

Para ello usan de cuerdas, haciendo los hoyos en línea, y la distancia de uno á otro se marca por la rama derecha de un árbol.

Todos los ejercicios se hacen á la voz del instructor, asemejándose alguna cosa á las maniobras militares.

La disciplina de esta colonia infantil es admirable, porque el trabajo es atractivo, y está fundado sobre el amor y el respeto que tienen á su director.

Por de contado, la religión es la base de la moralidad de las costumbres. Pero la religión no es allí una carga monótona y fastidiosa. Las oraciones son breves y variadas; siguiendo la inspiración del maestro y las necesidades de la vida. Ningún signo exterior la revela; el templo es la naturaleza, el culto está en los corazones, y para que estos estén siempre limpios de toda mancha, por las noches, antes de recogerse, se hace exámen público de conciencia, dando el maestro el ejemplo, confesando las faltas que haya cometido durante el día. Siguen los niños por edad, y si las faltas son de las que dañan á otros, el culpable no se recoge tranquilo si no obtiene el perdón del ofendido. Un abrazo es la señal de la reconciliación. Estas escenas excitan muchas veces las lágrimas.

En las largas y rigurosas invernales de aquel país los niños se ocupan en obras de mano y en la fabricación del queso y la manteca.

«Es verdad, lectores míos, que la relación que acabo de hacer tiene toda la apariencia de fabulosa? ¿Cómo es posible que haya podido formarse una colonia, esencialmente agrícola, morigerada y trabajadora, con once muchachos huérfanos y abandonados, once pilluelos de los que llamamos granujas, á los que consideramos incapaces de educación y moralidad? Y además, ¿dónde se encontraría un hombre que tuviera á la vez carácter religioso, fuese instruido en la educación primaria, en agricultura é industria rural, y tuviese por último vocación suficiente para confinarse en un campo con su pequeña grey?»

Juzgando nosotros por nuestras costumbres, nos parece milagrosa la colonia de Maykirch; pero nada hay más cierto que su existencia, según el testimonio de Haiber, del conde de Capo de Istria y de M. Felleberg; estos dos últimos protectores de la colonia.

Si se tratase de imitar en nuestra provincia el ensayo de Maykirch, sobran los muchachos huérfanos y abandonados que podrían formar una colonia de cincuenta individuos. Conozco además un hombre que reúne á su carácter religioso un corazón excelente, una fuerza de voluntad á prueba de contratiempos y desengaños, y con la instrucción necesaria para llenar su misión.

Que un rico propietario ó un ayuntamiento se desprenda del terrazgo necesario; que se presenten protectores para facilitar los medios de llevar á cabo esta obra patriótica y humanitaria, y yo respondiendo del buen resultado.—A. G.

(Del Diario de Cádiz.)

LA PEREGRINACION DE CHILDE-HAROLD, POR LORD RYXON.

Traducción de D. Gabino Serrano.

(Continuación.)

XXXV. ¡Oh bella España! País glorioso y romántico. ¿Qué se ha hecho el estandarte que tremolaba Peñay, cuando el traidor D. Julian, padre de la infortunada Cava, llamó á las hordas africanas, para teñir con sangre de los godos los manantiales de tus montes? ¿Dónde están los sangrientos pendones que flotaban por encima de las cabezas de tus hijos, hinchados por el soplo de la victoria y que rechazaron al fin á los invasores hasta sus propias riberas? Entonces la cruz brillaba con purpúreo esplendor. La pálida media luna se desvanecía ante ella, y los ecos africanos repetían los gemidos de las matronas árabes.

XXXVI. ¿Acaso no está lleno de tan gloriosas relaciones cada uno de tus cantos populares? Tal es ¡ay! la más grande recompensa del héroe. Cuando el granito cae reducido á polvo y la historia calla, la canción del pueblo suple los anales dudosos. ¡Orgullo! aparta tus ojos del cielo para bajarlos sobre tí mismo y observa cómo los nombres más poderosos van á refugiarse en una canción. ¿Un libro, un edificio, una tumba puede conservar tu grandeza? ¿Y osarás fiarte en la simple voz de la tradición, cuando ya no habla para tí la lisonja y la historia te desconoce?

XXXVII. ¡Despertad, hijos de la Iberia, despertad! ¡Adelante! Ahí está la caballería, vuestra antigua divinidad, que os llama; no tiene ya como antes la lanza manchada de sangre, y su penacho de púrpura no se balancea en el aire, Vuela ella, empero, sobre el humo de las detonaciones inflamadas y ruje como un trueno por la voz de los tubos de bronce. A cada estampido os grita: ¡Despertad! ¡Levantad! ¡Es acaso su voz más débil hoy que en otro tiempo, cuando su grito de guerra se dejaba oír en las playas de Andalucía?

XXXVIII. ¡Silencio! ¿No os temblar el suelo bajo el galope de los corceles? ¿No es el ruido del combate el que se escucha en la llanura? ¿No veis cuántas víctimas caen á los golpes del acero humeante? Corred, corred al socorro de vuestros hermanos antes que perezcan á los golpes de los tiranos y de sus esclavos. Los fuegos de la muerte, los fuegos que arrojan la bala mortal brillan en las alturas, cada detonación repetida de peña en peña anuncia que millares de víctimas han dejado de existir; la muerte cabalga en el esquileo sulfúreo; el genio de las batallas hierre el suelo con su pie tinto en sangre y las naciones oyen el estruendo.

XXXIX. ¡Vedle allá abajo! El gigante está en pie sobre la montaña, ostentando al sol su cabellera sangrienta; el rayo exterminador brilla en su mano de fuego; su ojo devora los objetos en que se detiene. Y ya rodando en su órbita, ya tiño, lanza á lo lejos sus relámpagos. La destrucción está echada bajo sus pies de bronce, observando el cuadro del azote, porque esta mañana tres poderosas naciones han chocado para depositar ante su altar la sangre, su ofrenda favorita.

XL. ¡Vive el cielo! ¡Hermoso espectáculo, para quien no tiene en él un hermano ó un amigo, ver mezclarse todas esas banderas cubiertas de bordados y todas esas armas que brillan al sol. Los ardientes sabuesos de la guerra han abandonado su perrera, alargan sus garras y ladran, siguiendo la pista á su presa. Todos toman parte en la caza, pero pocos se repartirán el triunfo. La muerte se llevará la más bella parte de la presa, y la carnicería, en su gozo, puede apenas contar el número de sus víctimas.

XLI. Tres ejércitos se reúnen para ofrecer el cruento sacrificio; tres idiomas elevan al cielo diversas plegarias; tres pomposos estandartes flotan sobre el pálido azul de los cielos. Se oye gritar Francia! España! Albia! Victoria! El enemigo, la víctima y un aliado que combate á favor de todos y siempre sin recompensa, se han dado cita aquí, como si no pudiesen encontrar la muerte en sus propios hogares. Todos vienen á alimentar los cuervos sobre la llanura de Talavera y á fertilizar el campo que cada uno de ellos pretende conquistar.

XLII. Allí es donde se romperán, ¡insensatas, aunque gloriosas víctimas de la ambición! ¡Si, el honor adorna el césped que cubre sus despojos! ¡Vano sofisma! no veais en ellos más que instrumentos tristes, instrumentos rotos que la tiranía arroja á su alrededor á millares, cuando quiere tapizar con corazones humanos su ruta criminal para conseguir... un sueño! En efecto, el yugo de los déspotas ¡es aceptado voluntariamente en alguna parte? ¡Hay algún ríñon en la tierra que puedan ellos llamar verdaderamente su dominio, á no ser aquel en que sus huesos deben al fin caer pieza por pieza?

XLIII. ¡Oh, Albuera, campo de gloria y de luto! En el momento en que nuestro peregrino impelía su corcel á través de la llanura, ¡quién podía prever que tan pronto serías el teatro donde tantos enemigos irían á triunfar y á morir! ¡Paz á los muertos! ¡Puedan ser por mucho tiempo su recompensa la palma guerrera y las lágrimas de los vencedores! Hasta que otros guerreros sucumban, guiados en otros lugares por distintos jefes, tu nombre, Albuera, reunirá en círculo la turba admirada, y los cantos del pueblo te concederán una gloria pasajera.

XLIV. Basta de hablar de los favoritos de Belona: que se diviertan jugando con existencias humanas y dando su vida por la gloria; esta gloria no reanimaría sus cenizas aun cuando cayeran millares de víctimas para ilustrar un solo

nombre. Verdaderamente sería lástima rehusar el objeto de su noble ambición á estos valientes mercenarios que arrostran la muerte para servir á su país, al que tal vez hubieran deshonrado si hubiesen sobrevivido, porque habrían perecido en alguna sedición intestina, ó siguiendo una carrera más oscura, se habrían entregado al bandolerismo.

XLV. Haroldo prosigue rápidamente su camino solitario, y llega á los lugares en que la orgullosa Sevilla reina aun independiente. Aun se encuentra libre esta presa codiciada por los invasores. ¡Ah! muy pronto la planta feroz de la conquista hollará sus calles y marcará brutalmente su paso á través de sus elegantes palacios. ¡Hora fatal! Es en vano querer luchar contra la ruina cuando la Providencia la envía á establecer en cualquier parte sus hambrientas hordas. Sin esta ley funesta aun estarían en pie Ilión y Tiro; la virtud hubiera triunfado y se hallaría abatido el vicio.

XLVI. Pero ignorando el destino que les amenaza los sevillanos solo se ocupan de fiestas, de cantos y de orgías, los placeres más refinados ocupan todos sus instantes y su patriotismo no vierte sangre por las heridas de la patria. En vez de los clarines de la guerra, se oye el son de la amorosa guitarra. La locura reina despietadamente; la lujuria, con ojos brillantes de juventud, hace su ronda de media noche, y el vicio paseando consigo los silenciosos crimenes de las grandes capitales se pega hasta el último momento á estos muros prontos á derrumbarse.

XLVII. No sucede así con el hombre de los campos; oculto cerca de su temerosa compañera pasea vagamente su vista entorpecida que no osa aventurarse muy lejos. Teme ver su viña devastada, destruida por el soplo fatal de la guerra. Ya no se oye el fandango agitar sus alegres castañuelas bajo los amigos rayos del astro de la noche. ¡Oh guerreros! si fueseis capaces de sentir todas las alegrías que turbais, no iriais á arrostrar las fatigas que cuesta la gloria, el son triste y discordante del tambor calearia y el hombre aun encontraría la felicidad en el mundo.

XLIX. Sobre esta llanura vasta y uniforme, cerrada al horizonte por rocas que coronan torres moriscas, el hierro de los caballos ha desgarrado y hollado el seno de la tierra y el césped está ennegrecido aquí y allá por las llamas. Estas señales anuncian que el enemigo ha invadido la Andalucía. Aquí estaba el campo, el fuego del vivach, la vanguardia; aquí el paisano intrépido ha tomado por asalto el asilo del dragón; aun os lo muestra con aire triunfante y os señala estas posiciones tantas veces ganadas y vueltas á perder.

L. Cuantos viajeros encontráis en el camino llevan en el sombrero la escarapela roja, signo que indica al que debéis acoger y al que debéis evitar. ¡Desdichado del que se presenta en público sin esa garantía de fidelidad! ahñado es el cuchillo, el golpe rápido y sería triste el fin de los soldados de la Galia, si el pérfido puñal, oculto en la capa pudiese embotrar el filo de la espada y disipar el humo del cañón.

LI. A cada recodo de la sombría Sierra-Morena las alturas están defendidas por una mortífera batería, y en toda la extensión que descubre la mirada del hombre se percibe el óbús de montaña, comunicaciones rotas, palizadas formidables, fosos llenos de agua, puestos bien guarnecidos, centinelas velando sin descanso, almacenes situados en la roca, caballos ocultos bajo cobertores de paja, balas apiladas en pirámide, y mechas constantemente encendidas.

LII. ¡Presagio infalible de lo que va á suceder! Pero el hombre que con una firma ha lanzado de sus tronos á déspotas más débiles que él, se detiene antes de levantar el brazo y se digna aun conceder un momento de espera. Pronto sus legiones allanarán todos los obstáculos y el Occidente reconocerá al azote del mundo. ¡Pobre España! cuán triste será para tí el día en que el bultre de las Galias desplegará sus alas y en que en vano querrás contar el número de tus hijos precipitados en tropel en la mansión de los muertos!

LIII. ¡Ah! ¡Será, pues, preciso que caigan todos, los más jóvenes, los más esforzados, los más valientes para saciar la fatal ambición de un orgulloso jefe? ¡Será fuerza escoger entre la esclavitud y la muerte, entre el triunfo de un bandido y la caída de España? ¿Puede la Providencia que el hombre adora consagrar semejante decreto y permanecer sorda á los clamores de los que suplican? ¡El heroísmo de un valor desesperado, la sabiduría de los consejos, el ardor del patriota, la pericia de los guerreros consumados, el fuego de la juventud, la intrepidez de la edad madura, todo, todo ha de ser en vano?

LIV. ¡Será por esto, oh vírgen de Iberia! que te has levantado, colgando de las ramas de los sauces la guitarra muda? ¡Será por esto que, olvidando tu sexo te has desposado con la audacia cantando los ardientes himnos de guerra y afrontado la batalla? La que se horrorizaba en otro tiempo á la vista de una pendencia y la que el grito de un mochuelo helaba de terror, contempla hoy sin temblar el centelleo de las bayonetas enemigas, desprecia los rayos del sable y huella con paso de Minerva la sangrienta arena que el mismo Marte no pisa sin estremecerse.

LV. Vosotros, los que os admiráis al estudiar su historia, ¡ah! ¡Si la hubieseis conocido en mejores tiempos! Si hubieseis visto sus ojos más negros que el negro tizú de su mantilla; si hubieseis oído sus alegres canciones en las reuniones de sus compañeras, contemplando las largas trenzas de su cabellera que desafía al

arte del pintor, su talle de hada, su gracia sobrenatural, os costaría trabajo creer que los muros de Zaragoza la han visto sonreír en presencia del peligro á manera de Gorgona, romper las filas del enemigo y conducir los guerreros por el peligroso camino de la gloria.

LVI. Cae su amante... y ella no vierte lágrimas importunas. Es herido el jefe... reemplázale ella en el puesto fatal. Sus compañeros quieren huir... ella los detiene en el camino de la vergüenza. Retírase el enemigo... dirige ella entonces una salida. ¿Qué mujer sabrá apaciguar como ella los manes de un amante? ¿Quién vencerá mejor la caída de un jefe? ¡Ved á la valerosa jóven inflamar el ardor abatido de los guerreros; vedla caer con furia sobre el enemigo disperso, que huye ante la mano de una mujer al pie de las murallas que él batía!

LVII. Las hijas de España no son, sin embargo, una raza de amazonas: fueron creadas para el amor y sus más dulces encantos. Si algunas veces rivalizan con los hombres en los combates y se lanzan en medio de la horrible pelea, esto no es más que la débil ira de la paloma hirviendo con el pico la mano del que amenaza á su esposo. En dulzura, lo mismo que en bríos, superan á las mujeres de otros climas, que solo saben charlar ó desmayarse: su alma es ciertamente más noble y sus encantos igualan, tal vez los suyos.

LVIII. Debe ser bien dulce esa barba graciosa en que el dedo del amor ha marcado un pequeño hoyuelo; esos labios que se adelantan como para dejar escapar una nidada de besos diciendo al hombre que para merecerlos es preciso mostrarse valeroso. ¡Cuánto es bella esa mirada de salvaje energía! ¡Esa mejilla, que, lejos de verse marchitada por los rayos de Febo, ha quedado más fresca todavía con sus besos amorosos! ¿Quién podría después, de haberla visto, apeteecer las pálidas bellezas del Norte? ¡Cuán pobres, secas, frías y lánguidas parecen sus formas!

LIX. ¡Climas que los poetas se complacen en ponderar! Harems de esa lejána tierra en que yo hago escuchar mis cantos á la gloria de las bellezas que hasta un crítico admiraría! ¡Mostradnos esas hurf, á las que apenas permitís respirar el aire libre, por miedo de que el amor llegue hasta ellas en alas del viento! ¿Podeis acaso, compararlas á esas hijas de España, cuya mirada es sombría y brillante á la vez? ¡Allí es donde yo encuentro el paraíso de vuestro profeta, con sus celestes vírgenes de ojos negros y de angelical dulzura!

LX. ¡Oh Parnaso! Ahora te contemplo, no ya en la abrasante visión de un sueño, no ya en las fabulosas descripciones de los poetas; hoy veo tus nevadas cumbres elevarse con severa majestad hacia el cielo natal. ¿Quién se admirará de lo que oso cantar en tu presencia? El más humilde de los poetas peregrinos que te ha visitado se complace en solicitar tus ecos para el ruido de sus acordes, aunque musa alguna despliegue hoy sus alas sobre tus cimas.

LXI. ¡Cuántas veces te he visto en mis ensueños! Porque ignorar tu glorioso nombre es ignorar el más divino privilegio del hombre; y ahora, que estás ahí delante de mis ojos, con vergüenza ¡ay! te ofrezco el homenaje de tan débiles acentos. Cuando recuerdo tus antiguos adoradores, tiemblo y puedo tan solo doblar la rodilla. No me atrevo á levantar la voz, ni os entregarme á un impotente vuelo; pero te contemplo silenciosamente bajo tu dosel de nubes, gozoso en pensar que al fin me es dado el verte.

LXII. Más feliz que tantos ilustres poetas encadenados por el destino á una lejána patria, ¿podré yo contemplar sin emoción estos sitios sagrados, cuyo espectáculo tantos ambicionan, aunque no lo conocen? Aunque Apolo no frecuente ya sus antros favoritos, y aun que la residencia de las musas sea hoy su tumba, yo no sé qué amables géneos frecuentan aun estos lugares, suspirando en el silencio, habitando el silencio de las grutas, y resbalando con pié ligero sobre la onda melodiosa.

LXIII. Pronto ¡oh Parnaso! debo volver á tí; pero en medio de mis cantos me he desviado de mi asunto para pagarte mi tributo, y he olvidado por un momento el sol, los niños y las vírgenes de España y sus destinos, que deben ser caros á todo corazón libre: todo lo he olvidado para saludarte, no tal vez sin derramar una lágrima. Ahora vuelvo sobre mis pasos, pero lléveme yo de tu santo retiro una reliquia, un recuerdo: permíteme que coja una hoja del árbol inmortal de Daine, y no quieras que la esperanza del que te implora parezca á los ojos de los hombres un elogio impotente.

LXIV. Pero ¡jamás, noble montaña! ¡jamás en la Grecia jóven aun, viste tú sobre tus crestas gigantes un coro de niñas más brillante! ¡Jamás Delfos, en los tiempos en que sus sacerdotisas inspiradas por el fuego inmortal cantaban el himno Pítho, contempló un cúmulo de vírgenes más dignas de inspirar amorosos cantos que esas hijas de Andalucía, criadas en la abrasadora atmósfera de los tiernos deseos; más ¡ay! que no disfrutaban ellas en sus selvas esa paz de que goza aun la Grecia aunque la gloria haya desertado de sus bosques de laureles.

LXV. Sevilla puede estar orgullosa de su hermosura, de su fuerza, de sus riquezas, de su renombre desde los más antiguos tiempos; pero Cádiz, en su apartada ribera reclama un elogio más dulce aunque menos glorioso. ¡Oh vicio, que de voluptuosos senderos tienen tus encantos! Mientras sangre juvenil fermenta en nuestras venas, ¿cómo escapar á la influencia de tu mágica mirada? Hidra con cabeza de querube, tú nos fascinas sin cesar, y tu forma falaz se acomoda á todos los gustos.

LXVI. Cuando Pafos sucumbió á los esfuerzos del tiempo (viejo maldito, la reina de todos los corazones también ha de ceder ante tí) los placeres desterrados buscaron un clima, como aquel, dulce, y Venus, fiel á sus costumbres natales; pero á ninguna otra cosa fiel, dignó fijar su residencia en las costas de Iberia. En tus blancas murallas fué oh Cádiz! donde ella erigió su templo, sin limiar, empero, su culto á un solo lugar, adoptando, por el contrario, mil altares siempre alumbrados en su honor.

LXVII. Desde la mañana hasta la noche, desde la noche hasta la hora en que el alba bruscamente despertada viene á contemplar, ruborizándose, la orgía del alegre bando, por todas partes se escuchan las canciones, doquiera se miran las guirnaldas de rosas; y las amables propuestas y las locuras, siempre nuevas, se suceden sin intervalo. Despidase por largo tiempo de los placeres tranquilos el que se albergue en estos muros: nada interrumpe la alegre bacanal; más, á falta de verdadera piedad, los monges que man el incienso: el amor y la devoción reinan juntos ó dominan frente á frente.

LXVIII. Llega el séptimo día, día de piadoso descanso: ¿cómo se le honra en esta cristiana tierra? Está consagrado á una fiesta solemne. ¡Escuchad! ¿No oís rugir el rey de las selvas? Hace pedazos las lanzas; aspiran sus narices la sangre de los hombres y de los corceles derribados por sus cuernos formidables: la arena cubierta de espectadores repite este grito: «¡Otra vez! ¡otra vez!» Una turba insensata se recrea en el espectáculo de entrañas palpitantes; los ojos de las mujeres no se separan ni muestran la tristeza.

LXIX. ¿Es este, pues, el día del Señor, el jubileo del hombre? ¡Oh Londres! ¡Cuán mejor conoces tú el día de la oración! Tus ciudadanos de domingo, tus artistas limpias las manos, tus gallardos aprendices van á tomar su porción semanal de aire respirable; carruajes de alquiler, *wheskeys*, cabriolé de un caballo, modestos *gigs* ruedan por los tumultuosos arrabales, y se dirigen hacia Hampstead, Brentford ó Harrow, hasta tanto que el pobre rocín se detiene aniquilado por las pulias envidiosas de la turba pedestre.

LXX. Algunas damas engalanadas vogan en canoas por el Támesis; otras prefieren, como á más segura, la senda accidentada; una parte de los paseantes ociosa la colina de Richmond; otros corren á Ware; pero la mayoría sube hasta Highgate. ¿Os diré yo por qué, sombras de la Beocia (1)? Es para adorar el cuerno sagrado que, ofrecido por la mano del misterio, recibe los tremendos juramentos de los jóvenes y las doncellas, juramentos consagrados por las libaciones y danzas que duran hasta el amanecer (2).

(Continuará.)

EL PASADO Y EL PRESENTE.

El fuego del Santo Oficio, que es la luz, la voz, la segur eterna é inexorable que ama el partido apostólico, la tribu peregrina del carlismo, y el fuego de la Común, que como el simoun del desierto pretende sepultarnos en polvo y humo, son dos hechos abominables—concluía diciendo ayer en mi primer artículo.

La tradición carlista y la *Internacional*, tienen muchos puntos de contacto. Si los partidos no se dan la mano—y hemos visto que se la han dado en las elecciones—las doctrinas, los medios, el fin, no se excluyen. Unos y otros manchan los sentimientos más nobles, profanan los nombres más respetados y respetables.

La una, invocando la santa naturaleza sacrifica todo, y á todo el que no piense y obre como ella, obra y piensa. La otra, llamando santa causa al divino derecho de la sagrada persona de su augusto amo y señor, maldice y conjura á todo el que no le rinda culto de homenaje y adoración. El uno, en nombre del trabajo, promete destruir al capitalista; el otro, en nombre del hijo parásito de la familia, que llamaba *noble*, sin duda por escarnio, selló de afrentosa ignominia la frente del trabajador, escarnio que aun guarda para el trabajo, que es la primera virtud, y por lo tanto, la nobleza por excelencia. La *Internacional* hace de la mujer una harpía, de la familia una tribu repugnante; la tradición carlista hizo una *cosa*, y algo más que en obsequio al carlismo y en gracia á la moral juzgó prudente no invocar ningún código. Para la *Internacional* y la tradición carlista, no hay más derecho

(1) Byron escribió estas estrofas en Thebas de Beocia, donde fué propuesto el famoso enigma de la Estinge.

(2) Alusión á una costumbre ridícula que se observaba en las posadas de Highgate: se presentaba á los viajeros un par de cuernos sobre los cuales prestaban el humorístico juramento de no abrazar á la criada cuando pudiesen hacerlo con la señora; de no beber mala cerveza cuando tuviesen cerveza superior, y otras fruslerías por el estilo.

que el derecho y el dogma con que los primeros acabau de estremecer al mundo; y el símbolo y el decálogo político que los segundos acatan es el de la barbarie oriental, de la degradación del Bajo Imperio y la Rusia de la aurora de este siglo.

Unos y otros, demagogos y carlistas, quieren regenerar el porvenir haciendo que la civilización retroceda, que el progreso humano se eclipse, que la luz de las ciencias y la ley se extinga, que la libertad se ahogue, sin duda para que, destruyendo estos principios civilizados, dejemos de pertenecer á los dominios de la inteligencia y volvamos al espectáculo de degradación de una nación salvaje.

La libertad, que tiene el culto de todo corazón levantado, tiene la maldición de los demagogos y la excomunión de los carlistas; la libertad, que es un presente del cielo, una cualidad del alma, hecho esencial de la inteligencia, una propiedad vital del espíritu... y es ante la moral el sublime atributo de la voluntad, el dominio soberano de la conciencia, el principio, la base y fundamento de la moralidad de las acciones humanas, es para carlistas y demagogos una ficción, un eco, un nombre digno de su execración.

Sin embargo, los carlistas, que no reconocen en nadie, ni aun en la nación, la competencia de gobernarse, y dando á los demás el sentimiento de la obediencia como un mandato de arriba, sobre todo á los de extracción *plebea*, y no reconociendo gerarquías, ni respetando nombres, y no concediendo más superioridad que el poder de la fuerza y la autoridad del privilegio, y, en fin, la omnipotencia del poder semi-divino de su sétimo druida; esos tradicionalistas, que quemarian los rollos de la ciencia y la ley por miedo á los hechizados, y entregarían al verdugo la cabeza de los liberales; este carlismo, que dice tener el derecho de mandarnos por derecho propio, como el jefe de la tribu nómada manda al rebano de sus camellos, este partido tiene la insigne audacia de decirnos que regiría los destinos del país con *verdadera libertad*. ¡Es tarde ya!

Los que, á Dios gracias, no hemos llegado todavía á aquel excepticismo que empieza rechazando el criterio de la razón humana para concluir negando la Providencia divina, sabemos en qué tiempos se engendró la idea extravagante y criminal que hizo odioso, vil é infame el trabajo, y se escarnecieron las instituciones que levantaron al hombre á la igualdad ante las leyes divinas y humanas; y tenemos un alto deber de publicar que nuestros carlistas, reduciendo las categorías á la fuerza y á la obediencia, nos darían la sociedad antigua; que distribuyendo las clases en opresores y oprimidos, nos volverían á la barbarie; que proclamando la desigualdad de los hombres y privando de elevar los ojos aun al cielo á los que no fueran de su secta, nos traerían la plenitud de aquel tiempo predicho por Milton: «No hay sociedad entre seres desiguales.»

En el rincón de mi cátedra, al aventar mis pobres pensamientos por medio de libros, no cobijo programas que la pasión política deifica, ni símbolos que como órgano de este ú el otro partido, á que debo ser extraño en tanto me siento en mi tribuna, levante como el líbano de su pensamiento, de su idea, de sus doctrinas. Yo, hoy por hoy, de nadie soy eco, de ninguna secta apóstol, y á nadie comprometo, á nadie obligo.

Pero la serie de hechos que señalé al principio, la cruzada de impostura que por todos los ámbitos vuela en alas de la prensa, sobre todo, de la oposición carlista, ha conmovido profundamente mi ánimo, me hace volver los ojos con pena, y dirigiendo sobre el país y la política que lo trabaja una mirada, estimo conveniente describir el velo del pasado para que vea la verdad y compare, y la opinión pública, bebiendo en fuentes puras, sea respetada y respetable.

Abro, pues, la historia; voy á leer en ella, y pretendo encontrar en este gran arsenal de la razón y de los acontecimientos, sobrados medios para hacer callar á los que, deificando lo *pasado* y maldiciendo lo *presente*, escriben una página afrentosa á la verdad histórica. He dejado ya sentado que nuestro siglo, enmudecido de todas sus convulsiones, ha excedido á todos en dignidad y grandeza; que ninguno ha subido tan alto; que

ninguno se ha apoderado más de la humanidad, impeliéndola en la senda de la civilización, y que ninguno ha escrito páginas más brillantes en los anales del hombre.

Comencemos por confesar que es un secreto de la Providencia; pero que es un hecho que el viejo mundo se eclipsa, se desploma, se hunde, y el nuevo se levanta grande y marcha majestuoso.

Si contara con espacio, si no me hubiera propuesto descorrer poco el cuadro de los acontecimientos que ha llorado el mundo tras de veinte lustros de revoluciones, diez y nueve de cristianismo, tres de ciencias y veintisiete de filosofía, que es la enseñanza más grande, la herencia más gloriosa de que haya sido depositaria civilización alguna, nadie que no haya jurado cerrar los ojos á la luz de la verdad, negar puede á nuestro siglo, al comienzo de su último tercio, el tesoro de cultura, grandeza y gloria sin par entre las épocas que ha consumido el tiempo.

La mansion del hombre no es la mansion de los ángeles, la tierra no es el cielo, y solo en el cielo podemos exigir perfeccion, pureza, acabada virtud; pero veamos las que atesora el siglo XIX entre las cincuenta que registran los anales de la humanidad.

Llámasse civilización á una alta atmósfera de ciencia, religion, moral, virtud, que respiran los pueblos en épocas determinadas; es la inspiracion levantada que, dulcificando las costumbres, levanta á la humanidad, y que ilustrando los espíritus los eleva más y más hácia sus destinos en el tiempo y aun más allá del tiempo. Es el lábaro que guía á todas las naciones cultas, y á cuya sombra ahuehan reposar todas; es, en suma, la égida sagrada que une á los hombres con lazos de amor universal.

¿Y quién duda que es un hecho altamente glorioso á la humanidad la civilización, cuya atmósfera respiramos? ¿Cuándo ha ostentado la criatura racional más grandeza moral, intelectual y material, que en nuestra época, que llena cual nunca la mision escrita en el libro más sublime que han venerado las generaciones?

Levantad el sudario que cubre aquellos tiempos en que, á pesar de sus grandes hombres del Liceo, del Pórtico, de la Academia, se santificaba el crimen, se diviniza á los verdugos de la humanidad, se prodigaban los tremendos sacrificios, y en que las madres degollaban á sus propios hijos; y decidme si vosotros, nacidos en la civilización moderna, podéis ni siquiera concebir tanta ni tan estúpida abyeccion.

Tended una mirada retrospectiva sobre los acontecimientos de la caída del imperio romano; recordad la sociedad tal cual salió de aquellas ruinas; vedla enemigo de espantosas revoluciones invocando el puñal y la pólvora por espacio de quince siglos; y si teneis valor para cerrar los ojos á la luz de la verdad, para negar la evidencia, para apostrofar á los testimonios irrecusables de la historia, preparaos á la santa mision de sacrificar la verdad á la mentira, lo bueno á lo malo, la virtud al crimen.

Si humanizar el géneo es divinizarle, la causa del presente contra el pasado es demasiado buena para que tema el combate con los tiempos que fueron para no volver.

En el campo de las ciencias exactas y físicas y sus aplicaciones, ¡qué sombras, qué noche, qué muerte, antes y en los tiempos de la restauracion literaria; qué armas tan pobres, tan miserables, tan miserables como las que hundió en el ridículo el héroe de Cervantes! ¡Qué grande sería la alquimia de Paracelso enfrente de la química de nuestros Dumas y Liebig; la astronomía de los siete planetas con la de Arago y Leberrier; la historia natural de Plinio contra la de Cuvier! Y con este paralelo y el afecto á aquellos tiempos, defended, carlistas, las ciencias de los hijos del centro de Africa contra las ciencias de que nos hacemos hoy partidarios: esa es su mision, esa vuestra gloria; gloria y mision de que están revestidos aquellos tiempos corrompidos, degradados y venales. Sabeis que estamos llenos de triunfos pacíficos, triunfos que enaltecen la inteligencia y pasan la imaginacion; y triste mision la mision de negar estos hechos providenciales.

Las artes modernas llenan el mundo,

y todos han mirado asombrados en esos mercados universales, en mil y mil formas, obras que bastan á llenar de gloria nuestro siglo. Y esta época, que tales prodigios arroja y tales maravillas construye y fabrica, no se la puede comparar con aquel pueblo que temia dar un paso por no formar una comandita con algun genio maléfico, con alguna bruja en valimiento con el diablo; pero pueblo que en cambio se arrojaba á la piscina ó servía de dogo privilegiado del castillo feudal, afrenta y baldon de la dignidad humana.

Si nos provocais, empero, al campo exclusivo de la moral, de la sana moral y las costumbres, os presentaremos en pocas palabras los títulos que nos honran, títulos sin igual en los fastos de la historia. Porque nosotros hemos levantado al hombre de una vil degradacion en que yacia embrutecido en aquellos tiempos por que llora el carlismo; hemos mejorado las instituciones, humanizado las leyes, desterrado las bárbaras pruebas llamadas sacrilegamente «Juicios de Dios», mitigado el rigor de penas abominables, abolido el tormento que deshonraba los códigos, evitado á la humanidad las lágrimas de sangre que consumian atizadas por otros hombres, invocando la ley del que impuso por precepto el amor, la caridad, el perdón; y hemos arrancado tanto horrible y criminal abuso, que nuestra educacion, civilizacion y cultura huye con la mente aterrada de tanto crimen y de tan afrentosas inspiraciones.

¿Por qué ni para qué he de esforzarme, pues, en probar que en la historia de la humanidad no hay siglo, época ni trayecto más glorioso que el tiempo que atravesamos?

No pretendo remontarme á los tiempos bíblicos para leer en los libros santos el azote de Dios sobre la universal corrupcion de costumbres: me basta recordar los reyes y emperadores romanos, que casi todos subian al trono tintas las manos en sangre humana, y despues de agotar los horrores de la maldad, descendian por las gradas del crimen.

No necesito comentar el fuego de Dios consumiendole las ciudades; el espectáculo de las proscripciones de los triunviros; aquellas venganzas que borran los últimos destellos de la humanidad; guerreros que, inmolando todo lo más grande y bello del género humano, proclamaban su deificacion; la manatza de la tribuna de las arengas; el bárbaro degüello de legiones enteras los dos talentos con que se premiaba al esclavo que mataba á su señor, el hijo á su propio padre; los decretos fulminados aun contra las generaciones; el templo de Jano siempre abierto; los sacrificios ofreciendo en holocausto á los ídolos que sellaban de ignominia la hechura del Criador, y de afrentoso baldon á los hombres y las costumbres de aquellos tiempos.

Cedo tambien á los que invocan nefandos dias el furor ciego, estúpido, de aquellos espíritus que, cubiertos con la más terrible supersticion, aplacaban á sus dioses con el lectisternio, las saturnales y mil otras ceremonias que revelan la profunda depravacion, cuyo solo recuerdo conmueve nuestros corazones, inecidos en el seno de una moral más pura, de una civilizacion más digna, grande y pura, y de la religion más santa y divina. Defended, pues, apóstoles de aquellos dias, las piras del sacrificio que humeaban con el inocente niño, con el ángel de candor é inocencia, ó con el anciano venerable y desvalido; cobijad tambien bajo la égida de vuestra defensa á los augures estudiando en las entrañas, aun calientes, de ángeles de amor y pureza; al liberto degradado, al siervo confundido con el bruto; y despues venid, clamad, apostrofados porque hemos sabido hacer del derecho y la justicia un santuario inviolable, y porque enseñamos y practicamos las verdades divinas que, levantando á los destinos gloriosos de la humanidad, á los ojos de Dios como del César profesamos la filosofía que no conoció Platon, que confundia á los sabios de la Grecia, y la uncion santa que no descubrió Sócrates ni las celebridades filosóficas del Liceo y del Pórtico.

Pero si la defensa de los adeptos de Carlos el alemán, del que se titula de que de Madrid como yo pudiera titularme de Jáuja, Bombay ó Melilla, no se remonta á los primeros siglos del cristianismo,

tiempo de horrendos suplicios, ni á la Edad Media, noche feudal de dolorosa memoria, y en que hay leyes cuyo solo nombre proclama la corrupcion más desenfrenada y las costumbres más abyectas, cínicas é inmorales, vengamos á épocas y acontecimientos posteriores; que por doquier la consoladora creencia que profesamos nos presentará ventura y gloria al comparar la civilizacion actual con las condiciones sociales y políticas de tiempos que pasaron porque plugo al cielo que pasaran.

Convicción profunda acompañaba al inmortal Balmes cuando exclamó: «El mundo marcha: quien se detenga será aplastado, y el mundo continuará marchando.» Y no será difícil esta prueba. En esa serie de etapas que vamos registrando, la cosa pública moral y social ha sido ridícula, si no fuera horrible, y en la que un ídolo ante el cual todo se prosterna y humilla, ídolo del carlismo, ídolo de sangre, divisa del crimen, nombre fatidico ante el cual habria que seguir inmolando ley, derecho, justicia, como garantía, fortuna y vida; porque frente á su imperio brutal, odioso, opresivo y repugnante callaria todo, como calló en los dias de su reinado la santidad de la justicia y de la libertad numanas.

A. A.

LA TRATA DE CHINOS.

En su número correspondiente al día 29 de Julio, publica el Times un extenso artículo, del que vamos á extraer los principales párrafos, y que comienza con la siguiente importante á la par que lamentable declaracion:

«Ha sido presentada recientemente á la Cámara de los Comunes una coleccion de documentos que atestiguan la existencia en la parte meridional del Océano Pacifico de un tráfico cuyos horrores solo pueden ser comparados con los originados por la trata de negros en su fase más repugnante.

Parece que existe, hace tiempo, un tráfico constante entre ciertos puertos europeos de la China y la costa occidental del continente Suramericano, que consiste en proveer á las repúblicas de aquel litoral, especialmente de la del Perú, de braceros chinos, los cuales, aunque embarcados en calidad de trabajadores asalariados y voluntarios, son maltratados por sus amos y se ven reducidos á la triste y desamparada condicion del esclavo.

Pero no es de las manos de los agricultores peruanos que reciben estos chinos el más cruel tratamiento, aunque en los documentos presentados á la Cámara inglesa se citan varios actos de barbarie cometidos por aquellos en las personas de sus trabajadores chinos; por ejemplo, el de haber sido herrados gran número de estos en un ingénuo cerca del Callao; actos, en verdad, que luego han sido desmentidos ante los tribunales peruanos; el mal, como declara el encargado de Negocios de la Gran Bretaña en Lima, está en el odio con que miran á los chinos las clases bajas en el Perú, odio que ha dado lugar á escenas lamentables y actos de brutal violencia.

Por dos veces se ha dado caso ya de que la plebe haya cogido y quemado á varios chinos, y como dice muy bien el representante inglés, la frecuente repeticion de semejantes demasías por parte de aquel populacho, llegaría á colmar de indeleble oprobio á una república cristiana y civilizada.

Una enérgica queja dirigida por el cónsul general de Portugal en Lima al gobernador de Macao, en cuya colonia portuguesa embarcan sus cargamentos de seres racionales los que á tan infame tráfico se entregan, ha puesto término por ahora á esa trata disimulada.

Que la suspension de este tráfico no es inoportuna, lo demuestran, aun más que los actos de violencia cometidos con los chinos en los ingénios y pueblos peruanos, las crueldades de que son víctimas durante el viaje. Las grandes precauciones que toman los capitanes de los buques en que van embarcados estos chinos, por sí solas atestiguan la poca semejanza que existe entre ese tráfico y el trasporte lícito de emigrados voluntarios. Y estas precauciones son de todo punto indispensables; pues si los chinos llegan alguna vez á imaginarse que han sido engañados, y en lugar de ser conducidos á los ingénios y á ser empleados en ejercicios sanos, van á ser alistados en el fatal servicio de los traficantes en guano, tan perjudicial para la salud, no vacilan en emplear, con ese desprecio de la muerte tan comun en las razas orientales, los medios de venganza que más á la mano se encuentran.

Por regla general, quedan, durante todo el viaje, encerrados en la bodega del buque, custodiados por centinelas armados, y no se les permite pasearse en cubierta, sino en número de 12 hombres á la vez. Pero hay ocasiones en que toda vigilancia es poca, y logran vencer á sus guardias y apoderarse del buque, como sucedió en el mes de Octubre próximo pasado, á bordo del buque *Nouvelle Penelope*, que, navegando bajo pabellon francés, conducía un cargamento de 300 chinos de Macao al Callao. Estos se su-

blevaron, mataron á la mitad de los tripulantes y obligaron á la otra á hacer rumbo con el buque hácia el punto de donde habian salido. Al echar pié á tierra, se dispersaron por el país los chinos; pero fueron capturados luego en Macao la mayor parte, y para evitar el escándalo de un informe sobre el terreno, las autoridades portuguesas los entregaron al cónsul francés. Al ser interrogado el Gobierno de Lisboa por el representante del de la Gran Bretaña acerca de este trágico acontecimiento, afirmó aquel que los chinos no fueron engañados, que no recibieron ni malos tratamientos, ni provocacion de ninguna especie, y que la captura de la *Nouvelle Penelope* no fué sino un acto de piratería.

Sin embargo de estas declaraciones, la conducta de la tripulacion de la *Nouvelle Penelope* no parece haber sido tan comedida como lo quisiera dar á entender el Gobierno portugués. A lo ménos en un despacho dirigido por el cónsul inglés M. Robertson al *Foreign Office* en el mes de Abril próximo pasado, se dá cuenta de las crueldades increíbles cometidas por el comandante y la tripulacion de la *Dolores Ugarte*, cuyo buque salió de Macao con un cargamento de 608 chinos, próximamente en la misma época en que sucedió el hecho de que damos cuenta arriba. Los padecimientos, la bárbara crueldad con que fueron tratados estos chinos por los tripulantes de la *Dolores Ugarte*, excede á toda ponderacion. En la bodega, en donde estaban encerrados y custodiados por marineros armados, á cada hombre no le correspondia más que un espacio de 16 pulgadas. No es menester decir cuál sería el estado de la atmósfera que respiraban esos infelices en su lóbrega prision, de donde no les fué permitido salir hasta que varias enfermedades empezaron á hacer estragos entre ellos. Muchos buscaron alivio en la muerte arrojándose al agua; pero ni aun así lograron apagar á aquellos bárbaros marinos, los cuales, abusando de la desesperacion de sus víctimas, tomaban codiciosos los pesos que los chinos moribundos les ofrecian por las barras de las escotillas en cambio de una copa de agua.

En Honolulu hizo escala el buque con objeto de desembarcar á los moribundos y enfermos ya invendibles. En suma: en las tres semanas que tardó la *Dolores Ugarte* en hacer la travesía, murieron 270 de estos desventurados.

Desde la fecha con que remitió su último despacho á Inglaterra el cónsul de Canton, otra hazaña, aun más horrible si cabe, ha sido llevada á cabo por el mismo buque.

Desde su desastroso viaje del año pasado, arriando el pabellon de la república del Salvador, é izando la bandera peruana, y trocando su primitivo nombre por el de *Don Juan*, esa malhadada nave, reparada y embonada en el puerto de Hon-Kong, volvió á Macao por otro cargamento de chinos, los cuales, al parecer, fueron embarcados y sacados á viva fuerza de las baracas portuguesas. Fueron custodiados con más vigilancia aun que sus predecesores. Pero todo fué en vano. El día 4 de Mayo salió el *Don Juan* del puerto de Macao. Dos dias despues estalló un incendio á bordo de él; no se sabe si casualmente ó por obra de los chinos, que probablemente apelaron á este recurso como único remedio á sus males. En vano hizo la tripulacion todos los esfuerzos imaginables por sofocar las llamas; el fuego cundió, y el capitán y su gente se embarcaron en las lanchas.

En tanto los chinos habian permanecido encerrados en la bodega medio sofocados por el humo.

Al dejar el buque, á uno de los marineros se le ocurrió hundir con su hacha una de las escotillas; pero era imposible que todos pudiesen salir á tiempo.

Los más próximos á la abertura pudieron subir á la cubierta y arrojarse al agua, salvándose algunos pocos. La mayor parte de ellos, es decir, más de 600 hombres, perecieron en las llamas.

Despues de relatar estos terribles hechos, el Times termina diciendo que tales actos de barbarie son inherentes é inseparables de esta clase de tráfico, que, con gran descrédito del Gobierno portugués, fomentan las autoridades de Macao. Verdad es que el gobernador Da Souza, que el año pasado no juzgaba censurable dicho tráfico, lo acaba de prohibir, horrorizado sin duda por el funesto fin del buque *Dolores Ugarte*; y á mayor abundamiento, el periódico citado excita al Gobierno inglés á que intervenga en este asunto y exija del Gobierno portugués que ponga fin para siempre á tales desórdenes, que no solo lastiman el honor á los mismos portugueses y á la humanidad entera, sino que acabarán por hacer odioso, aun á los chinos más benévolos, el nombre extranjero, con gran detrimento de los intereses europeos en aquellas apartadas regiones.»

ANÉDOTA HISTÓRICA.

Flacos de memoria ó escasos de estudios andan los que juzgan que es la libertad planta reciente en nuestro suelo, y que nuestros antepasados vivieron por largos siglos á la merced de despóticos señores, respetando sumisos su voluntad apasionada ó sus caprichos. Nuestros viejos tiempos forales abundan en pruebas de la brava energía con que los más oscuros ciudadanos defendian sus derechos, haciendo doblar ante la ley las más rebeldes voluntades. Aficionados nosotros á la lectura de las crónicas de aque-

llos tiempos, hemos creído oportuno reproducir una anécdota histórica que sirva de enseñanza á las presentes autoridades municipales con el ejemplo del tesoro que mostraban hace cuatro siglos sus antecesores los magníficos jurados de Valencia.

Corría el año 1496: reinaba en Aragón y Castilla el prudentísimo Fernando el Católico, y concedida estaba su lugar tenencia en nuestro reino con las amplias atribuciones de virey, á su próximo pariente D. Enrique de Aragón, duque de Segorbe, y uno de los magnates más poderosos y de más duro carácter de aquellos tiempos de hierro.

Con el nombre de *sisa de la carne*, tenía establecida Valencia una fuerte contribución de consumos sobre todas las reses que se mataban para el abastecimiento de la ciudad, y el virey Don Enrique de Aragón, creyéndose dispensado de satisfacer ese impuesto general, hacía que su despensero comprase la carne en los pueblos de la huerta y la introdujese en el palacio del real, donde se aposentaba, contra la voluntad y á despecho de los guardas de la *sisa*, que á tales infracciones se oponían.

Sabedores del atropello los magníficos jurados, acudieron primero reverentemente al virey, manifestándole las quejas que su irregular conducta motivaba; pero la respuesta altiva que recibieron, y la reincidencia de las infracciones, les hizo comprender la necesidad de obrar con energía dentro del uso de sus facultades legales.

Por expresa orden suya, los guardas de la *sisa* decomisaron en la mañana del 24 de Agosto, día de San Bartolomé, dos carneros que el despensero del duque de Segorbe traía á Valencia desde Mislata, y los jurados dieron orden para que la carne de dichas reses fuese distribuida á los pobres y enfermos del hospital general.

No se contentaron con eso, sino que citaron al infante para que el jueves siguiente, día de tribunal, compareciese á pagar la pena en que había incurrido por quebrantamiento de las disposiciones municipales.

Ni el virey, ni criado ó caballero de su casa, compareció, por lo que sentenciado en rebeldía, se expidió apremio y embargo.

Tales proporciones tomó este conflicto, y tan obstinado se mostraba el infante en menospreciar los privilegios de la ciudad, que los magníficos jurados acordaron acudir en queja al rey Don Fernando, exponiéndole el agravio que su lugar-teniente hacía á las prerogativas de Valencia, y aquel monarca, tan celoso del prestigio de la autoridad como de la estricta observancia de la ley, no obstante los gravísimos asuntos que á la sazón le ocupaban, hizo pronta y cumplida justicia á la reclamación de los jurados, enviando á los mismos un orden para que ellos personalmente la entregasen al infante, y en la que, recordando que cuando el rey y la reina doña Isabel y el príncipe heredero estuvieron en Valencia se sujetaron y cumplieron exactamente los fueros de la misma, pagando todos los impuestos y *sisas* que la ciudad tenía establecidos, mandaba terminantemente al virey que no solo satisficiera en adelante con toda escrupulosidad el impuesto sobre la carne que introdujese, sino que pagase además la *sisa* correspondiente á toda la que había introducido con infracción de la ley.

Así tuvo que cumplirlo el duque de Segorbe, próximo pariente del monarca, en aquellos remotos siglos, que hoy casi miramos como bárbaros. Satisfecha quedaria Valencia si los jurados de ahora conservasen con una prudente energía tan incólumes los derechos de la ciudad como los conservaron aquellos oscuros y olvidados compatriotas nuestros del siglo decimoquinto.

(Las Provincias.)

JOYAS Y ALHAJAS.

ó SEA

su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por M^{sd}. de Barrera, y traducida directamente al castelano por

J. F. y V.

(Continuación.)

Se puede juzgar de la prosperidad é importancia de esta capital (Anarajhpoora), por

consecuencia de aquel comercio, con solo decir que su circuito pasaba de sesenta millas. Después de la ruina de Roma, Ceilan declinó rápidamente, y del emporio que era del comercio en Oriente, descendió otra vez al estado de barbarie del que se había elevado algún tanto en su comunicación con los persas y romanos. Los tumultos interiores, el hambre, y por fin, el imperio de la espada, redujeron la isla al estado de abyección en que la encontraron los portugueses á principios del siglo xvi.

Las ricas procedencias minerales de Ceilan no han experimentado hasta ahora ninguna decadencia, pues se traen aun de aquellas minas grandes cantidades de pedrería. Las más estimadas son el rubí, el zafiro y la amatista: el rubí que se encuentra allí es muy fino, si bien se tienen por mejores los de Pegu. El zafiro es la más abundante de las hialinas corindones, y el azul se le encuentra á veces de grandes dimensiones. El zafiro negro es poco común, y se le halla siempre de muy reducido tamaño. Una de las piedras más admiradas de Ceilan es el *asteria* ó *pedra-estrella*, preciosa y singular variedad del zafiro, de un color azul gris oscuro, que expuesta á los rayos de una luz intensa presenta una estrella compuesta de seis hermosos rayos blancos, en cualquiera posición que se la mire. Los mejores *ojos de gato* son los que se encuentran en aquella isla, y su verdad los únicos que merecen un gran precio. El topacio nativo circula comúnmente bajo el nombre de «zafiro blanco y zafiro de agua»: es generalmente blanco, azulado y amarillo, muy deteriorado comúnmente á causa de las rozaduras: en estado de perfección es sumamente raro. La variedad purpúrea en la amatista es rara también, pero más aún la verde. El granate común es muy abundante, pero en ejemplares pequeños y susceptibles de descomposición. El granate precioso escasea, y no es de buena calidad. La piedra de Ciamomo, que es una especie de granate basto, es peculiar de aquella isla. Se le encuentra á veces en grandes masas, pero con más frecuencia en fragmentos irregulares.

El cristal de roca se presenta en abundancia macizo y cristalizado, de varios colores y en grandes masas. La piedra conocida por diamante *matura*, no es más que un cristal fino, de la que apenas hacen aprecio las personas ricas. Las perlas más finas se pescan en los lechos de ostras de aquella costa. Los Chingaleses, como todos los indios orientales, son muy apasionados por las joyas, y los más ricos de entre ellos emplean sumas increíbles en la adquisición de las más raras, de manera que á los mercados extranjeros solo vienen las inferiores.

Tomamos de un viajero moderno la siguiente noticia acerca de los joyeros ó más bien lapidarios de Ceilan: «Se agachan en cuclillas debajo de un cobertizo ó sombrero enfrente de su casa, y tienen delante de sí un torno toscamente construido, que se eleva algunas pulgadas del suelo. En un extremo del eje tiene fijo en sentido vertical un disco de hierro ó acero de ocho pulgadas de diámetro, poco más ó menos, que se pone en movimiento por medio de un manubrio de bambú de cuatro pulgadas de largo, en el que emplean la mano derecha, mientras la izquierda aplica y sostiene fuertemente contra la rueda la piedra que ha de ser cortada, entre el dedo pulgar y el índice. Una especie de esmeril de zafiro basto humedecido con agua es el único intermediario de que hacen uso para tallar la piedra. Un lapidario, que me pareció honrado, me dijo que los llamados «diamantes de Ceilan» son una especie de turmalina hervida por algún tiempo con aceite de coco antes de cortarlos, con lo que adquieren su transparencia. Un compañero de viaje vió desde el buque á uno de aquellos joyeros labrando zafiros blancos de los cascos de una botella y de un frutero de cristal.» (1)

Actualmente las principales minas de ágatas orientales se hallan en la pequeña capital de Rajpepla, en la provincia de Gujerat, á catorce millas de la ciudad de Broach, donde se las trabaja en diferentes formas para dijes y adornos, que se exportan en grandes cantidades á otros puntos de la India y á Europa, por lo que sin duda los joyeros los llaman «brooch».

La cornalina oriental viene de las Indias Orientales, de la Arabia Petrea, la Persia y el Egipto.

El girasol oriental ó argentino se encuentra en el Asia Menor.

El ópalo oriental ó de lentejuelas, es originario de Ceilan. Los ópalos negros, que son muy raros, se encuentran en Egipto.

La turquesa verdadera se explota en las minas de Ausar cerca de Nishapoor, en Khorassan (el mismo lugar llamado Nichebourg en los viajes de Tavernier). Todas las personas autorizadas convienen en asegurar que aquellas minas de turquesas son las únicas que existen en el mundo: las piedras varían del azul pálido al verde y blanco, pero el primero es el único estimado. Se atribuye á la turquesa una propiedad que se hace creíble desde luego atendida la naturaleza del mineral, pero que no ha sido observada en Europa, y es que cambia su verdadero color azul de turquesa, cuando se la coloca junto al almizcle ó al alcanfor, y también con la humedad y el calor del fuego.

Las turquesas de inferior calidad se descoloran sin necesidad de aquellas causas, por descomposición que se obra en ellas gradualmente, ó por eflorescencia. Se la encuentra en piezas semi-esféricas; la mayor, del tamaño de una nuez, incrustada en una arcilla ferruginosa que

llena las hendiduras, en terrenos cuya naturaleza es poco conocida, pero que parece pertenecer al esquisto silíceo. Los fragmentos grandes no suelen ser puros. En Moscow se vende en partidas de 1.000 fragmentos, del tamaño de los guisantes, á cinco rubios la partida.

Cuando las conquistas de Méjico y el Perú se llevaron el movimiento del tráfico del Oriente al Occidente, ningún artículo de comercio experimentó una revolución mayor que las piedras preciosas por consecuencia de aquel acontecimiento. Los comerciantes contemplaban consternados y llenos de admiración las continuas é inmensas remesas de pedrería que se hacían de aquellos nuevos territorios, superiores asimismo en la belleza y calidad á cuanto se había visto hasta entonces. Lo que refieren los contemporáneos de aquella época, demuestra que aquella sensación que produjeron no carecía de fundamento. Pedro Rosnell, en su *Mercurio de la India ó el Tesoro de las Indias*, que se publicó en 1684, ocupándose de la inmensa cantidad de esmeraldas que venían del Perú, refiere que cierto español que había permanecido algún tiempo en Cuzco mostró en Italia una esmeralda á un lapidario diciéndole le dijese su valor. El lapidario la evaluó en cien ducados, y al oír esto el español le enseñó otra mayor, que la tasó en tres tantos más. Admirado de esta diferencia y esperando vender todas las que poseía en la proporción de aquellos precios, invitó al lapidario á acompañarle á su casa donde le enseñó una grande arca llena de esmeraldas, que una con otra podían estimarse á cincuenta ducados cada una. El lapidario, sin embargo, al ver tan enorme cantidad de esmeraldas y partiendo del principio de que el valor de la pedrería está en razón inversa de su abundancia, cambió de opinión instantáneamente y solo ofreció una corona por pieza.

Corroborando la creencia que existió antiguamente, respecto á que esta piedra *nace blanca*, y que vá madurando su hermoso color verde en la mina, el mismo autor nos dá noticia de una esmeralda singular que un peruano aseguró haber visto en la provincia de Cuzco. Dos esquinas de la piedra eran de un hermoso color verde y el resto blanco puro. El rey de España, Felipe II, manifestó gran deseo de poseer este fenómeno; pero desgraciadamente su dueño, en el error de que aquella extrañeza podía ser un demérito para la piedra, mandó cortar y redondear su parte blanca.

Entre el botín que obtuvo Hernán Cortés en la provincia llamada Castilla Dorada, se encontraron cinco esmeraldas que fueron tasadas en cien mil coronas. La primera fué tallada en forma de rosa con sus hojas; la segunda era un dije; la tercera representaba un pez; la cuarta una campana con una perla de forma de pera por badajo; y finalmente, la quinta, era una copa, por la que un lapidario genovés ofreció 40.000 ducados.

Imenso fué el número de esmeraldas que cayeron en poder de los conquistadores del Perú, y muchas de ellas superiores en extremo; se hace mención de una del tamaño de un huevo de pichón. En el templo del Sol se encontró un número de ellas considerable, y cuando Atahualpa, el inca, cayó en poder de los españoles, llevaba un collar de esmeraldas de muy buen brillo y de gran tamaño.

Desgraciadamente, uno de los frailes dominicos que formaban parte de la expedición, persuadió á los soldados que las verdaderas esmeraldas eran las que no podían romperse, y en esta creencia un gran número de aquellas preciosas piedras fueron destruidas en la prueba que se hizo de su bondad entre el yunque y el martillo. Es probable que el dominico no sujetara á esta prueba las que él poseía, y se supone que su enseñanza á los soldados no fué del todo desinteresada, sino con el objeto de introducir la depreciación en las piedras y poder adquirirlas en gran cantidad por poco dinero.

Por espacio de más de dos siglos, el único país conocido como productor de esmeraldas ha sido el Perú, esto es, Santa Fe y el valle de Junca, que es donde se las halla. Los monarcas indios las obtenían del tan celebrado río de la provincia de Quito, llamado de las Esmeraldas, por las minas de estas que existen en sus márgenes.

Existe una singular analogía entre las supersticiones antiguas y modernas del antiguo y nuevo mundo. La creencia de que los demonios, los grifos ó malos espíritus guardan los tesoros de las minas de esmeraldas, está tan arraigada hoy día entre los indios del Perú, como en los tiempos de Plinio respecto de las minas de la Escitia, y como actualmente entre los árabes á las inmediaciones del monte Zabarán. Steevenson, hablando de la mina de esmeraldas próxima á «Las Esmeraldas», dice que nunca quiso visitarla á causa del miedo supersticioso de los naturales, que le aseguraban estaba encantada, y guardada por un dragón que lanzaba rayos y truenos contra los que se atrevían á ascender por el río. (1)

Durante algún tiempo se creyó que se habían agotado las minas de esmeraldas del Perú, pero hará cosa de veinte años que M. Menton, jefe de una de las más vastas casas de comercio de París, recibió algunas preciosas muestras de la América del Sur, que fueron bastantes para resucitar el tráfico de las esmeraldas, que despues ha continuado sin interrupción M. Carlos Achard.

Sin embargo, las minas de esmeraldas que abastecieron á los antiguos mejicanos y peruanos, no hemos alcanzado á conocerlas. Se supone por conjeturas que las explotaban en la sec-

cion de las cordilleras, que corriendo de Nordeste á Sudoeste, separaban la no aun explorada tierra de los Caudones (lacaudones ó caribes) de la provincia de Chiapas. Cuando Las Casas intentó convertir á los caudones, que le recibieran con la deferencia debida á su respetabilidad, los españoles que en escaso número le acompañaban, les compraron en bruto ó toscamente talladas las mejores esmeraldas que jamás se hayan podido ver en Europa.

En las provincias de Guanajuato, al Noroeste de Méjico, y en la provincia de Oajaca al Sudoeste, se encuentran muy buenas turquesas.

En Méjico hay también muy buenos ópales en las minas de Guanajuato, Oajaca, Zacatecas, Jalisco, Aguas Calientes, Angangua, etc.

CAPÍTULO IV.

Geografía de los diamantes en el nuevo mundo.

El descubrimiento de las minas de diamantes del Brasil, acaeció en el año de 1730, al modo que el de las minas de la India oriental, fué efecto de circunstancias puramente fortuitas. Poco despues del establecimiento de Villa do Príncipe, buscando oro los mineros en los riachuelos de Milho Verde y San Gonzalez, en el distrito de Serro do Frio, hallaron algunas guijas extrañas de un aspecto y lustre singular, que como objetos de curiosidad llevaron á sus amos. Mirándolas solo como bonitos juguetes, dieron las piedras á los niños, quienes las usaban como fichas; pero al cabo vinieron á llamar la atención de un oficial, que había vivido algún tiempo en Goa, en las Indias orientales. Maravillado de la simetría de su forma y de su gran peso, puso una de ellas en el platillo de una balanza, contra una guija común de igual volumen, y halló que su densidad era mucho mayor. Habiéndola restregado despues contra una piedra humedecida, vió que no lograba hacer la menor huella ó señal en su superficie: al paso que, probando en un guijarro común, llegó en pocos minutos á hacer en él una superficie plana. Mandó entonces un puñado de estas singulares piedras á un amigo que tenía en Lisboa, rogándole que las hiciese examinar; pero los lapidarios de esta ciudad, que nunca habían trabajado diamantes, ni probablemente habían visto ninguno en bruto, replicaron que sus buriles no lograban penetrar ni dejar huella en su corteza.

El cónsul holandés, sin embargo, vió por acaso las guijas, y manifestó que eran diamantes. Unas pocas fueron inmediatamente reunidas y enviadas á Holanda, donde fueron cortadas en forma de brillantes, y reputadas por los atónitos lapidarios como iguales á los mejores diamantes de Golconda. Con brevedad llegó la noticia al Brasil, alegrando á los afortunados poseedores de las hasta allí poco estimadas fichas, y muy luego algunos individuos acapararon en tres ó cuatro días cuantas estaban diseminadas en varias manos. Visto esto, el Gobierno portugués promulgó un decreto, declarando monopolio de la corona todos los diamantes hallados en el territorio, y dando las disposiciones para la exploración conveniente.

El distrito diamantino de Serro do Frio tiene sobre veinte leguas de longitud por nueve de ancho. El suelo es árido, pero interceptado por multitud de arroyos. Durante mucho tiempo se suponía que solo había diamantes en este distrito; mas se vió ser un error, porque han sido hallados en todas las partes del imperio, particularmente en las provincias de Goyazes y Matto-Grosso, donde hay varias localidades abundantes en minas. Estas piedras inestimables han sido encontradas hasta en las cumbres de las montañas, y aun creen los mineralogistas brasileños, que la formación originaria está en las montañas, y que algún día serán descubiertos en cantidad tal, que vendrán á ser objetos de poco valor.

En la obra de M. Francis Castlenau, que lleva por título *Expedición á las comarcas centrales de la América del Sur*, se leen las siguientes interesantes referencias á las minas de diamantes del Brasil: «Las minas de oro, y más especialmente las de diamante, á las que la ciudad de Diamantino debe su origen, parecen haber sido conocidas de los primeros paulistas establecidos en Matto-Grosso; pero bajo el Gobierno portugués fué severamente prohibida la explotación del diamante por los particulares, á quienes se conminó con rigorosas penas.

«Una fuerza militar ocupó el distrito minero y vigiló á los esclavos empleados en la extracción de este mineral precioso. La persona que encontraba un diamante, estaba obligada á entregarlo á la superintendencia de diamantes de Cuyaba, recibiendo en cambio una retribución moderada; pero era duramente castigada si se descubría que trataba de apropiárselo. El comercio de diamantes fué prohibido tan rigurosamente como su extracción en el territorio del Brasil, á todos los que no fuesen agentes especiales nombrados por el Gobierno. Desde la época del gobernador Joao Carlos, sin embargo, fué tolerándose el tráfico, hasta que gradualmente vino á ser del todo libre. Las leyes que lo prohibían no fueron de hecho derogadas, pero cayeron en completo desuso. Con todo, los habitantes se quejan de que no sacan beneficio alguno de esta tolerancia, porque no permitiéndose el tráfico de esclavos, es imposible sacar provecho de la riqueza del suelo.

«El oro y los diamantes, que, en estas como en otras muchas regiones, siempre se encuentran juntos, se cogen especialmente en los numerosos arroyos que las atraviesan y aun en toda la extensión del país. Despues de las lluvias, los muchachos de Diamantino buscan el oro en las calles y en el río Onro que la atra-

(1) Narrative of a Voyage Round the World, by W. I. W. Ruschenberger, M. D.

(1) Residence in South America, vol. 2.ª página 466.

viesa, y no es raro que lleguen á reunir por valor de ocho á quince granos. En cuanto á los diamantes, refiérese de un negro que halló uno de nueve quilates entre las raíces de algunos vegetales que arrancó en su jardín. Algunas veces también se los ha encontrado en el buche de los pollos y gallinas.

La extracción de estas piedras preciosas se hace de una manera muy sencilla. En las mareas bajas, los negros se sumergen en las aguas y sacan del fondo de los arroyos y riachuelos el cascajo ó suelo aluvial, que colocan en un lugar conveniente sobre las orillas para laborarlo. El procedimiento es como sigue: Construyen un rancho ó choza como de cien pies de largo por cincuenta de ancho. Hasta el centro de este área hacen un canal que cubren de tierra, y en el otro lado un suelo de tablon como de diez y seis pies de ancho, que se extiende todo lo largo de la choza con cierta inclinación. Este pavimento está sembrado de agujeros ó pilas en las cuales se echan porciones de cascajo. Despues se deja ir el agua y se quita la tierra, hasta que aquella queda cristalina. Una vez extraídas las partículas terrosas, se remueve y rastrella el cascajo, sacándolo á la superficie del pilon y arrojando las piedras con que está mezclado, y el resto se examina con cuidado para ver si contiene diamantes. Cuando un negro encuentra uno, dá una palmada, se levanta mostrando el diamante puesto entre el pulgar y el índice, y es recibido por uno de los superintendentes ó vendedores que están colocados á ciertas distancias sobre altos asientos. Al concluirse el trabajo, el jefe de los inspectores examina todos los diamantes encontrados durante el día. Si algun negro tiene la buena suerte de hallar un diamante que pese más de diez y siete quilates, inmediatamente recobra su libertad, y si es de menor peso, recibe recompensas proporcionadas.

La faena de recoger el cascajo solo la pueden hacer los negros, pues ningun otro es capaz de resistir esta especie de trabajo en aquel clima.

Los ríos Diamantino, Ouro y Paraguay, parecen estar ya completamente explotados. El riachuelo Burete surte todavía de muchas piedras; pero el Santa Ana, de donde se ha sacado una increíble cantidad de diamantes, aun parece que está intacto en vista de su cuantiosa riqueza. No obstante el laboreo no es tan provechoso como á primera vista podría creerse, toda vez que la cosecha obtenida por un español, llamado D. Simon, se cuenta y tiene en aquellas cercanías por una cosa muy notable. Asistido por doscientos esclavos, aunque trabajando solo durante las sequías de cada año, vino á recoger en cuatro de ellas sobre setecientos quilates. Mas al cabo tuvo que abandonar las faenas, por haber perdido muchos hombres, de resultas de las calenturas pestilentes que reinan en el distrito diamantino, y en particular en las márgenes del Santa Ana; pero antes de abandonarlo rellenó las cavidades hechas para la explotación.

Algun tiempo despues, otro explotador halló sobre 150 quilates en un solo paraje del río. El mayor diamante extraído del Santa Ana, se dice que pesó cincuenta y dos quilates; pero de esto hace ya algunos años. Es opinión que las piedras que de este río se sacan son más finas que las de otras localidades, y se dice que algunas personas inteligentes en este tráfico saben distinguirlas perfectamente. Los negros empleados en este trabajo están sujetos á una estricta vigilancia, y son severamente castigados si se les sorprende en algun hurto; mas, á pesar de esto, se llevan su buena parte del producto. En los domingos y en los numerosos días festivos se les permite que exploten por su cuenta. Siempre hay oro en el cascajo diamantino; pero aunque sus amos no les toleran que gasten el tiempo en separarlo, algunos negros lo hacen, y le sacan muy buena utilidad.

Cuando se descubrieron los diamantes en el Brasil, la flota portuguesa importó á Europa en un solo año sobre 70 libras de diamantes. Hasta entonces se había creído que estas piedras preciosas solo existían en las Indias orientales; de suerte que, al ver tal cantidad en circulación, se apoderó el pánico de los comerciantes diamantistas en grande escala, y temiendo ver disminuido el valor de sus existencias con tal surtido, pusieron gran empeño en desacreditar el nuevo artículo.

Esta tentativa de sostener los buenos precios de los diamantes orientales, rebajando la reputación de los su americanos, tuvo gran éxito por largo tiempo. Estos últimos pasaban por inferiores, especialmente en dureza, y por vía de desprecio los llamaban diamantes portugueses ó brasileños. Aunque las nuevas piedras eran en todo iguales á las de la India oriental, la preocupación llegó á ganar tanto terreno, que, para obtener por ellas un buen precio, se veían obligados los mercaderes brasileños á enviarlas primeramente á Goa, para que de allí fuesen reimportadas á Europa, como productos del Oriente. La verdad es que al fin triunfaron, y las piedras del Brasil ocuparon el lugar que les correspondía, gozando de tanta reputación como las del viejo mundo.

En los viajes de M. Mave al interior del Brasil, se refiere un curioso incidente, por el que se demuestra que, así como no es oro todo lo que reluce, no todo lo que brilla son diamantes.

Un negro libre de Villa Rica, que con propiedad debiera llamarse Villa Pobre, á pesar del oro y diamantes de que está rodeado, escribió al príncipe Regente que poseía un diamante tan enorme, que le suplicaba se dignase permitirle el presentárselo en persona. Consintió el príncipe, y al momento se despachó un carruaje y una escolta para conducirle á la corte. Blackey,

que este era el nombre del negro, se arrojó á los pies del Regente y exhibió su diamante. El príncipe, al verlo, prorumpió en una exclamación de sorpresa. Los cortesanos presentes quedaron atónitos, y admirados de la piedra, que pesaba cerca de una libra. Los nobles comenzaron inmediatamente á echar cuentas del número de millones que serian necesarios para pagar, segun su mérito, una joya tan monstruosa. No apunta M. Mave el valor en tasación, pero sí M. Hoffman en su elegante crítica de este libro. La libra contiene nueve mil doscientos diez y seis granos, que hacen dos mil trescientos cuatro quilates y algo más, porque el peso usado para el quilate del diamante es más corto que el peso del marco. La gran piedra de Villa Rica fué evaluada, segun el peso Troy, que tiene de más una novena parte, y por lo tanto hay que añadir doscientos cincuenta y seis al peso mencionado, que forman en total dos mil quinientos setenta quilates. Deduciendo ahora sesenta quilates por lo que le faltaba hasta una libra, venia á componer la suma redonda de dos mil quinientos quilates.

Ahora bien; para averiguar el valor comercial de la piedra, el quilate se multiplica por su cuadrado. El cuadrado de dos mil quinientos es seis millones doscientos cincuenta mil, y apreciando el quilate solo en la cantidad de treinta duros, precio corriente, tenemos la suma de ciento ochenta y siete millones y medio de duros, ó sean tres mil setecientos cincuenta millones de reales, y como los diamantes grandes no están sujetos á tarifa y su valor nominal aumenta en proporción á lo que exceden de las dimensiones ordinarias, los nobles portugueses apreciaron probablemente la piedra en el duplo, ó á fuer de buenos cortesanos, en el cuádruplo de la dicha cantidad.

Como quiera que sea, la inestimable joya fué enviada al Tesoro con una gran escolta y allí depositada en la sala de alhajas ó guardajoyas. Hallándose M. Mave á la sazón en Rio Janeiro, el ministro lo hizo llamar y le comunicó todos los particulares respecto á este fenómeno; pero al mismo tiempo expresando las dudas que tenía acerca de su legitimidad. El mineralogista inglés fué instado á que examinase el incomparable diamante y le fijase precio. En efecto, provisto de una carta de admisión, sin cuya formalidad no podia ser admitido, M. Mave penetró en la elegante tesorería de palacio, en donde despues de atravesar varios salones lujosamente adornados, llegó á uno lleno de valiosas cajas, una de las cuales fué abierta por tres empleados en posesión cada uno de una llave, y el tesoro con gran solemnidad exhibió la piedra. Antes de tocarla, sin embargo, habia ya visto el perito, que no era más que un pedazo de cristal redondo, lo cual demostró en el acto, rayándolo con un diamante verdadero, y borando de golpe con aquel rasguño la suma de millones que se creían entrados ya en tesorería. El príncipe Regente recibió la noticia con la entereza de un filósofo; y el pobre negro tuvo que desandar á pié el camino que tan comodamente habia hecho.

El crítico añade la siguiente consoladora reflexión: «Parecerá muy extraño que en el suelo mismo originario del diamante fuese esta piedra tan poco conocida, que un pedazo de cristal de roca pudiese usurparle sus honores; mas no juzgamos tan á la ligera, pues el error es propio de los hombres, y aun los mercaderes más expertos suelen verse chasqueados como los príncipes.»

PARTE TERCERA.

COMPOSICION QUÍMICA DE LOS DIAMANTES Y PIEDRAS PRECIOSAS.

CAPÍTULO I.

« Human pride—Is skillful to invent most serious names,—To hide its ignorance.»

SHELLEY.

La historia de los progresos del entendimiento humano nos recuerda á cada paso que el hombre, comunmente, llega á la verdad por el camino del error. Seria en extremo curioso el estudio de los falsos sistemas y de los absurdos que han precedido á todo lo que hoy contemplamos como verdaderas revelaciones de los misterios de la naturaleza, y que quizá á su vez antes de un siglo pasarán á sepultarse entre los errores más desacreditados.

En estos tiempos, en que la ciencia se jacta de haber arrancado á la naturaleza sus más ocultos secretos, y que llevando su arrogancia hasta el punto de parangonar su poder con el de la creación, se arroga la facultad de asignar á cada sustancia sus principios elementales y constitutivos, no podemos ménos de admirarnos y sonreirnos cuando dirigimos una mirada retrospectiva á esas series de conjeturas sin fundamento, de hipótesis extravagantes y de descubrimientos fortuitos que le han servido de vehículo para llegar al punto que ella considera como el último límite á que pueden alcanzar las investigaciones. El origen de las piedras preciosas, su formación, sus elementos, parece que tuvieron en una total confusión á los antiguos filósofos. Ninguno, sin embargo, queria confesar su ignorancia, y todos resolvían las cuestiones arbitrariamente, con más ó ménos lucidez, proclamando sus sofismas é imaginarias conjeturas como verdades infalibles.

Los antiguos sabios convenian, sin embargo, en considerar las sustancias compuestas de cuatro elementos: fuego, aire, tierra y agua. La diferencia entre las piedras preciosas y las comu-

nes se atribuía á la mayor proporción de agua que contenian las primeras, mientras en las segundas la tierra era el elemento predominante. El agua condensada y congelada por la sequedad de las partículas terreas, se creía ser la causa del brillo y transparencia de las piedras preciosas.

Aristóteles fué el primero que se propuso explicar el origen y esencia de las piedras en general. Establecia que el primer elemento de las piedras era un barro viscoso, un jugo que se condensa y congela por el frío, en el cual el agua predomina sobre la tierra: á estos añade fragmentos pétreos y partículas de piedra, y otro jugo especial que llama jugo lapidífico. En cuanto á las piedras que no son licuables, fusibles ó solubles, atribuye su formación á una exhalación seca, quemada, ígnea.

Teofrasto, el celebrado autor de los Caracteres, y discípulo de Aristóteles, pero cuyas obras literarias acusan un espíritu de observación más sutil que el que descubren sus escritos científicos, no hizo más que comentar las opiniones de su maestro. Enseñó que «las piedras están hechas de una sustancia pura, uniforme y compacta despues de su filtración, cuya sustancia, hallándose en ciertos lugares, se petrificaba por condensación ó de alguna otra manera.»

Avicena dice solamente que las piedras se componen de lodo ó aguas sucias estancadas.

Falopio, respecto de las piedras preciosas parece haber mostrado más predilección por los jugos que por el lodo. Las supone el producto de un jugo purísimo y no de una exhalación seca como sostenian los aristotélicos. Segun él, «no existe en la naturaleza una sustancia más pura que dicho jugo, á excepcion del espíritu natural y vital de los animales.»

Cardan vá más allá que Falopio, pues dice que «las piedras preciosas se forman entre las rocas por medio de un jugo que se destila á través de sus concavidades como resulta el feto de la sangre materna.» Se extiende más aun, y explica la variedad de los colores y calidades de las diferentes piedras, por las diferentes gradaciones de calcinación que dá la naturaleza al jugo destilado de que se compone.

Los sabios de aquel tiempo se dejaban ir fácilmente por un camino tan halagüeño. De la comparación de Cardan entre la generación de las piedras preciosas en el seno de las rocas, y la del feto en el de la madre, se estableció un nuevo sistema para demostrar que la formación de las piedras preciosas no debia atribuirse á las mismas causas que obraban en la naturaleza inerte, sino que procedia de agentes absolutamente análogos á las que producian la naturaleza viviente.

Este sistema fué desarrollado por De Clave, físico de cierta celebridad, que en 1635 publicó un libro dedicado á M. Séquier, el guarda-sellos. Es curiosa y entretenida la sutileza del discurso, de las alusiones y del lenguaje á que el autor tuvo que recurrir para revestir sus opiniones con cierta apariencia de verdad. Solo en su libro, sin embargo, y en su anticuado y sutil lenguaje, puede satisfacerse la curiosidad sobre lo que, segun el autor, constituye los órganos de los dos diferentes sexos de esta singular generación, y apreciar las funciones naturales que á cada uno de ellos atribuye.

Se dió ciertamente un gran paso cuando se hicieron pasar las piedras preciosas del reino mineral al reino animal, pero Boezio de Boot, físico del emperador Rodolfo, en una curiosa y abultada obra que publicó por aquel tiempo sobre aquella misma materia, vanzó aun algo más, y atribuyó la formación de las piedras preciosas en su mayor parte á la intervencion directa de la divinidad.

Despues de citar las opiniones de Aristóteles, su lodo viscoso y su jugo petrífico, añade Boezio:

«Aunque se atribuye á estos elementos la parte fundamental, ellos no nos explican la sustancia de una manera satisfactoria, además de que, por otra parte, ignoramos la composición del lodo viscoso y del jugo petrífico.»

Soy de opinión que el elemento primero de que se componen las piedras preciosas es una tierra tan fina, sutil y delicada, que, mezclada con el agua, no pierde nada de su transparencia, y que el elemento de las piedras ordinarias es una tierra más basta y más sucia. Existen además difundidas en las entrañas de la tierra una sal y una exhalación untuosa, que se combinan para la formación de las piedras preciosas y de las comunes.»

El autor de una teoría semejante, no tenia, en verdad, gran derecho para criticar el lodo viscoso y el jugo petrífico de Aristóteles, y, sin embargo, no contento aún con su tierra sutil, su sal y su exhalación untuosa, se adelantó á prevenir que estos ingredientes serian totalmente ineficaces sin la concurrencia de la causa eficiente.

A través de la nebulosa jerigonza metafísica de que se vale el sabio físico para explicarnos los efectos de la causa eficiente, se descubre que por ésta quiere darnos á entender un elemento espiritual y divino que anima el elemento sustancial y material de las piedras preciosas, el cual, abandonado á sí mismo, permanecería en la más completa inercia.

Tales fueron los puntos de partida de la química moderna, y ahora veremos la altura que ha alcanzado en la época presente.

Entre las piedras preciosas cristalizadas—las hialinas corindones, como las denominan los mineralogistas—las más estimadas segun el orden en que las clasifican los lapidarios son: el

diamante, el rubí, el záfiro, el topacio, la esmeralda, la amatista, la aguamarina ó berilo, el crisólito, el granate y el jacinto.

El diamante es el cuerpo más duro que se conoce, y de aquí le viene el nombre de indomitable que le pusieron los antiguos. Resiste á la acción de la lima, y solo se puede cortar y pulirle por medio de su propio polvo. Esta importante propiedad bastaria por sí sola para distinguirsele de los demás minerales, independientemente de otras que tambien le son características.

Es tambien la piedra más brillante, comunmente trasparente y á veces solo semitransparente, y otras tambien solo traslúcida. Su reflejo es brillantísimo y peculiar de él solo. Cuando en menor intensidad se le parece el de otros minerales, se le llama brillo adamantino por algunos mineralogistas.

La razon del extremado brillo del diamante, consiste en que refleja toda la luz que hiere su superficie posterior en un ángulo de incidencia mayor de 24° 13'. Los diamantes artificiales solo reflejan la mitad de esta luz.

Está dotado de la refracción simple, pero en tan alto grado, que Newton sospechó podia estar compuesto, en parte al ménos, de una sustancia combustible.

El diamante tiene propiedades fosfóricas y eléctricas; esto es, se hace fosfórico y luminoso cuando ha estado espuesto algunas horas al sol ó se le calienta en un crisol. Es tan eléctrico, que cuando se le calienta por fricción atrae las pajas, plumas, pan de oro, papel, cabello, etc., y goza de esta propiedad aun en su estado bruto, de la que carecen en él todas las demás piedras preciosas.

Como cristal, el diamante, solo puede confundirse con la espínela blanca, que carece, como él, de la doble refracción, y se le encuentra tambien en la forma octáedra regular, que es la más comun en los diamantes. No son raras, sin embargo, las formas cúbica y dodecédra, pero sí los cristales que reúnen las tres formas dichas. En la colección del colegio francés existen hecatóbrados ó octáedros cortados en sus ángulos, y ofreciendo por tanto indicaciones de la forma cúbica. Los cristales de diamante son frecuentemente hemitropos. La más bella forma de su cristalización es la octáedra.

La espínela, sin embargo, es mucho ménos dura que el diamante, y se deja rayar profundamente por éste.

M. Tennant refiere un caso que demuestra la importancia que tiene, para los viajeros especialmente, el conocimiento de las diferentes cristalizaciones. Por no conocer la forma cristalina del diamante, un caballero en California ofreció doscientas libras esterlinas por un simple pedazo de cuarzo. «No conocia de la piedra sino que era un mineral brillante, excesivamente duro, pues resistia á la acción de la lima y rayaba el cristal. Suponiendo que estas propiedades solo pertenecian al diamante, creyó que ofrecia por la joya un precio regular; pero afortunadamente el dueño de la piedra rehusó la oferta. Si hubiera sabido que el diamante no cristaliza nunca en la forma de un prisma de seis lados, terminado en cada extremo por una pirámide exagonal, habria comprendido que solo valia tres pesetas, ó poco más, aquello por que habia ofrecido mil duros (1). Alguna más experiencia le hubiera enseñado que los diamantes, en su estado natural, carecen de aquel brillo que solo adquieren por medio del arte. Los cristales más finos de cuarzo son más brillantes que los de diamante. A causa del apagado lustre de éste en su estado bruto, es muy probable que un gran número de diamantes hayan pasado desapercibidos en la explotación de las minas de oro de la Australia y California, y en otros países auríferos.»

Cuando el diamante está tallado, su resplandor solo basta para darle á conocer aun á los ménos inteligentes. En el comercio, sin embargo, los topacios, esmeraldas y zafiros incoloros, y el zircon blanco, han pasado por diamantes alguna que otra vez. Aunque la dureza es su principal distintivo, resulta que no siempre puede ensayarse; cuando es posible hacerlo debe adoptarse una lima fina, y si las caras de la piedra apareciesen rayadas ó comidas en lo más mínimo, podrá asegurarse que no es un diamante. La comprobación puede hacerse tambien sin necesidad de aquel instrumento: los rayos del sol pasan fácilmente á través de las otras piedras, mientras que el diamante los refracta produciendo la superioridad de su brillo especial. Si el diamante despues de trabajado contiene alguna veta, ó lo que tecnicamente se llama sin color, su valor disminuye proporcionalmente, á veces de un tercio y otras de una mitad. Para asegurarse de la existencia de aquella falta, debe echársele á la piedra el aliento segundamente hasta hacerle perder su lustre momentáneamente, en cuyo breve espacio se hará visible si existe la imperfección.

Segun M. Milburu, si la corteza de un diamante en bruto es lisa y brillante, y de un ligero color verde, puede considerarse como buen indicio de que la piedra no será despreciable; pero si aquel color verde estuviese algun tanto mezclado de amarillo, la piedra no podrá ménos de ser blanda, grasa y mala por consiguiente.

El topacio, eminentemente eléctrico, conserva esta fuerza durante algunas horas despues de la fricción, mientras que el diamante la pierde en el espacio de un cuarto de hora.

Los corindones incoloros se distinguen fácilmente del diamante por el peso, en el que le

(1) El mismo error se halla en Plinio, cuando nos dice que el diamante es exagonal.

exceden en la proporción de ocho á nueve. El peso específico del diamante es casi el mismo del topacio, é inferior al del zafiro blanco, del zircon blanco y del granate blanco de Noruega.

El diamante, cuando se extrae de la mina, está cubierto de una espesa corteza que casi no le concede la menor transparencia, de manera que en aquel estado, ni los más inteligentes pueden asegurar cuál será su valor.

Se parece comúnmente á un guijarro claro semitransparente, desgastado por las aguas, ó á un pedazo de cristal tosco ó de goma arábiga. Cubierto de esta corteza, se llama un diamante en bruto.

Dicha corteza es tan dura que no existe cuerpo alguno que pueda arrancarla sino el diamante mismo. El diamante raya todos los cuerpos y solo puede ser rayado por sí mismo.

Carlos I aludió delicadamente á esta preeminencia del diamante en los versos que compuso la noche después del fallo de su causa:

*With mine own power my majesty they wound,
In the king's name the king himself's uncrowned;
So doth the dust destroy the diamond.*

Ocurre pocas veces que se encuentren los diamantes en estado de pulimento natural; pero se citan algunos ejemplares de esta clase. Los cuatro diamantes que adornan el broche del manto de Carlo-Magno, conservado largo tiempo en la tesorería de San Denis, se hallan en aquel estado primitivo.

El descubrimiento del arte de tallar y pulir el diamante por medio del polvo del mismo, se atribuyó durante mucho tiempo á Luis de Berquen, de Bruges, de quien se dice que construyó en 1476 una rueda de pulimentar alimentada con polvo de diamante en lugar del de corindón que los chinos é indostanes tenían costumbre de emplear. Indujo á de Berquen á hacer este descubrimiento la observación del roce de los diamantes en bruto entre sí.

Varias son las formas de la talla del diamante, y generalmente se adopta la más propia de la que tiene en su estado bruto, recibiendo por consecuencia de ella los diferentes nombres con que le conocemos de brillante, rosa, tabla y lasca. De estos el más hermoso y rico es el brillante, á causa de la superioridad de su brillo, y del número de sus reflejos y refracciones.

Para mejor inteligencia de los que no están familiarizados con los términos técnicos usados en la descripción de los diamantes, transcribimos á continuación la que da M. Jeffrey: «Los chatones son los lados y ángulos superiores del brillante, entre el borde de la tabla y el cinto. El cuello es el pequeño plano ó cara horizontal del otro extremo del brillante. La corona es la arista superior de la rosa centrada en el punto de la cima, y está ligada por las costillas horizontales. Las facetas son pequeños espacios ó planos triangulares, tanto en los brillantes como en los diamantes rosas. El cinto es la línea que rodea la piedra, siguiendo el plano horizontal. Los losanges son comunes á los brillantes y á los rosas. En los brillantes están formados por el encuentro de las facetas en los chatones, y en los diamantes rosa por el encuentro de las facetas en las aristas horizontales de la corona.

Los pabellones son los lados y ángulos inferiores de los brillantes entre el cinto y el cuello. Las costillas son las aristas ó bordes que distinguen las diferentes partes de la obra, tanto en los brillantes como en los diamantes rosa. La tabla es el gran plano ó cara horizontal colocado en la cima del brillante.»

En la India, la primera consideración que se tiene en cuenta en la talla de un diamante es la de la pérdida menor posible de su tamaño primitivo, y antes que disminuirlo prefieren dejarlo en una forma irregular y á veces extraña, siguiendo en la disposición y número de las facetas la forma y contornos naturales de la piedra. La forma generalmente adoptada allí es la rosa y la tabla.

Trescientos cincuenta años atrás todos los diamantes se tallaban con cuatro caras planas, y de aquí se llamaron diamantes tabla ó diamantes de talla india. Hace dos siglos la talla tenía la forma de la mitad de un poliedro descansando sobre su sección por base, y así se le llamó diamante rosa. En la época del reinado de Luis XIV, fué cuando se tallaron en brillantes.

El brillante está formado de dos pirámides truncadas unidas por su base; la pirámide superior truncada más profundamente que la inferior; aquella presentando una tabla con treinta y tres facetas inclinadas á diferentes ángulos, y la inferior con veinticinco facetas. La correspondencia entre las facetas superiores é inferiores, está dispuesta convenientemente para multiplicar la reflexión y refracción. Los primeros tallados así, lo fueron de orden del cardenal Mazarino, y se les conoce todavía por los doce Mazarinos entre las joyas de la corona de Francia.

El brillante es la forma más estimada, por ser la más favorable para el mayor brillo peculiar del diamante; pero si asegura el mejor efecto de sus cualidades, exige en cambio un desperdicio de materia mucho mayor. Los brillantes se sacan generalmente de los cristales octáedros, y los diamantes rosa de las variedades esféricas.

El diamante rosa es la forma que se dá generalmente á las piedras, cuyo grueso es exceso en proporción de sus otras dimensiones. Se talla cubriendo la superficie convexa de la piedra de triángulos equiláteros unidos por sus bases formando rombos. La talla de brillante no estuvo muy en uso hasta la mitad del siglo xviii, y el famoso Jeffrey comenta indignado «el detestable gusto que de antiguo (1751) se había intro-

ducido, de transformar los diamantes rosa en brillantes, con la pretensión de convertirlos en joyas de más valor y más hermosas.» Jeffrey se tomó, en verdad, gran trabajo por convencer al público, si no de la superioridad de la talla de rosa sobre la de brillante, de la paridad al menos de sus méritos respectivos; pero agotó en vano sus argumentos, y no estuvo más acertado en este punto que en deprimir los diamantes brasileños, y no obstante el gran caudal que representaban los diamantes rosas que poseían las antiguas familias, los brillantes triunfaron para siempre y han llegado á constituir la mayoría de las joyas de las familias opulentas.

El diamante tabla es ménos estimado que el rosa, y se le talla de las piedras de un espesor muy reducido y de gran anchura relativamente. Se compone de una serie de planos cuadriláteros que van disminuyendo por debajo del cinto; y el chaton está formado de uno, dos ó tres de estos planos.

Las lascas se hacen de diamantes planos ó vetosos, y se trabajan en la India.

Los diamantes en su talla, esto es, en la operación necesaria para convertirlos de diamantes brutos en brillantes y rosas, pierden, por lo general, casi la mitad de su peso primitivo. Un inteligente distingue con facilidad un diamante de talla moderna, del que ha sido tallado treinta ó cuarenta años atrás, y en igualdad de todas las demás condiciones dará á este último la preferencia. Los lapidarios modernos procuran ante todo disminuir lo ménos posible el peso de la piedra. Si 100 quilates de diamante bruto dan 75 en diamante tallado, el beneficio es consiguiente que será mayor que si solo se obtuviesen 50 quilates. Pero una piedra en la que se ha escaseado la talla pierde mucho de su belleza, porque no tiene ni las luces, ni la refracción que tendría si estuviese bien tallada. La montura de estas piedras ofrece también más dificultad. Se ven algunos tan toscamente cortados, que la vista más experimentada no puede distinguir la tabla de los pabellones. Un diamante así vale ménos que uno bien tallado del mismo tamaño; pero tiene más quilates, y esta es la consideración más importante para el mercader. Antiguamente se observaba la mayor precisión y limpieza en la talla del diamante; no se apreciaba su peso á espensas de su brillo; todas las facetas eran perfectamente regulares, y todas las parteculas de su corteza bruta se descartaban con el mayor cuidado, y esta es la razón por qué los diamantes antiguos valen en el comercio de un 30 á un 40 por 100 más que los modernos en igualdad de calidad de las piedras.

El arte de tallar, cortar ó pulir los diamantes requiere gran destreza, práctica y paciencia. «Rara vez acontece, dice M. Marre en su curioso *Tratado sobre los diamantes y piedras preciosas*, que un mismo operario sea aventajado en estos diferentes trabajos, y generalmente cada uno se dedica á uno de ellos con especialidad. En el corte y pulimento de un diamante, el operario debe proponerse dos objetos: primero, la desaparición de cualquiera veta ó imperfección de que adolezca la piedra, y segundo, la división de su superficie en un cierto número de polígonos regulares. La desaparición de las vetas ó resquebraaduras, parece ser la operación más importante, puesto que la más ligera mancha ó defecto en ciertos puntos determinados de la piedra, se reproduce al infinito por reflexión en las numerosas superficies pulimentadas.

Cuando la forma del diamante bruto es singularmente desfavorable, el operario tiene que recurrir á la azarosa operación de partirlo. Cuando está bien determinada la dirección en que ha de dividirse, se marca por medio de un instrumento; la piedra se asegura después en un trozo de madera por medio de un cemento fuerte en la posición conveniente, y luego, aplicándole un *cuchillo de partir*, se efectúa el corte dándole un gentil golpe de martillo.

A veces, cuando el corte ha de cruzar la estructura cristalizada de la piedra, hay que recurrir al *aserrado*, que se ejecuta del modo siguiente: Se fija el diamante con cemento en un zoque de madera, y éste se asegura en una mesa, se marca la línea del corte que ha de darse, la hendidura que marca esta línea se llena de polvo de diamante y aceite, y entonces empieza la operación de aserrar, que si la piedra es grande suele durar ocho ó diez meses. La sierra es de fino bronce ó de alambres de hierro sujeta á los dos extremos de una caña de Indias ó de un bastón de ballena, y sus dientes se forman de las parteculas de polvo de diamante que se extienden en la línea del corte y que se alojan muy luego en el hierro ó bronce de que aquella se compone.

El tallado de las facetas es obra de mucho trabajo y destreza; y el pulimento se ejecuta por medio de una rueda.

Los holandeses no gozan ya como antiguamente del monopolio del comercio de diamantes, si bien la talla y pulimento se ejecutan allí por lo general, en razón á la economía del trabajo. Siempre han tenido gran renombre los pulidores de diamantes de Amsterdam, donde 10,000 israelitas se ocupan absolutamente en este comercio, de 28,000 de aquella secta que contiene la ciudad. La compañía general de los diamantistas posee varias máquinas de vapor de 400 caballos que ponen en movimiento á otras 450 máquinas, y dá empleo á 1,000 trabajadores.

El diamante, aunque comúnmente más estimado y más perfecto cuando es incoloro como el agua, suele ofrecer ligeras sombras de color verde, amarillo, azul, gris, de acero, y oscuro. Existen diamantes de un color amarillo perfec-

to, de color de rosa, y de verde pistacho. También se han encontrado algunos, aunque muy raros, completamente negros. Cuando están ligeramente tenidos de algún color, son mucho menos estimados; pero si tienen un color de rosa decidido, ó verde, ó cualquiera otro, se los aprecia en tanto y quizá más que cuando son totalmente incoloros. Una piedra de color brillante y decidido—que por cierto son raras—si no tiene defecto alguno bajo los demás respectos, será sin duda más estimada que otra de iguales condiciones, pero de color claro. Las amarillas y de color de jacinto son de ménos precio, y las azules las inferiores. Un diamante de color amarillo de crisólito de 10 granos, costó 600 francos, y uno color de jacinto de 15 granos, 1,560 francos; por consecuencia valieron ménos que los diamantes blancos de igual peso.

Uno de los mejores ejemplares de diamantes de color en Europa es el azul de M. Hope. Pesa 177 granos y reúne al más esquisito color de zafiro, todo el brillo y fuegos primitivos del diamante. El rey de Sajonia posee un precioso diamante verde que sirve de boton en su sombrero de Estado.

En la feria de World, el año 1851, M. José Meyer presentó un diamante de color negro de carbon, que era ciertamente un objeto de gran curiosidad; pesaba 350 quilates, y era tan duro que resistió todos los medios que se emplearon para pulirlo.

No obstante las ventajas del sistema decimal, no ha podido triunfar ni aun en Francia sobre el quilate, que es el tipo adoptado en todo el mundo para apreciar el peso de los diamantes. El quilate es de origen indio; *kirat* es el nombre de una pequeña semilla que se usaba en la India para pesar los diamantes. Este peso fué introducido en Europa cuando por primera vez se importaron á ella las piedras preciosas del Oriente; y universalmente admitido ha continuado siempre así. El quilate se compone de cuatro granos.

El grano del quilate en el peso de los diamantes es diferente del grano de Troy, pues cinco de aquellos corresponden solo á cuatro de estos.

Una sustancia tan preciosa como el diamante, requiere casi infinitas subdivisiones de su peso, y así el quilate se dividió en 64 partes, cuya división hace ver la dificultad que habría en sustituir el quilate por otra unidad cualquiera.

No hay regla fija para apreciar el peso de los diamantes de gran valor. Los diamantes en bruto que se consideran finos y de buena forma para ser tallados, pueden apreciarse de este modo: cándrese la cifra que representa el peso de la piedra; multiplíquese por dos el producto, y el resultado será el valor en libras esterlinas. Los brillantes, si son finos, valdrán en libras esterlinas el producto del cuadrado de su peso multiplicado por ocho.

Esta regla, establecida por Jeffrey y Mawe, y universalmente empleada por los joyeros para apreciar el valor de los diamantes, solo puede adoptarse para los de escasas dimensiones, ó que no excedan de 20 quilates. El valor de los diamantes de grandes tamaños, que son extraordinariamente raros, se valoran necesariamente, según la competencia que haya entre los compradores.

Los diamantes, no solo se usan como artículos de lujo y de adorno, sino que también se emplean con gran provecho en las artes. «Los malos diamantes, dice M. Mawe, se venden para reducirlos á polvo, en cuyo estado se hace con él un comercio más importante que el de los brillantes con toda su belleza. Son necesarios en muchas operaciones para las artes. El hermoso camafeo y el entalle deben su perfección al diamante, por cuya mediación solo pueden ser grabados. La belleza del onix hubiera quedado ignorada, si el incomparable poder del diamante no hubiese secundado la habilidad del artista. La cornalina, el ágata, el *cairngorm*, no pueden ser grabados, ni las armas y nombres en piedras duras, que no sea por medio del diamante. Sin él, por último, no sería posible cortar las lentes de cristal de roca para anteojos, ni trabajar el ágata para cajas de rapé, etc.»

Lo que dejamos transcrito de M. Mawe se refiere á la aplicación que para aquellos objetos se da hoy al diamante; pero en cuanto á la imposibilidad de grabar las piedras duras ó finas sin su ayuda, existen pruebas de lo contrario en los hermosos camafeos y entalles antiguos. Los antiguos grababan hasta las hicalinas coriandones, por medio de instrumentos de cobre, templados á un extraordinario grado de dureza, cuyo secreto ni han descubierto ni necesitan descubrir los modernos, poseyendo el acero y el diamante. Ya hemos dicho que los joyeros indios emplearon por mucho tiempo el *corundum* para pulir el diamante, y es también un hecho indudable que en 1407, esto es, más de 75 años antes del supuesto descubrimiento de Berquen vivía en París un pulidor de diamantes llamado Herman, que había adquirido nombre en su arte. Los antiguos mejicanos grababan también las piedras finas y preciosas sin necesidad del diamante.

Pocos hechos hay más notables en la historia del comercio que el enorme valor empleado en joyas en todos tiempos y por todas las naciones civilizadas.

Actualmente figura un capital de considerable importancia invertido en piedras preciosas en la mayor parte de los países. De este capital, sin embargo, las piedras de color solo vienen á representar un décimo, mientras que los diamantes consumen las nueve décimas partes restantes. Entre los antiguos sucedía al contra-

rio: su preferencia por las piedras de color reconocía en su mayor parte por fundamento la ignorancia en que estaban del arte de tallar y pulir el diamante, á cuyo descubrimiento debe esta piedra la revelación de sus encantos. La vida de los antiguos por otra parte tenía su principal acción durante el día, á cuya luz se ostenta con más ventaja la riqueza de los colores minerales, mientras que el diamante, por el contrario, brilla mucho ménos de día que por la noche al reflejo de las luces artificiales.

No todas las luces artificiales son igualmente favorables para los destellos del diamante. Las de gas ó aceite encerradas en tubos y globos de cristal pierden mucho de su intensidad, y es fácil de observar en un baile si está iluminado con luces de gas encerradas de aquel modo, y por medio de bugías en salones diferentes, cuan sorprendentemente se multiplica el efecto de los diamantes á la luz de estas últimas.

«Nuestro actual sistema de alumbrado, dice un eminente sabio francés, por medio de lámparas, bugías, gas y aun de la luz eléctrica, proyecta sobre todos los objetos ciertas tintas que en general son muy desfavorables al color natural de las joyas. Así el zafiro, el granate, la asteria, la turquesa, la espinela azul, la amatista, y aun el ópalo por algunas de sus tintas, pierden mucho expuestas á la luz artificial.» (1)

Si comparamos el lujo moderno con el de los antiguos, nos titubed en pagar un millón de sextercios por una mesa, hallaremos en todas las cosas una degradación que no alcanza nunca á los diamantes. De vez en cuando una crisis política, ó un pánico transitorio pueden afectar al precio de las joyas; pero su valor comercial rara vez sufre alteración, y en todo caso es sumamente exigua y pasajera. Dos veces, sin embargo, durante los veinte últimos años sufrieron una gran depreciación, á causa de serias perturbaciones de diferente índole que felizmente fueron de corta duración. La primera ocurrió con motivo del descubrimiento de las minas del Brasil hácia el año 1843 ó 1844, y la segunda en Francia por el advenimiento de la república en 1848, que produciendo una gran depreciación en los fondos públicos, no podía ménos de influir también en el valor de las joyas. El precio de los diamantes es actualmente de 250 francos por quilate, que excede considerablemente del de ocho libras esterlinas fijada por Jeffrey. No hay propiedad ménos expuesta á disminuir de valor que los diamantes por efecto del cambio de dominio.

Hubo un tiempo en que se enseñaba que el diamante era incombustible; pero modernamente se ha desvanecido este error. Expuesto á un calor suficiente arde con una llama azulada y ondulante, y se evapora enteramente sin dejar residuo en una copela á un fuego menor que el necesario para fundir la plata.

Esta última propiedad del diamante es inherente á su composición química, que es la del carbono puro. No se sabe á punto fijo quién fué el primero en suponer al diamante combustible. Boetius de Boot, que en 1609 publicó su *Tratado sobre las piedras preciosas*, parece haber sido el primero en sospechar que este mineral no era una piedra, sino un cuerpo combustible. Boyle hizo notar en 1673 que se evaporaba una parte de él cuando se le sometía á una elevada temperatura. Los experimentos que se hicieron en Toscana y Viena en 1694, confirmaron la aserción de Boyle, y calentándolo por medio de lentes, probaron que el fuego le altera volatilizándolo, y que por tanto no merece el nombre de indestructible con que lo distinguieron los antiguos. Finalmente, Newton, el año 1704, observando en el diamante un poder de refracción igual al de los cuerpos combustibles, infirió que también debía de ser combustible.

No obstante estos experimentos, no parece que los mineralogistas de aquel tiempo tuviesen un perfecto conocimiento de la verdadera naturaleza del diamante. Macquer y Bergmann fueron los primeros en probar que el diamante, no solo era volátil, sino también combustible; pero con todo eso no eran capaces de exponer ni la causa ni el resultado de la combustión. El año de 1770, varios miembros de la Academia de ciencias de París hicieron curiosos experimentos, de los que resultó la total volatilización de las piedras de que se sirvieron.

El momento en que el diamante se hace resplandeciente por la combustión, es el en que la evaporación comienza; esta no pasa de la superficie, y la materia no presenta apariencia de reblandecimiento ni fusión. Si la operación se suspende durante el período de la evaporación, la parte que resta del diamante se hallará que no ha perdido ninguna de sus propiedades primitivas, y que solo ha disminuido de tamaño y peso.

Los efectos de esta combustión, examinados primeramente por Lavoissier en 1772, fueron comprobados por Guyton de Morvean en 1785. Este último encerró un diamante en una pequeña cavidad hecha en una pieza de hierro, y la sometió al calor de un fuego intenso. Cuando se descubrió dicha cavidad, se vió que el diamante había desaparecido totalmente, y que el hierro se había convertido en acero, con lo que se probó que el diamante es carbono puro, que se combina con el hierro para formar el acero. La dureza peculiar de este metal es debida á la presencia de una parte de carbono puro ó diamante.

Frecuentemente se vé á los joyeros someter ciertos diamantes súcios á una fuerte temperatura encerrados en carbo, á fin de aislarlos del

(1) M. Babinet — *Etudes et lectures sur les sciences d'observation.*

aire atmosférico para impedir la combustión. El carbono es en realidad indestructible, puede alterarse su forma, convertirse su brillo adamantino en un gas invisible; pero aun así, no se pierde ninguna de sus partículas, y si se le calentase durante siglos en una cavidad de la que se hubiese hecho el vacío, no experimentaría ninguna mutación sensible.

Que el carbon y el diamante son sustancias semejantes en su composición química, difiriendo solo en su textura mecánica, lo ha probado sir Humphrey David por medio de un experimento. Sometió el carbon á un fuego intenso en el vacío, con azoe condensado por medio de la batería de M. Childreu, y despues de haber volatilizad y dado un poco de hidrógeno, se notó que la porcion restante era mucho más dura que antes, y que en algunos casos salia con mayor lustre y rayaba el cristal, si bien se conservaba negro y opaco.

M. Cross, practicó tambien un experimento interesante. Tomó agua de una gruta cristalizada de Holway, y en el transcurso de diez dias obtuvo de ella gran número de cristales romboidales, parecidos á los de la guta.

A fin de asegurarse de si la luz tenia alguna influencia en el procedimiento, repitió el experimento en una celda oscura y se produjeron de nuevo los mismos cristales en el espacio de seis dias, con ayuda de una cuarta parte de la fuerza de una pila de Volta.

Repitió el experimento gran número de veces, y siempre obtuvo los mismos resultados, convencido de la posibilidad de hacer diamantes, y de que en un período no lejano, el hombre adquiriria el poder de componer toda clase de minerales. Por medio de algunas variaciones que introdujo en sus experimentos llegó á obtener carbonato de cobre gris y azul, fosfato de sosa y otros veinte ó treinta productos más. El sabio francés, M. Despretz, por medio de una accion lenta y continuada por espacio de tres meses, llegó á cristalizar el carbon en octáedros negros, en octáedros incoloros traslúcidos y en lámina incolora y traslúcida con la dureza del polvo del diamante y que desaparecia en la combustión sin dejar residuo. M. Gaudin, habiendo examinado el resultado de los experimentos de M. Despretz, declaró que habia producido diamantes microscópicos.

La ciencia ha hecho considerables progresos durante el último siglo, mas con respecto á la formacion del diamante, está todavia muy lejos de conseguir su objeto.

En el siglo de Luis XIV se creyó en la posibilidad de aumentar el tamaño de los diamantes sumergiéndolos en ciertos líquidos, justamente como se verifica con el cristal y la sal, depositándolos en una disolucion de las mismas sustancias. Es bien conocida la historia de la fabricacion del oro por M. Sage por medio de las cenizas de ciertos vegetales, en la cual si obtuvo un resultado satisfactorio en el concepto científico, no era de utilidad alguna, puesto que la extraccion de un trozo de oro de valor de veinte francos costaba veinticinco.

Es menester convencerse de que existe una diferencia inmensa entre el análisis y la síntesis de los cuerpos. Puede reducirse un precioso diamante á un pequeño pedazo de despreciable carbon; pero de esta sustancia no puede reconstruirse la joya destruida. La naturaleza guarda su secreto, y ella es la única que goza el privilegio de la formacion de los diamantes en ese laboratorio felizmente vedado al hombre, quien al fin se vé obligado á confesar su impotencia ante las insuperables barreras que aquella le opone.

CAPÍTULO II.

Composicion química de las piedras preciosas.

El cristal fué, segun todas las probabilidades, la primera sustancia que debió de verse aparecer bajo formas regulares. Por razon de su extremada transparencia, los antiguos lo supusieron agua congelada permanentemente, de donde le dieron el nombre de *krystallos*, que significa hielo. Desde entonces el nombre se ha aplicado á todos los minerales de formas regulares, sin relacion con su significacion primitiva.

Los cristales usados en la joyería son más ó menos raros, más ó menos preciosos, y por consiguiente más ó menos caros. Algunos son meramente cuarzosos, unas veces opacos y otras transparentes y blancos, ó exclusivamente compuestos de sílice, presentando los más vivos y variados colores, y entonces son de valor escaso; otros son más finos, tienen un brillo particular, rayan el cristal, y son de más valor á proporcion que son más raros, más difíciles de ser trabajados, de colores más vivos y de brillo más resplandeciente.

Los primeros y de menos valor son empleados en la bisutería, y trabajados para diges de escaso precio. Los segundos se destinan por los joyeros á montar sortijas, brazaletes, collares y otros aderezos que á veces representan el valor de una fortuna.

Las piedras generalmente usadas, pueden clasificarse de este modo: los diamantes, las hialinas, corindones y otras piedras preciosas; la hialina cuarzoza ó cristal de roca; el feldspato, el jade, el lapislázuli, la malaquita y la fluorina; las piedras síliceas hidratadas, simplemente traslúcidas, como las ágatas; y las síliceas hidratadas, totalmente opacas.

Las que se clasifican inmediatamente á continuacion del diamante, se llaman por los mineralogistas hialinas corindones ó telesias, que en lo general son diáfanos, y á veces traslúcidas. Compuestas en su mayor parte de alumina, en a proporcion de 90 á 98, su opacidad aumenta

ó su transparencia disminuye, segun la proporcion en que contienen el hierro ó la sílice, á cuyos elementos deben los tonos de sus luces.

Las hialinas corindones son ya blancas, ya de color, y se denominan así:

- El corindon carmesí ó el rubí oriental.
- El " incoloro ó záfiro blanco.
- El " azul celeste ó záfiro oriental.
- El " azul indigo ó záfiro indigo.
- El " violeta ó amatista oriental.
- El " amarillo ó topacio oriental.

El corindon totalmente incoloro es extremadamente brillante, y ha solido pasar por diamante; pero se le distingue por la mayor dureza de este. Sin embargo, como no es posible rayar una joya, y el volver á pulirla disminuiria su espesor, la mejor manera de ensayarla es hallar su peso específico. Esta prueba, no solo sirve para distinguir el diamante de los corindones, sino tambien para reconocer estos entre las demás piedras de color que pretenden usurpar su nombre. Hay todavia un medio más expedito para distinguir el záfiro y topacio blancos del diamante, con cuyo nombre suelen presentarse en el comercio, y es observar si la piedra posee la doble refraccion, en cuyo caso será evidente que no es un diamante. M. Babiaet explica la observacion de este carácter óptico del modo siguiente: «Cuando miramos á través de una piedra cualquier objeto diminuto, tal como la punta de una aguja ó un pequeño agujero hecho en una cartulina, si vemos el objeto doble como si mirásemos dos puntas de dos agujas, ó dos agujeros, es que la piedra refracta la imagen doble.

Todas las piedras blancas poseen esta propiedad, excepto el diamante. Requiriéndose alguna práctica y destreza para comprobar esta observacion, convendrá fijar el mineral en un cuerpo ligero por medio de laque, ó de otra manera á fin de obtener una completa inmovilidad del objeto. Cualquiera persona se halla en aptitud de hacer este experimento, no siendo necesario, además, desmontar la piedra de su engaste. El topacio blanco del Brasil se parece tanto al diamante, que solo puede distinguirse ensayando sus propiedades. Esta semejanza del záfiro y topacio blancos con el diamante les vale un aumento de precio sobre los demás.

Por más extraña que parezca la asercion, es una verdad incuestionable que la naturaleza ha formado los cuerpos más preciosos de los elementos más comunes; y así la arcilla, llamada *alúmina* por los químicos, y la *sílice* ó cristal de roca, constituyen la base de todas las piedras preciosas. El ópalo está compuesto de guijarros y agua; el topacio no es otra cosa que la sílice y la alumina con un poco de ácido fluorico, y para la esmeralda, el crisólito, el berilo y la turmalina, se exige solo otro elemento, la *glucina*; y finalmente, el granate revela su naturaleza ferruginosa en su notable accion sobre la aguja imanada.

En su valor mercantil, las hialinas corindones difieren del diamante en que éste, como los metales preciosos, tiene su valor desde el más diminuto ejemplar hasta las joyas de celebracion universal, siempre proporcionado á su peso. Por el contrario, las hialinas corindones de exiguuo tamaño, son de escaso valor, y solo se hacen notables cuando su excesiva magnitud constituye una rareza en su género. Así los ejes de las ruedas de los relojes se apoyan en pequeños rubíes que, aunque de gran utilidad, son de escaso valor, en razon á lo mucho que abundan del reducido tamaño en que se emplean para aquel objeto y otros análogos; pero cuando se ofrece en el comercio un rubí perfecto de cinco quilates, merecerá indudablemente un precio doble del de un diamante del mismo peso, y un rubí de diez quilates tres veces el precio de un diamante del mismo tamaño, aunque éste se valore en 80 ó 100.000 reales.

El Rubí.

El nombre de rubí, llamado *authrax* por los griegos, *carbon vivo*, anuncia por sí solo su color rojo vivo de sangre. Un rubí perfecto de grandes dimensiones es considerado universalmente como la más rara produccion de la naturaleza.

El rubí no desmerece en nada de su belleza á la luz artificial. Su brillante color se atribuye á que entra en su composicion una sexta parte de ácido crómico, mientras que otras piedras que se le parecen, como el granate, solo deben su color al óxido de hierro. El color más raro y más estimado en el rubí es el de carmin puro ó rojo de sangre muy intenso, despidiendo en estado de pulimento una llama de un resplandor incomparable. Se le halla tambien de colores más pálidos, y á veces mezclado de azul en varias proporciones; de manera que se le conoce de color de rosa subido (hermosa variedad del rubí oriental) encarnado, blanco, carmesí, flor de melocoton, rojo, y azul lila. El último es el llamado *amatista oriental*.

Se conocen cuatro diferentes clases de rubíes: el de color rojo de cochinita, ó rubí *oriental*, el rubí *espinela*, el rubí *balage* y el *rubicela*.

El rubí *oriental*, bajo el nombre de carbunclo, representa un gran papel en las leyendas orientales y en los antiguos romances; sus luces rojas iluminaban salones encantados, y servian de guía á valientes caballeros en la empresa de rescatar alguna dama encerrada bajo la guarda de formidables dragones. Tenia la maravillosa propiedad de brillar en la oscuridad, que no es otra, en realidad, que la que le da su fosforescencia como ocurre con otras piedras preciosas cuando se las calienta hasta cierto grado.

El rubí figura bajo el nombre de carbunclo entre las doce piedras que adornaban el pectoral del príncipe de los sacerdotes; pero como no

hay certeza de que los antiguos grabasen el rubí, se supone por algunos que debió de ser el granate. Existe en verdad una gran incertidumbre respecto á las piedras que los hebreos conocian con los nombres de rubí, esmeralda, etc.

El rubí *espinela*, que es menester no confundirlo con el corindon ó telesia de los mineralogistas, es, en estado de perfeccion, poco inferior en belleza al oriental, aunque ménos rico en color.

El *balage* es de un color de rosa bajo, y á veces muy subido, que es el más estimado.

Los más comunes son de un color rojo, pálido. No se los considera perfectos sino cuando llegan á tener cierto peso.

Con el topacio del Brasil se imita el rubí, poniéndole á calentar con arena en un crisol hasta cierta temperatura; el topacio pierde así su color amarillo de naranja y adquiere el rosa precioso del balage.

El rubí de la cuarta clase, la *rubicela*, es una variedad inferior de la espinela, de color rojo amarillento.

(Continuará.)

LEYENDA PASTORAL.

CLORINDA Y BATILO.

I. Clorinda, la pastora más querida en la aldea, porque es hermosa jóven de veinte primavera.

Lozana flor del valle nacida entre malezas; más rica del perfume de cándida inocencia.

Ya sonrie en la fuente que sus formas refleja, ó ya enturbia las aguas que copian su belleza.

Son sus ojos de fuego que cuando miran, quemar: la sobran los nechizos la gracia y gentileza.

Ignora los encantos que atesora, y modesta al mancebo Batilo consagra su existencia.

Sea constante Batilo, el alma te lo ruega, no engañes á Clorinda cuida bien esa prenda.

Tan rica de ilusiones contigo solo sueña: ¿quieres más de una niña que puró amor alienta?

Pero ¡ah! vano es el ruego, Batilo devanea; es un páfido amante que olvida sus promesas.

Va con otras zagalas al prado y á la feria, y las regala flores que en los bailes ostentan.

Y la pobre Clorinda, Dándole al llanto rienda, Se arrepiente, aunque tarde, De su pasion primera.

II.

Tú me has dicho pastorilla que una vez la noche entrada Vendrias bajo la enramada A jurarme eterno amor:

La luna en todo su brillo Tiende su gasa de plata; ¿Por qué no vienes, ingrata? ¿Olvidas á tu pastor?

Una y otra vez y ciento Me pierdo en el bosque sombrío, Palpita el corazon mio De esperanza y de temor;

Y no te encuentro, Clorinda, ¿Por qué engañarme pretendes Si más mi pasion enciendes? ¿Olvidas á tu pastor!

Ves, ya el manto de la noche Rasga el albor de la aurora Y no has venido, traidora; Tú te burlas de mi amor.

Celos me oprimen el alma Y más mi pasion aumenta, Y la duda me atormenta, ¿Olvidas á tu pastor!

III.

¡Oh! no me hables de amores: Yo no soy la más bella; Y mi madre me ha dicho Que es peligroso hablar por entre rejas.

Dices que huyo tu vista, Que falto á mi promesa; Si oyeras á mi madre No me acusarás tú de indiferencia.

Son tristes las historias que del amor me cuenta; se pierde el apetito y un agitado ensueño nos despierta.

Que todo es amargura, zozobras y tristeza; que los hombres abusan, Porque el hombre jamás ama de veras.

Yo no sé lo que siento desde la vez primera que me distes un ramo formado de claveles y azucenas.

Solo puedo jurarte que no estoy muy contenta, que no tengo apetito y que agitado ensueño me despierta.

Que todo es amargura,

zozobras y tristeza; conque si de mí abusas tienes, sin duda, el corazon de fiera. ANDREA AVELINO DE ORIHUELA.

MEDITACION.

AL SEÑOR RICARDO CARRASQUILLA.

I.

¡Eres grande, oh mi Dios! cuando tu mano Arroja sobre el mundo una saeta, Cuando mueves los lábios del profeta Para anunciar castigo y destruccion;

Y cuando muje prolongado trueno Y cruzan las centellas el espacio, Cambiadas ya las nubes de topacio En negro amenazante pabellón!

¡Y cuando alzas del mar las negras olas En furioso y oscuro torbellino, Y se mezclan los ecos del marino Con la tremenda voz del *Leviatan*;

Y cuando el barco cruje á cada instante, Y se postra temblando el pasajero, Y el misero saber del nauclero Se aniquila al furor del huracan!

¡Eres grande, Señor, cuando la tierra A tu voz estremece conturbada, Y desquicia, convuls y ajitada, Los palacios que el hombre levantó!

¡Y cuando enciendes una mina oculta Con la mano quizá de un triste ciego; Y en un instante solo, en polvo y fuego Se cambia cuanto el hombre fabricó!

¿Qué son ante tus ojos esos reyes Que á la muerte conducen sus legiones? ¿Qué son en tu presencia las naciones Que á las naciones mueven cruda lid?

¿Qué valen sus altísimas murallas, Si tu quieres tornarlas en pavesas? ¿Qué son de sus guerreros las empresas, Si tú les dices una vez: huid?

¿Qué es el hombre por fin? ¿Miseria y nada! Que enemigo de su loco desvarío Omnipotente cree su poderío, Su fuerza, su saber y su razon!

¡Omnipotente...! ¡Y huyen sus quimeras Al soplo de tus lábios soberanos, Y se tornan en polvo, entre sus manos Los ídolos que alzó su corazon!

II.

¡Ay! el hombre tan débil como altivo Todo lo espera de su vana ciencia; Y se atreve á juzgar tu Providencia, Y á desdeñar tu amparo y tu favor!

Pero tú, que eres bueno y compasivo, Más grande en tu bondad que en tus enojos, Fijas sobre él tus paternales ojos Llenos de eterno, de infinito amor.

Para él haces crecer los altos cedros Para él la palma altiva se levanta, Para él formas del ave la garganta, Para él corre el pulido manantial;

Y son para él las aromadas frutas, Y las hermosos flores del verano, Y el abundante y nutrido grano, Y de la abeja cándida el panal;

Y son para él, los peces de los lagos, El caballo orgulloso y altanero, La mansa vaca, el tímido cordero, Y el perro noble, cariñoso y fiel;

Las gruesas venas del luciente oro, Las perlas, los corales, los diamantes, Y hasta los astros bellos rutilantes Tienen su luz para alumbrarle á él...

Y para él el cariño de una madre, Angel de amor, que al borde de su cuna Contaba con afan una por una Las pulsaciones de su débil sien;

¡Una madre! el tesoro de la vida, La imagen de tu eterna vigilancia, El amparo y la antorcha de la infancia, Y de la loca juventud sosten;

Y los hijos, la esposa idolatrada, El alma, imagen de su sér divino, La antorcha de la fe, que en su camino Su vacilante paso alumbrará...

¡Oh mi Dios! no es posible que mi labio De tu bondad las muestras enumere Que no el que vive, no, sino el que muere Tu interminable amor conocer!

¡Ay! que es tu amor, tu sér indefinible, Rey de los cielos y señor del mundo, Es amor, sin medida y sin segundo, Amor que nadie alcanza á comprender,

¡Amor que en nuestra mente se refleja Cuando vamos al pié de los altares A referirte nuestros mil pesares, Dejando nuestras lágrimas correr!

Tu amor es lo que el alma reconoce, Y lo que el pecho destrozado siente, Y lo que alcanza á percibir la mente En todo, todo cuanto tú le des;

Y es por eso que el alma desolada Cuando su cáliz de dolor apura, Repleta de cansancio y de amargura, Corre á buscar alivio ante tus piés.

Y por eso, yo canto tu grandeza Hasta do el alma destrozada alcanza; Y tu amor ¡oh mi Dios! que es la esperanza Que en mi doliente corazon quedó!

Tu amor y no tu enojo es la palabra Que en la faz de este mundo se halla escrita; Y esa palabra altísima y bendita Es la que admiro con trasporte yo!

SILVERIA ESPINOSA DE RENDON (1).

(1) Nació la señora Espinosa en Bogotá, en la segunda década de este siglo. Sus primeras composiciones poéticas aparecieron en el *Parnaso granadino*.

SECCION DE ANUNCIOS.

Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la pobreza de la sangre, en las nevrosias de todas clases, las flores blancas, la diarrea crónica, pérdidas seminales involuntarias, las hemorragias pasivas, las escrófulas, las afecciones escorbúticas, el período adinámico de las calenturas tifoideas, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mugeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La Union medical, la Gaceta de los Hospitales, la Abeja medica, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C^a; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las fiebres amarilla y tifoidea y de las enfermedades epidémicas. — Desconfiese de las Falsificaciones. — Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

INOFENSIVOS de esquisito perfume y de en instantaneamente al cabello y a su color primitivo, por una simple aplicacion, grasar ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar medadas de ojos ni Jaquecas.

TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN
QUIMICO, FARMACÉUTICO DE 1^a CLASSE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos Tintes perfectos, se abandonan esos tintes debiles llamados AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demastado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 40 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C^a.

IRRIGADOR

Invenccion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estam-pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones esparcidas en el comercio.

Precio: 14 á 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invenccion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reúnen todas las perfecciones del ARTE HERNIARIO; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son en el interior de caucho maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

NO MAS CANAS MELANOGENA

TINTURA SOBRE ALIENJE de DICQUEMARE aine DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor. Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.

Fabrica en Ruau, rue Saint-Nicolas, 29. Depósito en casa de los principales pintores y perfumadores del mundo. Casa en Paris, rue St-Honoré, 267.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero Le Roy. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

PHARMACIE COTTIN

PURGATIF LE ROY SELON L'ORDONNANCE DU DOCTEUR SIGNORET

Avis Especial: Los Individuos resacasados, en especial los sopistas, en especial.

Signoret
DOCTEUR-MÉDECIN ET PHARMACIEN

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaidas, todas las enfermedades símilíticas nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empujes y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Hérrpes, abscesos, goma, marasma, catarros de la vejiga, palidez, tumores blancos, asma nervioso, úlceras, sarna degenerada, reumatismo, hipocóndrias, hidropesía, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrófulas, escorbuto. Depósito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

Depósito general en la casa del Doctor Girardeau de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — Desconfiese de la falsificacion, y exijase la firma que viste la tapa, y lleva la firma Girardeau de Saint-Gervais.

PEPSINE BOUDAULT



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

la medalla única para la pepsina pura ha sido otorgada

A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT

la sola aconsejada por el Dr. CORVISART médico del Emperador Napoleon III

Y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Fracos de una onza), en las

Gastritis Opresion Gastralgias Píltulas Agruras Gases Nauseas Jaqueca Eructos Diarreas

y los vomitos de las mugeres embarazadas

PARIS, EN CASA DE HOTTOT, Succ, 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERÍA MERCERÍA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile, admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente.

Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquerra, Valparaiso (Chile.)

JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1^a clase de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los países, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espustos de sangre, extincion de voz, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C^a, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.

Depósitos: en Habana, Lervercnd; Reyes; Fernandez y C^a; Sara y C^a; — en Mexico, E. van Wingerdt y C^a; Santa Maria Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C^a; Braun y C^a; — en Cartagena, J. Velaz; — en Montevideo, Ventura Garaycochea; Laseca; — en Buenos-Ayres, Demarehl Hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Montardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C^a; — en Guayaquil, Gault; Calvo y C^a; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTE

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos a dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gélis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las pérdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo a las jóvenes, etc.



PILDORAS DEHAUT
—Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante.—Al revés de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dosis, según la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoja, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan según sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentación, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad.—Los médicos que emplean este medio no encuentran enfermos que se nieguen a purgarse so pretexto de mal gusto ó por temor de debilitarse. Véase la Instrucción. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

PASTA Y JARABE DE NAFÉ DE DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indudable eficacia contra los Romadizos, Grippe, Irritaciones y las Afecciones del pecho y de la garganta.

RACAHOUT DE LOS ARABES DE DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece á las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos; fortifica á los niños y á las personas débiles, y, por sus propiedades analépticas, preserva de las Fiebras amarilla y tifóidas.

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comisión que se le confie.—Habana, Mercaderes, núm. 16.—E. RAMIREZ.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.
Madrid, un mes. 8 reales.
Provincias, un trimestre, directamente. 30 »
Por comisionado 32 »
Ultramar y extranjero. 70 y 80

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

DE D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ, REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introduccion, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto. Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias. Se halla en las principales librerías.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LÍNEA TRASATLANTICA.

Salida de Cádiz, los días 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana. Salida de la Habana tambien los días 15 y 30 de cada mes á las cinco de la tarde para Cádiz directamente.

TARIFA DE PASAJES.

	Primera cámara.	Segunda cámara.	Tercera ó antipuerto.
de Cádiz			
Puerto-Rico.	150	100	45
Habana.	180	130	50
Habana á Cádiz.	200	150	70

Camarotes reservados de primera cámara de solo dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesos; á la Habana, 200 cada litera. El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente. Id. Se rebaja un 10 por 100 sobre los dos pasajes al que tome un billete de ida y vuelta. Los niños de menos de dos años, gratis; de dos á siete, medio pasaje. Para Sisal, Veracruz, Colon, etc., salen vapores de la Habana.

LÍNEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los días 7 y 22 de cada mes á las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinacion con los correos trasatlánticos. Salida de Cádiz los días 1 y 16 de cada mes á las dos de la tarde para Alicante y Barcelona.

TARIFA DE PASAJES.

	Barcelona.			Valencia.			Alicante.			Málaga.			Cádiz.		
	1.º	2.º	Cubta.	1.º	2.º	Cubta.	1.º	2.º	Cubta.	1.º	2.º	Cubta.	1.º	2.º	Cubta.
De Barcelona á															
Valencia »				2'500	1'500		3'500	2'500		16	14'500	6'500	15	14'500	8'500
Alicante »	6'500	4					2'500	1'500		12	9	5	5	12	7
Málaga »										9'500	7'500	4	20'500	10'500	6
Cádiz »	20	14'800	8'800										16	3'500	2

TENEDURIA DE LIBROS.

FOR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoria y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 500 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante.—Barcelona, Niubó, Espaderia, 14.—Cádiz, Verdugo y compañía.—Madrid Bailly-Bailliere.—Habana, Chao, Habana, 100.



CALLOS
Juanetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uneros, etc., en 30 minutos se desembaraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos. — 3,000 curas auténticas. — Medallas de primera y segunda clases. — Por invitacion del señor Ministro de la guerra, 2,000 soldados han sido curados, y su curacion se ha hecho constar con certificados oficiales. (Véase el prospecto). Depósito general en PARÍS, 28, rue Geoffroy Lasiere, y en Madrid, BORREL hermanos, 5, Puerta del Sol, y en todas las farmacias.

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOROSIS, ANEMIA, OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill. Precio 4 francos el frasco en París. Exíjase el frasco cuadrado, la firma del Doctor Churchill y la etiqueta marca de fabrica de la Farmacia Suwan, 12, rue Castiglione, París

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

Curacion instantánea de los más violentos dolores de muela. — Conservacion de la dentadura y las encías. Depósito Gral. en España, Sres. L. Ferrer y C.ª, Mentara, 61, pral. Madrid.

OBRAS DE TEXTO
POR SALVADOR Y AZNAR.

TENEDURIA DE LIBROS POR PARTIDA DOBLE.—Norma elíptica, aplicada á las contabilidades mercantiles, industriales, de la propiedad, la general del Estado y de fondos provinciales, 13 pesetas.
PRÁCTICAS DE CONTABILIDAD MERCANTIL ó problemas en borrador de una contabilidad completa, para su redaccion en el Diario y Libro mayor. Sres. Librería Moya y Plaza, y particularmente de Madrid y provincias. El autor, que vive en Venecia, 5 principal, los envía por el correo á 15 rs., y 10 rs. en sellos ó libranzas.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

ISLA DE CUBA.	FILIPINAS.	CENTRO AMÉRICA.	BOLIVIA.	BRASIL.
Habana.—Sres. M. Pujolá y C.ª, agentes generales de la isla. Matanzas.—Sres. Sanchez y C.ª Trinidad.—D. Pedro Carrera. Cienfuegos.—D. Francisco Anido. Moron.—Sres. Rodriguez y Barros. Cárdenas.—D. Angel B. Alvarez. Bamba.—D. Emeterio Fernandez. Villa-Clara.—D. Joaquin Anido Ledon. Manzanillo.—D. Eduardo Codina. Quivicán.—D. Rafael Vidal Oliva. San Antonio de Rio-Blanco.—D. José Cárdenas. Calabazar.—D. Juan Ferrando. Caibarien.—D. Hipólito Escobar. Cruces.—D. Juan Crespo y Arango. Holguín.—D. José Manuel Guerra Almaguer. Bolandron.—D. Santiago Muñoz. Ceiba Mocha.—D. Domingo Rossin. Cimarrones.—D. Francisco Tina. Jaruco.—D. Luis Guerra Chalus. Sagua la Grande.—D. Indalecio Ramos. Quevedo de Güines.—D. Agustín Mellado. Pinar del Rio.—D. José María Gil. Remedios.—D. Alejandro Delgado. Santiago.—Sres. Collaro y Miranda.	Manila.—Sres. Sammers y Puertas, agentes generales con quienes se entienden los de los demás puntos de Asia. SANTO DOMINGO. (Capital).—D. Alejandro Bonilla. Puerto-Plata.—D. Miguel Malagon. SAN THOMAS. (Capital).—D. Luis Guasp. Curacao.—D. Juan Blasini. MÉJICO. (Capital).—Sres. Buxo y Fernandez. Veracruz.—D. Juan Carredano. Tampico.—D. Antonio Gutierrez y Victoria. (Con estas agencias se entienden todas las del resto de Méjico.) VENEZUELA. Caracas.—D. Evaristo Fombona. Puerto-Cabello.—D. Juan A. Segrestáa. La Guaira.—Sres. Martí, Allgréit y C.ª Maracaibo.—Sr. D'Empaire, hijo. Ciudad Bolívar.—D. Andrés J. Montes. Barcelona.—D. Martín Hernandez. Caripano.—Sr. Pietri. Maturín.—M. Philippe Beauperthuy. Valencia.—D. Julio Buysse. Coro.—D. J. Thielen.	Guatemala.—En la capital. D. Ricardo Escardille. San Salvador.—D. Luis de Ojeda. S. Miguel.—D. José Miguel Macay. La Union.—D. Bernardo Courtade. Honduras (Belize).—M. Garcés. Nicaragua (S. Juan del Norte).—D. Antonio de Barruel. Costa Rica (S. José).—D. José A. Mendoza. NUEVA GRANADA. Bogotá.—Sres. Medina, hermanos. Santa Marta.—D. José A. Barros. Cartagena.—D. Joaquin F. Velez. Panamá.—Sres. Ferrari y Dellatorre. Colon.—D. Matias Villaverde. Cerro de S. Antonio.—Sr. Castro Viola. Medellín.—D. Isidoro Isaza. Mompox.—Sres. Ribey y hermanos. Pasto.—D. Abel Torres. Sabanalagata.—D. José Martín Tatís. Sincelajo.—D. Gregorio Blanco. Barranquilla.—D. Luis Armenta. PERÚ. Lima.—Sres. Calleja y compañía. Arequipa.—D. Manuel de G. Castresana. Iquique.—D. G. E. Billinghurst. Puno.—D. Francisco Laudael. Tacna.—D. Francisco Calvet. Trujillo.—Sres. Valle y Castillo. Callao.—D. J. R. Aguirre. Arica.—D. Carlos Eulert. Piura.—M. E. de Lapeyrouse y C.ª	La Paz.—D. José Herrero. Cobija.—D. Joaquin Dorado. Cochabamba.—D. A. Lopez. Potóni.—D. Juan L. Zabala. Oruro.—D. José Cárcamo. ECUADOR. Guayaquil.—D. Antonio Lamota. CHILE. Santiago.—Sres. Juste y compañía. Valparaiso.—D. Nicasio Ezquerria. Copiapó.—D. Carlos Ferrari. La Serena.—Sres. Alfonso, hermanos. Huasco.—D. Juan E. Carneiro. Concepcion.—D. José M. Serrate. PLATA. Buenos-Aires.—D. Federico Real y Prado. Catamarca.—D. Mardoqueo Molina. Córdoba.—D. Pedro Rivas. Corrientes.—D. Emilio Vigil. Paraná.—D. Cayetano Ripoll. Rosario.—D. Eudoro Carrasco. Salta.—D. Sergio Garcia. Santa Fé.—D. Remigio Perez. Tucuman.—D. Dionisio Moyano. Tucuman.—D. Dionisio Moyano.	Rio-Janeiro.—D. M. D. Villalba. Rio grande del Sur.—N. J. Torres Crehnet. PARAGUAY. Asuncion.—D. Isidoro Recalde. URUGUAY. Montevideo.—D. Federico Real y Prado. Salto Oriental.—Sres. Canto y Morillo. GUYANA INGLESA. Demerara.—MM. Rosé Duff y C.ª TRINIDAD. Trinidad. ESTADOS-UNIDOS. Nueva-York.—M. Eugenio Didier. S. Francisco de California.—M. H. Payot. Nueva Orleans.—M. Victor Hebert. EXTRANJERO. París.—Mad. C. Denné Schmit, rue Favart, núm. 2. Lisboa.—Librería de Campos, rua nova de Almada, 68. Londres.—Sres. Chidley y Cortazar, 71, Store Street.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas. La correspondencia se dirigirá á D. Víctor Balaguer. Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68. París, librería Española de M. C. d'Enne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street. Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.